



Berta
Vias Mahou

La voz de
entonces



Lectulandia

Hay familias cuya historia es, en cierto sentido, la de todo un país. O la de un siglo entero. Esto ocurre con la de los Vias desde los últimos años de las colonias americanas hasta finales del xx, atravesando la España finisecular y el declive del imperio, pero también la guerra del Rif, la República, la guerra civil y sus consecuencias, la dura posguerra, el desarrollismo de los sesenta... Esta novela se asienta sobre la memoria de la autora: son sus recuerdos y también los relatos que se contaban en su casa, los que siguen narrando para siempre, al oído, atropellándose en ocasiones, todas aquellas voces de otra época. Un hilo invisible une tiempos, lugares y personajes en La voz de entonces, la historia de varias generaciones de Vias marcadas por sus mujeres, las madres que, con su fuerza irreductible, alumbraron a la familia para llegar hasta los albores del siglo XXI.

Berta Vias Mahou

La voz de entonces

ePub r1.0

Titivillus 19-08-2023

Berta Vias Mahou, 2022

Fotografía del primer capítulo: Ajuntament de Girona. CRDI (Col·lecció Àngel Fuentes de Cía)

Resto de las imágenes: Archivo familiar de la autora

Fotografía de portada: María del Carmen (1947).

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

su voz cuando yo era niña me ayudó a dormir

*su voz en los últimos días me hizo creer
que nunca se iba a morir*

a nuestro padre, Manuel Vias Torres
durante noventa años hizo todo lo posible
para que este mundo fuera un poco mejor
durante sesenta, a mi hermana y a mí
nos ha dado la luz

In tristitia hilaris, in hilaritate tristis.

GIORDANO BRUNO

La última fuga del esclavo Lino

Nací hace diecinueve años. En Begur, en el Bajo Ampurdán. Aunque siendo una niña, emigré con mis padres a la isla de Puerto Rico, en las Antillas. Como tantos otros que huían de la miseria o buscaban una mejor oportunidad. Mi padre pronto hizo fortuna y a mí hace poco más de un año me casaron con su socio, un próspero e impetuoso geltrunense mucho mayor que yo que también vino a parar a estas tierras. Ahora soy el ama de la casa y me encargo de la despensa y de la bodega. La llave, un sofisticado artilugio con la pala retráctil, cuelga de mi cuello.

Con un cordón tan largo que me permite abrir y cerrar las puertas con comodidad. Me paso casi todo el tiempo en la hacienda, encerrada entre cuatro paredes. Debo preservar mi piel pálida. Y, por supuesto, mi virtud intachable, para no dañar la reputación de mi marido. Pero ¿sabéis lo que han visto estos ojos? ¿Lo que sé, a pesar de mi juventud? Tengo a un esclavo oculto. En un cuarto remoto que no se usa casi nunca. Sí. Habéis oído bien. Llegó el mismo día en que a mí me retrataron en una placa de cobre plateado pulida como un espejo. Horas antes.

De ahí mi pose un tanto desmadejada. Mi aire de muñeca rota. Casi no podía tenerme en pie. Me temblaban las piernas. Y me costaba respirar. El fotógrafo, un francés que vino de La Habana por encargo de varios próceres y propietarios de la colonia para inmortalizar a sus mujeres e hijos, no quedó satisfecho con el resultado, aunque mi marido sí, porque pensó que mi actitud se debía a que por fin estaba encinta, pero yo sé muy bien que no. Aún no. El siervo se llama Lino. Únicamente le dejo salir por las noches, cuando me he asegurado de que todos duermen.

Y le ruego que no haga ruido. Pero a veces, cuando sabe que el dueño, el capataz y el mayordomo no están en la casa, porque se han tenido que ir a la finca de cocoteros que mi esposo posee en Humacao para valorar los destrozos que ha provocado el último huracán o porque otro plantador en la isla ha denunciado la huida de uno de sus esclavos y solicita ayuda para la búsqueda y el apresamiento, le oigo cantar y cantar, hasta caer rendido. Una

cuarteta que los de su raza suelen entonar en Cuba y en otros lugares del Caribe, como aquí.

Una copla que dice: Desde el fondo de un barranco, grita el negro con afán: Dios mío, ¡quién pudiera ser blanco, aunque fuera catalán...! Yo le pido que no lo haga. Pueden oírle. Amos y siervos. Cualquiera. Y denunciarle. Por fortuna, los barracones en los que duerme la esclavitud están lejos de la casa principal. Y yo he comprado el silencio de nuestras domésticas. A los oprimidos, le recalco al negro Lino, no se les permite más que cantar en la plantación. Mientras trabajan. Y los días feriados en el horario establecido por el Reglamento para sus diversiones...

Esas leyes inflexibles que dictó hace muchos años el gobernador y capitán general de la isla, don Miguel de la Torre y Pando, primer conde de Torrependo, y que con frecuencia le escucho repetir al dueño, mi marido. Me las sé de memoria. Como él. Hay premios para quienes capturan desertores y castigos para aquellos que asisten en su evasión a los esclavos ajenos, los encubren o simplemente no denuncian a los fugitivos. Y hasta para los que se benefician del trabajo de un siervo evadido. No han olvidado regular nada de lo que de verdad les interesa. Todo. O casi todo.

El esclavo Lino es propiedad de don Juan Vias Paloma, un paisano, natural de San Pedro de Ribas, dueño con un par de asociados, el uno nacido en Sitges y el otro en Tossa de Mar, de un ingenio dedicado a la siembra y molienda de caña de azúcar. La Hacienda Constancia. Cerca de aquí. En Toa Baja. El siervo Lino tiene el cuerpo vigoroso y recio. Los ojos como el carbón. Los labios gruesos. Los dientes blanquísimos. Las manos grandes. El cabello, oscuro y rizado, lo lleva muy corto. Su piel reluce a la luz de la luna. No se le ven señales de tribu en ninguna parte.

Y es que cuando un esclavo se evade, en los avisos y en las órdenes de arresto se detallan los rasgos y las marcas que le caracterizan para facilitar su identificación. Y se anuncian en la *Gaceta*. El color de su piel. Achocolatado. Mulatadoso. Retinto. O negro claro. El pelo pasa o colorado. Los ojos melados. O negros y tristes. Los adornos en su piel, que llaman galanuras. En realidad, cicatrices. Del pescuezo hasta las espaldas. Una palma del ombligo al cuello. O una estrella en el cogote. Y en la tetilla izquierda una talla diagonal. Rayas en la garganta a manera de cordoncillo.

El pecho labiado a modo de alfajores. Que luce en los extremos superiores de las mejillas cuatro líneas atravesadas. Si lleva las orejas agujereadas. Y una argollita de plomo en una de ellas. Si se ven cortaduras de azotes antiguas en sus cachas. Su hablar también se describe. Claro y calmoso. Si no sabe

castellano y, en cambio, sí inglés o francés. Y el aspecto de la nariz, aventada o chata. Si es de carnes regulares. O regordete. Si le falta un dedo. O varias muelas... Hasta sus ropas, el pantalón y la camisa o el camisón de cruda coleta, con frecuencia destrozados, van marcadas.

A Lino lo trajeron de África. Es bozal, como los más rebeldes, aunque habla muy bien. Como los criollos, nacidos aquí, de madre esclava. Tiene una voz formidable. Sus gemidos podrían despertar a alguien. Pero no os confundáis. Gime de rabia e impotencia. Es un hombre levantisco. Un cimarrón. Cimarrones pueden ser los perros, el cacao, la miel, el alhelí... O un lugar. Hay una quebrada en Arecibo, una corriente de aguas frías que serpentea entre bosques bravíos y desaparece bajo la tierra, una torrentera misteriosa, a la que llaman la Cimarrona.

Todo lo que los blancos no entendemos, lo que no se parece a algo conocido o nos da miedo, lo calificamos de cimarrón. Al ganado que huía a la cima de un monte y se asilvestraba se le empezó a denominar así. El esclavo Lino se ha fugado ya en once ocasiones. Como una cabra, un caballo o un gato. Esta es la duodécima. Huye a la selva. A los manglares. Discurriendo por veredas ocultas. Guareciéndose entre los bejucos, las parras y los arbustos, toda esa maleza que se enreda entre los troncos de los árboles altísimos de esta isla e impide el paso a los rayos del sol.

Abriéndose camino con el machete como otros, tras él, se sirven del sable. Calmando la sed en algún río cubierto de berros y menta. Alimentándose con los frutos y las flores del guaraguao. Y con ñame de guáyaró. Sin más compañía que la de las vacas y los cerdos salvajes. Aunque dicen que en una ocasión se intentó embarcar con una esclava. Que es capaz de todo lo malo y de nada bueno. Que sus antecedentes y su conducta dieron pábulo a que sus anteriores dueños se apresuraran a enajenarlo, a pesar de necesitar brazos para el cultivo de sus fincas. Dicen. Dicen.

Que fue la carencia de mano de obra la que movió a don Juan Vias Paloma a comprar al esclavo. A don Juan Vias y a sus socios, que esperaban que la dulzura en el trato y el esmero en satisfacer sus necesidades corrigieran sus inclinaciones. O al menos eso es lo que alegó el abogado en el suplicatorio que en su nombre elevó el pasado año al entonces gobernador general de la isla, el teniente general don José Lémery e Ibarrola, primer marqués de Baroja, pidiéndole que forzara a obedecer al rebelde. Que les permitiera emplear la fuerza para conseguirlo de una vez.

Afirman que el siervo Lino tiene un carácter pendenciero y que abriga perversas intenciones. Que sus señores deben estar prevenidos de continuo.

Cuentan también que, con el fin de que su mal ejemplo no cundiese en el resto de la negrada, sus dueños lo separaron de la hacienda. Y que para evitar sus acostumbradas evasiones lo depositaron en la cárcel pública de San Juan. Que al final se estipuló su remisión a Cuba, porque a los tildados de peligrosos o bien se los vende a tratantes de fuera de Puerto Rico, en una subasta, o se les deporta a la vecina isla.

Y que cuando llegó el día del embarque, ni las órdenes del corregidor, ni las exhortaciones del síndico, del alcaide y del dueño pudieron vencer la resistencia que el esclavo Lino opuso para salir de la cárcel. También las esperanzas de don Juan Vias, a pesar del buen trato que aseguran se esforzó en darle, quedaron burladas. Y es que, al parecer, el siervo Lino un día le acometió armado con un machete. Con su machete de cortar caña en la época de zafra. Su herramienta de trabajo, pues los negros no pueden portar armas más que a la hora de realizar sus faenas.

O con un permiso especial. Aunque a veces las roban. Del depósito. En todas las haciendas, dice el Reglamento en el apartado quinto, que trata de los utensilios de labranza y del lugar en el que deben custodiarse con el mayor de los celos, habrá una pieza segura con buena llave, en la que se depositen los instrumentos de labor. Este depósito estará a cargo exclusivo del amo o mayordomo y no podrán confiarlo a ningún esclavo... La verdad es que no sé qué ocurrió antes. Me refiero a cuando el esclavo Lino levantó el machete contra su dueño. Y tampoco después.

Solo sé que don Juan Vias está vivo. A los negros más fuertes se los reserva para macheteros. Y ese es el oficio del siervo Lino, que no debió de descargar el golpe. ¿O fue a otro de los propietarios al que amenazó? A su socio y amigo don Gerardo Soler Macaya. O a su otro socio y amigo. Don Manuel Massó Ballester. No sé. También ellos siguen con vida. Y yo no me atrevo a preguntar. Tampoco sé en qué consiste esa dulzura en el trato de la que tanto hablan, por más que aquí es mucho mejor que el que reciben en Cuba. Tal vez no sea más que una mera fórmula.

Una fórmula que se estampa en los documentos. Y a la que se recurre cuando los siervos presentan una querella y el síndico se persona en la finca para inspeccionar las condiciones en las que viven, porque por lo que yo veo aquí, en las plantaciones de esta isla que tanta riqueza produce, lo único dulce es el azúcar. Y los niños. Los pequeños de todos los colores. Blancos, pardos y negros. Nuestro vecino tiene ya dos herederos, Manuel, de tres años de edad, y Catalina, de dos. Y su mujer, doña María Isidora Ochoteco Monclova, está esperando otro.

Hace unos días me invitó a tomar café con ella en la Hacienda Constancia, donde están pasando esta temporada, porque ellos viven la mayor parte del año en la capital, a menos de cuatro leguas de aquí, y, mientras me alcanzaba el azucarero, una bonita pieza de plata repujada obra de un importante taller de Barcelona, con dos asas muy historiadas, un ave en la cima de la tapadera, una minúscula paloma que sin duda alude al segundo apellido de su esposo, y un platillo en el que, entre florituras, aparecían las iniciales de él, J V, me hizo una confesión.

Ese pequeño tesoro lo traen de San Juan. Cada vez que vienen. Y se lo llevan cuando se van. Con otros enseres de valor. Pero no es eso lo que me reveló. No. Si es niño se llamará Juan, dijo mi anfitriona con rotundidad. Y acarició el pajarillo de plata con todos los dedos de la mano, una mano menuda, pero fuerte, acostumbrada a trabajar, a diferencia de las de otras hacendadas de la isla. Y a mandar. Y yo sentí miedo. Un miedo repentino, pero abismal. La indefensión del que libre se encuentra de pronto acorralado. Del que es perseguido a través de los montes.

Y de la espesura. Por cuadrilleros y perros rastreadores. O por las playas y los acantilados. O en el mar por piratas y corsarios. Se llamará Juan, repitió ella. El nombre que tuvo en otro tiempo esta isla tan pródiga. San Juan de Boriquen. Y el de su padre. Porque el primero de nuestros hijos lleva el de su padrino, uno de los socios de mi esposo, su buen amigo don Manuel Massó, que es mucho mayor, pero vino con él desde el mismo rincón de Cataluña... ¿Y si es niña?, pregunté yo, sin dejar de remover el azúcar en el fondo de la taza. Si es niña, contestó ella con rapidez.

Y me ofreció una torta de casabe que rechacé, pues ya entonces apenas podía comer. Si es niña, le pondré Josefa. El nombre de la madre de mi marido... Sus hijos van a la escuela en San Juan. Cuando crezcan irán a estudiar a Europa, me explicó orgullosa. A Francia. O a la metrópoli. Y se convertirán en abogados, fiscales o médicos de prestigio. En prohombres de la isla, porque volverán aquí, donde nacieron. O nazcan. Porque tendré más. Unos cuantos más. Y alguno tal vez se abra camino en la política... Solo los más ricos pueden hacerlo. Ir a estudiar a Europa.

Los que yo alumbre lo harán, con suerte, en La Habana. Los niños Vias Ochoteco, muy educados, entraron a saludarme. En compañía de Genara, una negra imponente, ya mayor. Don Juan Vias y doña Isidora, una mujer de carácter, hija de un comerciante vasco, capitán de un bergantín que acudió en auxilio de los sitiados por Bolívar en Angostura, aunque nacida en la isla, en la capital, como su madre, también descendiente de españoles, de blancos,

como se consigna en las inscripciones de bautismo, quieren que al esclavo Lino se le aplique un correctivo ejemplar.

Como la mayoría de los propietarios, si bien muchos de ellos están a favor del trabajo libre, a jornal, y hasta de la abolición de la servidumbre. Un esclavo, Excelentísimo Señor, decía nuestro vecino en el suplicatorio, no es de mejor condición que un soldado que sacrifica su libertad y su vida por servir a su patria y a su Reina, y ese soldado es objeto de castigos, ese soldado debe obedecer, desde el cabo hasta el primer jefe militar, ese soldado no se resistiría impunemente a salir del calabozo, ese soldado, en fin, no puede oponerse a ser trasladado a punto diferente.

¿Por qué, pues, ha de poder hacerlo un esclavo? Aprovechando, dijo doña Isidora, tras referirse a la fuga de su esclavo, mientras me servía una segunda taza de café y volvía a levantar la tapa del azucarero con la paloma para que con las pinzas de plata me sirviera otro terrón de azúcar, que el nuevo gobernador de la isla, don Fernando Cotoner y Chacón, primer marqués de La Cenia, para acabar con la holgazanería de la población y ante el temor de tantos colonos como nosotros a los levantamientos insurrectos, ha establecido en la isla el cuerpo de la Guardia Civil...

Y, enarcando las cejas, que tiene bien pobladas y oscuras, y apretando los labios en su boca pequeña, con esa misma mano, aunque esta vez extendida, como queriendo amansar, en lugar de someter, acarició su vientre abultado. Al futuro niño Juan. O a la niña Josefa. El siervo Lino sigue escondido en un oscuro rincón de esta casa. Aunque no tardará en irse. Solo espera el momento propicio. Que acabe la época de las lluvias. Y una noche sin luna, para que la luz del astro no le delate. Yo le pido que no lo haga. Pero es cierto que ya no le queda otra opción.

Y él... Él desde hace mucho sueña con escapar sobre las olas, surcando la inmensidad azul del océano Atlántico. En un bote cayuco, en una yola o en una piragua. En lo que sea. No verá durante días nada más que agua y cielo. Agua y cielo. Agua y cielo. Pero ¡agua salada! Y no sabe nadar. Como la mayoría. Quiere irse a Santo Domingo o a Haití, símbolos para él, como para tantos otros entre sus congéneres que no aguardan más que una oportunidad para huir de las estancias a las que pertenecen, de la lucha para poner fin al dominio de los blancos.

Me ha pedido que le haga unas charreteras con flecos. ¡Con flecos dorados! Para colocárselas en los hombros sobre su camisa de coleta, ese tejido ordinario de algodón con el que se suele confeccionar la ropa que los amos deben proporcionar a sus siervos. Los amos, precisa también el

Reglamento en el capítulo sobre educación, trato y ocupaciones de la negrada, darán a sus esclavos tres equipaciones cada año, compuestas de camisa y calzón de coleta, además de un gorro o sombrero, un pañuelo y una camisa o chaqueta de bayeta para el invierno...

En cambio, el Reglamento no dice una sola palabra sobre el calzado. Y aquí la mayor parte de los negros que no son libres lleva los pies desnudos. Si esta vez no lo consigue, si no logra salir de la isla, el siervo Lino se ahorcará. O se tirará por un barranco. Como han hecho muchos hombres de su raza cautivos a lo largo de cientos de años. Robar una soga para colgarse ellos mismos en alguna viga del almacén de la hacienda. O en el techo del trapiche que muchos aún llamamos de sangre, el molino en el que se muele la caña y se le saca el jugo, el guarapo.

De sangre porque, hasta hace poco, la mayoría los movían bueyes o esclavos, aunque se van sustituyendo por otros de viento o incluso de vapor. O de un poste en las calderas, donde se hierve el guarapo y se evapora para producir la meladura. Esos hornos que despiden tanto calor y hacen tanto ruido que los esclavos y los jornaleros los odian y los llaman el infierno. Pero no será necesario. Yo sé que su fin será otro. Matará a alguien. Y acabará en el patíbulo. Ejecutado a garrote vil. O en la horca. O colgado de un árbol. Por una mano que no sea la suya.

A la vista de todos. En el batey, esa explanada que suele haber siempre entre los bohíos de los ingenios, las casitas de troncos o ramas de árbol que construían los antiguos pobladores sobre un entarimado a cierta altura del suelo en las que ahora viven los negros. O amarrado a un poste en la puerta de la Real Cárcel. Querrán aplicarle un edificante castigo. Y eso que aquí las leyes son más benignas y el trato más suave que en otras colonias, porque no hay muchos esclavos y el dueño se resiste a perder una pieza. Por ley ya no se pueden traer más negros de África.

Y yo... Yo... Toda persona que aconseje, patrocine u oculte esclavos prófugos y delincuentes, dice un bando del gobernador general de la isla que también le gusta recitar a mi esposo, será mortificada conforme a las leyes... Y yo... Yo sueño todo el día con grilletes y cepos. Con foetazos, argollas de hierro y cadenas. Y con huir también yo. A Santo Domingo. A donde sea. Lo más lejos posible. Y caigo de rodillas ante el esclavo Lino y una vez más le ruego que no haga ruido. ¡Dios mío!, tararea él entonces en un susurro, ¡quién pudiera ser blanco, aunque fuera catalán...!

Y es que la mayoría de los traficantes de esclavos, los negreros, lo eran. Catalanes. Pero también hoy en día muchos de los hacendados y comerciantes

españoles aquí, en el Caribe, lo son, como el señor Vias Paloma y sus dos socios, como mi marido y como yo misma. O vascos, como el padre de doña Ysidora y su socio. Aunque también hay canarios, mallorquines y gallegos, además de franceses, norteamericanos, irlandeses o corsos. Y hasta algún negro o mulato. Sí. Hacendados de color. Pero la mayor parte de los que dirigen sociedades son de origen catalán.

En Puerto Rico. Basta dar una vuelta por la capital o por cualquier otra ciudad de la isla y ver los carteles de los comercios y pulperías. O echar un vistazo a una lista con los nombres de los propietarios y de los negocios establecidos aquí. Somos hacendosos, sí, pero no ruines como se empeñan en decir. ¡Dios mío!, repite el siervo Lino. ¡Quién pudiera ser blanco, aunque fuera catalán...! Y me sonrío, con todos sus dientes, mientras a mí el cuerpo se me vuelve a descomponer. Como el día en que llegó, hace ahora dos meses. El día en que me retrataron.

Oigo a veces un canturreo malicioso que no me gusta, dijo ayer el amo al venir a la cama para acostarse. Desde hace un tiempo. No sé de dónde viene. Una salmodia de esclavo bulado que sin duda abriga propósitos revolucionarios... Con ese calificativo, bulado, expresó su desprecio. Antiguamente a los negros apresados en África se los marcaba al rojo. Con el carimbo. Un sello que certificaba que se habían pagado los correspondientes impuestos. Pero los contrabandistas, que aún hoy traen negros de manera ilegal, enseguida fabricaron sus propias marcas.

Guaraguo. Guarapo. Guáyaró. Ñame... Aquí, dice mi padre cada vez que aprende una palabra nueva, saboreándola como si fuera un sabroso platillo, la lengua castellana crece y crece como el pequeque. O el falso guaco. O como las aguas entre mayo y noviembre... Y después profiere una sarta que también a mí me suena exquisita. Fufú, malanga, mofongo... Mañana, anunció con decisión anoche mi esposo al comentar lo de los cánticos de los que tanto sospecha, se lo comunicaré al mayoral. Para que inspeccione a fondo todo el perímetro de la finca...

Y eso es lo que están haciendo ahora. Esta mañana temprano le anuncié al siervo Lino que debía marcharse. A mí, estas dos últimas semanas, además del miedo, que me asalta en el momento menos pensado, como cuando mi vecina Isidora acariciaba la tapa del azucarero, me embarga un cansancio invencible. Y apenas puedo controlar las náuseas. Me tiemblan las piernas. Y no consigo tenerme en pie. Ni comer. Tampoco puedo comer casi nada. Ni siquiera el mofongo que tanto me gusta. El fufú de plátano verde. Hace tiempo que solo tolero el caldo de gallina.

O algo dulce. Como el guarapo de caña caliente con jengibre. Lo que les dan a los esclavos de tala en cuanto se levantan de madrugada para que tengan fuerzas y trabajen a destajo. Pero hasta eso me revuelve las tripas. Nadie sabe que he tenido mi primera falta. Estoy sola. No puedo confiar en nadie. Ni en mi familia y ni siquiera en alguna de mis sirvientas. Toa en taíno significa madre. Es el nombre que dan los indios al río en cuyas orillas se encuentra la Hacienda Constancia, el más largo de la isla de Puerto Rico. Todos tememos las crecidas de sus aguas.

Y desde hace mucho construimos nuestras casas sobre pilotes. Aun así, las inundaciones, continuas y muy violentas, aunque acaban con las terribles plagas de ratas y de hormigas, se llevan también por delante al ganado y a muchos de nuestros esclavos, pues los bohíos son muy endeble y los postes sobre los que se elevan, hincados sobre la tierra de cualquier forma, no son tan altos como los nuestros. ¡Dios mío!, imagino que cantan mientras se alejan con la corriente que provocan las lluvias torrenciales o un fuerte huracán. ¡Quién pudiera ser blanco...!

Pero, atención, que aquí viene el señor Vias...



¿Sabéis lo que han visto estos ojos?
¿Lo que sé, a pesar de mi juventud?
(Colección Ángel Fuentes de Cía., mediados del siglo XIX).

Los pasquines de la niña Pepita

Vamos, niña Josefa. Dese prisa, que su señor padre ya hace rato que espera... La criatura, que hacía dos meses había cumplido los nueve años, terminó de atarse la segunda bota, cogió su *en-tout-cas*, del que apenas se separaba, solo para dormir o para montar a caballo, y salió al pasillo de aquel enorme y luminoso piso que don Juan Vias Paloma acababa de arrendar en el municipio de Gracia. Genara la aguardaba en el corredor con un utensilio en la mano que refulgió por el aire. Vamos, niña Josefa. Somos las últimas. Dese prisa. Traigo las tijeras para hacer el brazalete...

Pepita llevaba un traje azul oscuro con bordaduras negras en el vuelo de la falda y en el borde de las mangas, cortas y en forma de globo, idéntico al de su hermana mayor, un vestido del color de su *en-tout-cas*, un pequeño quitasol cuyo mango remataba en una fina cabeza de potrillo. El aya la cogió de una mano y la condujo hacia la sala. Pepita va en el coche, carolín, empezó a cantar, moviéndole el brazo como si bailaran juntas. Pepita va en el coche, carolín. A ver a su papá, carolín cacao leo lao... La niña tiró de su mano, levantó los ojos y la miró perpleja.

La versión que custodiaba su memoria decía que la que iba en el coche era una tal Alicia, pero no rechistó. Había tantas. Casi como personas que la tarareaban. La negra se inclinó y le acarició el cabello. De color castaño oscuro, lo tenía recogido en un moño bajo. Iba peinada como su madre, Isidora. Y parecía una dama de la alta sociedad en miniatura. Qué lindo pelo lleva, carolín. Qué lindo pelo lleva, carolín. ¿Quién se lo peinará? Carolín cacao leo lao... Siguieron avanzando. Y la melodía con ellas. ¿Quién se lo peinará? Carolín cacao leo lao. Se lo peina su aya, carolín...

Tampoco esta vez protestó Pepita, aunque en la canción la que peinaba a Alicia era su tía. Con peine de cristal, carolín cacao leo lao... Josefa lo sabía bien. Era una de sus tonadas preferidas. Ella misma se la había enseñado a Genara, que a sus setenta y cinco años no sabía leer ni escribir, pero tenía muy buena cabeza. Aún aprendía. Y rápido. Contaban que hacía brujería. Con pócimas apestosas. Y que con solo sentarse sobre el vientre de un hombre

durante varios minutos podía convertirlo en un tísico. Que, aun siendo mujer, era una iniciada en el palo mayombe.

Que mezclaba hierbas para preparar filtros y también podía curar, invocando al diablo. Genara y Pepita entraron por fin en la sala. Deje el tucán, niña Josefa. Que le vamos a cortar el pelo a su señor padre... No se dice tucán, replicó la pequeña. Sino *en-tout-cas*, porque sirve lo mismo como parasol que como paraguas. En todos los casos. Para toda ocasión. Para resguardarse de la luz y de la lluvia... El aya sonrió. Le gustaba que fuera Josefa la que se encargara de instruirla. Pero, sobre todo, prosiguió la niña, para que mi piel no se estropee y siga siempre así de blanca.

La piel morena dice mi madre que es para los campesinos y los... No terminó la frase. Genara era una de ellos. Aunque no sepa francés, di antucá, añadió rápidamente Pepita. El tucán es un pájaro que tiene el pico, inmenso, y las plumas de muchos colores... Josefa apoyó el antucá en la única silla que quedaba en el centro de la estancia. El padre, don Juan Vias, vestido de negro de los pies a la cabeza, estaba tumbado en una hermosa caja sobre la mesa del comedor. Había fallecido de modo repentino allí, en la villa de Gracia, junto a Barcelona. Muy lejos de casa.

Había viajado en calidad de experto en las cuestiones de Puerto Rico. Por su doble condición de plantador y comerciante. Para reunirse con antillanos y peninsulares y buscar soluciones en una época convulsa. En octubre los comisionados boricuas habían sido llamados a la metrópoli para tratar de un asunto espinoso. La abolición de la esclavitud en las colonias españolas. En la Junta de Información en Madrid para las Reformas en las Antillas. Algunos entre ellos querían hablar de una mayor autonomía y de la extensión del sufragio representativo.

Y durante los últimos meses de aquel año otras muchas ciudades españolas, no solo la capital, hervían con las intervenciones y los informes de los representantes de unos y otros, defensores de la esclavitud y abolicionistas. Cubanos y puertorriqueños. Con distintos intereses. Pero don Juan Vias no había muerto solo. Su familia le había acompañado en el viaje, porque él había querido que su mujer y sus hijos conocieran sus orígenes. La travesía por mar desde San Juan a Barcelona era muy larga. Y habían decidido llevar consigo a una de sus esclavas. Una doméstica.

A Genara, que sabía peinar, guisar, componer y servir una mesa, lavar y planchar. El señor Vias tenía los ojos cerrados, las mejillas hundidas, la tez de color cetrino, aire de asceta, el bigote oscuro, como el cabello, aún copioso, y las manos una sobre otra a la altura del pecho. Parecía un ídolo. Muchos en la

isla de Boriquen acababan con aquel aspecto demacrado. Sufrían de disentería crónica por los efectos nocivos del clima y de pronto se morían. En la Península hacía tiempo que las cosas no iban bien. Pero ¿alguna vez habían ido bien? ¿Alguna vez irían bien?

A la grave crisis financiera se había venido a unir otra política. Una sublevación contra la reina había estallado hacía meses en el cuartel de artillería de San Gil. En Madrid. Y continuaba la eterna guerra contra el Imperio de Marruecos. Con mucha suavidad, carolín cacao leo lao... Josefa recorrió la estancia con la mirada. Y vio a un puñado de hombres serios, de negro riguroso. Como su padre. Pero de pie. Con canas y expresión afligida. Y en las demás sillas, junto a una pared, a los dolientes. Su madre, doña María Isidora Ochoteco, y sus cuatro hermanos.

Manuel Félix Santiago, de doce años, María Catalina Luisa, de once, Juan Francisco Donato, de siete, y Julio Gervasio Miguel, de tres. Otro niño, Juan Mauricio de Jesús, había muerto a la edad de ocho meses cuando su madre ya estaba esperando al siguiente, al que volvieron a poner el nombre de Juan. Aquel Juan Francisco. Con peinecito de oro, carolín... Y hacía poco más de un año, otro. Otro bebé. A los diez días de nacer. Venancio de Camerino Mártir. Doña Isidora alzó los ojos y reconvino al aya. Sin decir nada. Solo frunció las cejas, tan oscuras como su cabello.

El Reglamento de Esclavos establecía un horario riguroso en el capítulo que dedicaba a su diversión. Permitirán los amos, decía una de las ordenanzas, que sus esclavos se diviertan y recreen honestamente en los días festivos, dentro de la hacienda, sin juntarse con los de otras y en lugar abierto, a la vista de sus mismos dueños, mayordomos y capataces... Todo estaba regulado. Hasta los cánticos. Solo a Genara se le podía ocurrir entonar una ridícula cancioncilla en un velatorio. Y para colmo, el del patrón. Pero estaban a cientos y miles de leguas de la isla.

Aparte de que, según las leyes, había conquistado su libertad por el mero hecho de pisar suelo español. ¿Lo sabía? Pepita, que se enteraba de todo, no tardaría en decírselo. Genara hacía mucho que había sobrepasado los sesenta, edad a la que los siervos tenían derecho a retirarse. Pero no lo había querido hacer. Y ahí estaba. Canturreando junto al ataúd abierto. Doña Isidora, frunciendo aún más sus pobladas cejas, sacudió la cabeza, aunque enseguida se hundió en sus cavilaciones, imaginando el regio panteón que pensaba erigir en memoria de su querido esposo.

Con ángeles que fueran alegorías de la Navegación, del Comercio, de la Industria, del Tiempo... Y un elegante baldaquino que albergara otro ángel en

su interior. En mármol de Carrara. Con tracerías caladas, arcos ojivales y hasta pináculos. En la Ciudad Condal. En el cementerio de Pueblo Nuevo, donde descansaban otros comerciantes y empresarios que, como él, habían salido de aquellas mismas tierras para hacer fortuna en las Indias. Lo encargaría a algún afamado escultor. A los Baratta, que regentaban uno de los talleres más prestigiosos de la ciudad.

De ellos era parte de la magnífica fuente del Genio Catalán junto al Palacio del Virrey, la Aduana y el Portal de Mar. A Isidora, cuando fueron por allí, le fascinó el ángel con aquella estrella de cinco puntas que coronaba el conjunto y representaba el progreso. A Pepita, en cambio, le gustaba la Torre del Reloj, el Campanar de Gracia, en la plaza de la Villa, que se veía por las ventanas de aquel piso y le recordaba a la chimenea de la hacienda. Al trapiche. O a Fabiani, fantaseaba Isidora. Otro italiano especializado en realizar sepulcros y fuentes monumentales.

Aunque para ello me tenga que endeudar. Carolín... Miró a sus hijos. Quería que cuando crecieran estudiaran. Leyes. Medicina. Ya no podrán hacerlo en París. Tendré que conformarme con que lo hagan en la metrópoli. No quiero que dependan de la agricultura. De los huracanes. Ni de las sequías. O del piojo blanco. Y del precio del azúcar... Su padre sabía leer y escribir. Por eso había sido varias veces prior y cónsul del Tribunal de Comercio de Puerto Rico. Y como prior había tenido rango de Señoría y había llevado el bastón de mando con empuñadura de oro.

Para ello había que reunir una serie de requisitos. Ser natural de estos reinos, decía el Código de Comercio. Tener, al menos, treinta años. Llevar diez de matrícula y ejercicio en el comercio. Haber sido antes cónsul, para lo que se exigían cinco años. Gozar de buena opinión y fama... Y había sido síndico y juez comisario de quiebras. Y juez de paz y avenencia. Y regidor en el Ayuntamiento de San Juan. Diputado de plaza de abasto público. Y de alumbrado. Por eso salía en los papeles. En la *Gaceta de Puerto Rico*. Periódico oficial del gobierno español en la isla.

Amenazando a los vecinos que ocupaban las casas del circuito de la ciudad con frente al mar con multas de seis pesos si arrojaban basura en las murallas, sin esperar a que los carros pasaran a recogerlas. En un anuncio oficial del Corregimiento. Porque sabía leer y escribir. Y porque entendía de leyes. Y de usos y costumbres comerciales. Recibiendo el encargo de recaudar fondos para la guerra de África entre los catalanes de Mayagüez. Aunque había empezado de la nada. Con una pulpería. Una mezcla de abastería o almacén, taberna y tienda. De ultramarinos.

O abarrotes. En la capital. En ella se vendía de todo, a todas horas, todos los días. Desde medicinas a chocolate con sabor y aroma exquisitos. Con almendras y canela fina de Ceilán, a petición de sus favorecedores, decía el anuncio. También tinta de primera clase. Y legumbres, quesos, embutidos, velas, aceite, coñac, al detalle y al mayor. E incluso frutas y zarzaparrillas. Y se servían vinos y comidas. Haciendo inventario, extendiendo pagarés o fiando a los menos pudientes. Todos los días. Pero ahí estaba. En un cajón. A la edad de cincuenta y tres.

Demasiado pronto. Como su padre, también pulpero. El padre de Isidora. Al cadáver del párvulo Juan Mauricio de Jesús se le había dado sepultura en el cementerio de Santa María Magdalena de Pazzi. Con vistas a la inmensidad del océano Atlántico. Una inmensidad del mismo color que el vestido de sus hermanas, Josefa y Catalina. De un azul profundo. Y horquillas de cristal. Carolín cacao... El cura rector de la iglesia de San Francisco de Asís festejó al niño con oficios de entierro dobles. De casa del fallecido a la iglesia, donde se celebró una misa de cuerpo presente.

Y de la iglesia al cementerio, donde se rezó un responso para despedir el duelo. El sonajero del pequeño Juan Mauricio colgaba desde entonces de una de las ramas del árbol de los juguetes. Junto a la tapia del camposanto. Una *Plumeria alba*. Aunque allí lo llamamos franchipán, se dijo Isidora con aire triste. O alhelí blanco... Nativo de los bosques puertorriqueños, sus hojas son perennes y sus flores exhalan un fragante perfume. Sus ramas, siempre verdes, alargan las manos más allá de la tapia. Manos enormes y llenas por todas partes de dedos larguísimos.

Manos o brazos empeñados en llamar la atención de los transeúntes dispuestos a olvidar. Los muñequitos de los niños muertos de la ciudad de San Juan suspendidos en él parecen ahorcados... Con el vástago en hueso, el sonajero de Juan Mauricio tenía una paloma grabada en el cuerpo esférico hecho en azófar. Una paloma como la del azucarero de plata de sus padres. Isidora rememoró cada pieza del juguete suspendido de aquel árbol a miles de leguas de donde ahora se encontraban ellos. De aros y cadenitas, penden campanillas, cascabeles y otras figuras de palomas. Suena con el viento. Y se moja con la lluvia mezclada con sal y con el rocío...

También Venancio de Camerino Mártir tuvo oficios de entierro doble. Y un bautismo de urgencia. *Post mortem*. Y sepultura eclesiástica en el mismo cementerio. Los celebró el presbítero de la catedral. Pero este otro pobre niño murió sin tiempo para juguetes, se dolió Isidora. Y se secó una lágrima. Nada suyo cuelga ni colgó nunca del palo, como llaman allí a los árboles... Pepita

estaba acostumbrada a las exequias. A los sepelios y a las honras fúnebres. Los esclavos en la isla caían como chinches, aunque menos que en otras colonias de Ultramar.

Y en la Hacienda Constancia tenían su propio hospital. Pero se producían accidentes. No solo entre los trabajadores. Las nuevas locomotoras de vez en cuando atropellaban a algún niño. Y las crecidas de las aguas arrastraban al ganado y a los negros. Y había epidemias. Hacía diez años el cólera morbo se había cebado en ellos. Habían muerto miles de personas. La mayoría, esclavos, negros libres o pobres. Entonces no se hablaba de otra cosa. Y del joven médico que curaba a todos, fuera cual fuera su color. Y aunque no tuvieran dinero. El médico de los pobres.

Pepita subió de un salto a la única silla que quedaba junto a la mesa. Solo entonces Genara le alcanzó las tijeras. Con el índice y el pulgar en los dediles la niña se inclinó sobre la caja en la que descansaba el cadáver de su padre. Abriendo y cerrando las hojas a toda velocidad, movió la esquiladora. Chocando una contra otra la de punta fina y la de punta ancha. Carolín cacao leo lao... Con cuidado de no pillarse con el tope. El tornillo en el centro chirriaba. Niña Josefa, córtele un poco de la cabeza. Aquí... Josefa Ana de la Cruz cercenó un buen mechón.

Y el aya se apresuró a guardarlo en el fondo del bolsillo de su delantal de color blanco. Y otro poco de la perilla, niña Josefa. Otro poco de aquí... Pepita obedeció y cercenó la punta de los bigotes del fallecido. Como quien le corta la pelambreira a un muñeco. El nuevo vellón fue a parar también al mandil de la sierva. Padre, murmuró entonces la criatura, inclinada sobre la caracola de la oreja inerte. Padre, repitió, ¿cuándo me va a llevar otra vez a ver a la yaboa y al chinchilín? Josefa estaría acostumbrada a los velorios, pero no sabía lo que es la muerte.

Un pintor había hecho hacía unos años un retrato de medio cuerpo del propietario de la hacienda que desde entonces colgaba en la sala de reuniones del Tribunal de Comercio de Puerto Rico. En San Juan. En el edificio de La Fortaleza. El Palacio de Santa Catalina. Y con aquellos cabellos naturales que segó Pepita con ayuda de Genara y la miniatura del rostro de don Juan Vias, que el retratista, en cuanto regresaron a la isla, sin él, volvió a reproducir reduciendo las proporciones, las mujeres confeccionaron un brazalete con mucho oro.

Siguiendo la moda en joyería funeraria, las guedejas se emplearon para dar realismo al bigote y a la cabellera del difunto en el interior del guardapelo. El mismo artista inmortalizó después a Isidora. Y a Pepita, que era muy

persuasiva e insistió para que la perpetuaran. Como se hacía con un adulto importante. O con los niños que morían demasiado pronto y a los que llamaban angelitos y rodeaban de flores. A la madre, sentada, imponente. Con el gesto serio de la matrona que debe ocuparse ella sola de los negocios y de la hacienda para sacar a sus hijos adelante.

Y con sus llaves de ama de la casa bien aferradas al vestido, negro y con puntillas del mismo color, por medio de un artilugio de cordones y cadenillas con ruedas de cuero y metal enganchado en la tela, ingenio que le permitía ir abriendo y cerrando las puertas con comodidad. A la niña, de cuerpo entero, junto a la balastrada del porche, que daba al feraz jardín. A los ruidos de la selva. Más allá de la plantación. Luciendo ambas en la muñeca la banda con la efigie del difunto, además de otras joyas que adornaban sus escotes y colgaban de sus orejas.

O ceñían sus dedos y cinturas. En dos lienzos de grandes proporciones. Aquello sí que era brujería. Qué parecidos. La negra se quedaba hechizada, observándolos, y cada vez que pasaba por delante se persignaba. Como ante los daguerrotipos de tantas familias blancas en Toa Baja. O en el municipio de Dorado. O en Arecibo. Y en San Juan. También en casa de los Vias, en el número 49 de la calle de la Luna. Como imágenes en un altar. Pero Isidora, en este caso, había preferido la pintura. El formato grande. ¡Son inmensos!, exclamaba Genara estupefacta.

En coche va una niña, carolín, rezongaba viendo a Josefa posar durante tanto tiempo seguido. Con una mano sujetaba un pañuelo de encaje blanco y con la otra su sombrilla. En coche va una niña, carolín... Llevaba puesto el traje azul oscuro con cenefas negras bordadas en el vuelo de la falda. Y sus botines de media caña. Unas enaguas de encaje blanco asomaban por debajo del vestido. Pepita cayó enferma, carolín. Pepita cayó enferma, carolín... La niña, para no oírla, corregía lo que Genara se empeñaba en cambiar en la letra de aquella canción popular.

Alicia cayó enferma, gritaba, tapándose los oídos con ambas manos. Y el pintor se indignaba, porque al hacerlo levantaba el *en-tout-cas* y el pañuelo y le descomponía la estampa. Pepita, en cuanto podía, se escapaba al aire libre. Para buscar pajarillos con sus hermanos pequeños, Juan y Julio. Cuanto más raros, mejor. O se iba hasta las cuadras para salir a montar. Con los mayores. Manuel y Catalina. En su potrillo. Triunfador, al que acicalaba con una hoja de palma y florecillas en la cabeza. Y con el esclavo Lino, propietario desde hacía algún tiempo de un cuadrúpedo.

De siete años de edad, azabache, con crin y cola regular, un lucero apagado en la frente y otro en el hocico, pelado el espinazo y tuerto del ojo izquierdo, tenía los cascos negros y siete cuartas de alzada. Todos juntos se iban hasta la orilla del río. Al embarcadero de la plantación. O hasta el mar, no lejos de allí. En el municipio de Dorado. La alta chimenea de la estancia les servía para volver a casa. Jugaban al escondite en los cañaverales, como los negros cuando huían y los amos les prendían fuego. Colgaron los cuadros en el comedor. Y Pepita cayó enferma.

Medio año después de que regresaran a la isla, tras otra larga y accidentada travesía. Cinco semanas de navegación con tormentas, vendavales y olas enormes que parecían querer tragarse la goleta. Se terminaban las vacaciones de verano y estaban de regreso en San Juan. Josefa ya no podía salir a contemplar las aves que en la hacienda brincaban de un lado a otro. Ni a cabalgar. O a refugiarse entre las cañas para morder los tallos nuevos. Su pelo perdió el brillo. Se veía negro. No podía tomar más que caldo de gallina. Y aun eso rápidamente lo echaba fuera.

A sus hermanos no les dejaban acercarse. Por miedo al contagio. Genara, salmodiando en tono suave, la cuidaba noche y día. Era la única que no cogía ni una de las pestes que mataban a los demás. También la madre se sentaba a menudo en la habitación de la enferma, aunque tenía que ocuparse de tantos asuntos. La sociedad de su marido, Vias & Cía., tuvo que ser liquidada. Y ella pronto dirigió una nueva, Viuda de Vias & Cía. Una empresa transitoria, especializada como la anterior en la gestión y coordinación del transporte internacional de mercancías.

De su tránsito. Con su propio sello. Con el que se consignaban sobres y cartas. Los veleros viajaban de San Juan a La Habana. O a Cádiz. Y Málaga. O Barcelona. Y a Palma, Alicante o Santander. E incluso a Génova, Bremen, Saint Thomas o Baltimore. Y vuelta. Traían jamones gallegos, garbanzos gordos, sacos de arroz, jabón de Mallorca, botijas de aceite, chorizos en conserva, fideos, alcauciles, pasas, higos, cominos, caracoles y cientos y miles de ristras de ajos. O vino, además de naipes o cueros. Y cigarrillos. De la marca El Modelo. O Símbolo de la Paz.

Y ellos, Viuda de Vias & Cía., mandaban bocoyes de azúcar. Y pipas de aguardiente. Y quinina. O algodón en pacas. Y calaguala, para curar muchas enfermedades. Y tamarindo, cocos, aceites tropicales, tabaco en rama, caoba o esteras y forros de yarey. Además de resina de guayacán o guayaco para investigación médica... Aparte de leer y escribir, había que saber sumar, restar, dividir y multiplicar. Las oficinas estaban en el número 3 de la calle de

la Cruz. En San Juan. Fletaban barcos que anunciaban en la *Gaceta*. O en el *Boletín Mercantil de Puerto Rico*.

Órgano del Partido de los Españoles. Para que otros pudieran enviar sus productos. O para despachar pasajeros con destino a la Península. Y para traerlos de allí. También soldados. La polacra española Emilia, su capitán don Manuel Carbonell, saldrá para Barcelona a la mayor brevedad posible. Admite carga a flete y pasajeros. Vda. de Vias y Cía. Cruz 3. El bergantín goleta español Bruja, su capitán don Mateo Mahigues, admite carga... Funcionaba también como agente de la Phoenix Assurance Company, una empresa de seguros contra incendios de Londres.

No había muchas mujeres con matrícula y ejercicio en el comercio en las Antillas. Isidora tenía arrestos. Tanto, que los linotipistas a veces se equivocaban. Y en algunos papeles aparecía como Isidoro. Haciendo donaciones. A los pobres. Al Ejército. Isidoro Ochoteco. La vida, siendo muy joven, la había obligado a mostrarse fuerte. Y ahora, que acababa de quedarse sola al frente de la casa y de la empresa, aunque los socios de su marido, los señores Soler y Massó, la ayudaban en todo, recordaba a sus padres. La situación tan precaria en la que habían tenido que vivir.

Los continuos esfuerzos que habían tenido que hacer. No solo ella. También sus hermanos. Su padre, el irunés Félix Santiago Ochoteco Lamas, capitán del Triunfador, un bergantín que prestó auxilio a los sitiados por las tropas de Bolívar en Santo Tomás de la Nueva Guayana de la Angostura del Orinoco, también había muerto demasiado pronto. Demasiado pronto para su familia. No tanto sabiendo lo que había vivido. Siete años después del cerco y de que se estableciera en San Juan, el capitán Ochoteco se había casado con Luisa Monclova del Moral.

Y ya entonces, en la catedral, se lamentó Isidora sentada en un sillón junto a la pared en la habitación de su hija enferma, no le administraron los sacramentos porque se sintió indispuesto... Ya sé en qué está pensando, madre, replicó Josefa desde la cama. La Ochoteco sonrió a la niña, que acababa de abrir los ojos al escuchar cómo su madre recordaba en voz alta. Sí. En tu abuelo... El padre de Isidora había perdido la salud en el asedio. Y cuando murió, su viuda, con siete hijos y sin recursos, tuvo que abandonar San Juan y marcharse a Arecibo.

Allí una prima le había cedido una habitación y ella e Isidora, la mayor de las hijas, se habían puesto a trabajar. Enterada de que a su marido al llegar a la isla le obligaron a depositar en la Tesorería una importante suma, doña Luisa envió cartas y más cartas a la reina para que se la restituyeran. Se

trataba de monedas macuquinas, de necesidad, sin valor fuera de la Guayana, que su marido y su socio habían recibido por los víveres que llevaron a los sitiados. La habían reclamado sin éxito. Nos robaron todo, también la voz, murmuró Isidora. Y casi, el futuro...

Diez años anduvo mi madre requiriendo aquella cantidad, hasta que también a ella se la denegaron. Solo le devolvieron una parte irrisoria. Porque en una familia tan desgraciada, cuyo padre se sacrificó muchas veces por la causa de Su Majestad en las provincias disidentes, decía en un escrito su representante, no halla medio de dar educación a sus hijos para que puedan aprender a ganar su sustento... La sociedad de su marido había quebrado. Otalora & Ochoteco. Hacía tiempo. Dos vascos que habían llegado a tener tres pulperías en San Juan.

Y que también se habían dedicado a la importación y exportación. Apenas quedó nada de todo aquello. Y en su penuria la viuda del capitán solía rememorar lo que su marido le contó sobre el asedio. De los que allí vivían. Ahora también Josefa, desde la cama, rogó a su madre que se lo volviera a relatar. Como si fuera un cuento. Un cuento que no tuviera nada que ver con su familia ni con ella. Decía mi padre que comían gatos, perros, zamuros, lagartos, ratones y muchos otros animales inmundos. Y que cuando ya no los hubo. Pero... La madre interrumpió el relato.

Espera, indicó. Y salió de la habitación, aunque no tardó en volver con un mamotreto entre las manos. Una copia de las memorias del capitán Rafael Sevilla, inéditas, que hablaban, entre otras cosas, de las campañas contra los separatistas de América y que el autor había entregado hacía muchos años a doña Luisa como tributo a su amistad con su marido. Isidora a menudo repasaba con sus hijos pasajes de aquel legajo de papel roído y a punto de volverse ilegible. ¿Conseguirían publicarlo los herederos del que después pasó a ser coronel? Volvió a sentarse y empezó a leer.

Los cueros que había en los almacenes... Otra vez se detuvo y miró a la hija. Tenía los ojos cerrados, pero era evidente que escuchaba. Los cueros que había en los almacenes y en los tinglados los guisábamos como mondongo y aunque salía una composición que parecía cola nos la tragábamos con ansia. Agotado ya todo, echamos mano de los cueros de pelo y de los que servían de forro a algunos baúles. Esta clase de alimento ponía a los hombres hinchados. Se enfermaban de disentería y de extenuación. Y la mortandad que se declaró fue horrorosa.

Yo he visto centinelas gritar «alerta está» y caer muertos en el acto. Pero hasta eso se acabó... Isidora una vez más alzó los ojos para comprobar si su

hija seguía atenta a lo que le estaba leyendo. No perdía una palabra. Hasta nos comimos cuantas matas y raíces de plátanos y de otras plantas había en la población. Yo mismo vi muchas veces a señoras principales macilentas, pero valerosas y leales a España, recoger en las calles, acompañadas de sus escuálidos y hermosos niños, las hierbas que brotaban por entre las piedras para cocerlas y comérselas.

Si nos entregábamos, nos mataban sin remedio. Y si nos manteníamos en la plaza, era preciso comernos unos a otros... La madre detuvo una vez más la lectura para aclararse la garganta con un par de carraspeos y recordar a Josefa algunos antecedentes que ya le había explicado en alguna ocasión. Consciente de que la mayoría de los niños quieren que lo que se les cuenta se les cuente siempre igual, sin cambiar una sola palabra, procuraba repetir cada una de las frases que había empleado la primera vez que les había referido aquella historia a sus hijos. Idénticas.

Porque si cambiaba algo, lo más mínimo, los pequeños Vias Ochoteco, Manuel, Catalina, Josefa, Juan y Julio, enseguida se daban cuenta y arrugaban la nariz. Lo mismo si se trataba de un cuento, como el de *Los tres lechoncitos*, que si lo que les describía era un acontecimiento del pasado. Seguía vigente, dijo, el Decreto de Guerra a Muerte firmado por Bolívar que ordenaba el exterminio de todo español contrario o indiferente a la causa independentista... La enferma tragó saliva. Continúe, madre, rogó. Y señaló el montón de papeles entre las manos de Isidora.

Cuántos hombres, volvió a leer la madre, nacidos en aquel suelo y pertenecientes... En ese momento Pepita se llevó las suyas al vientre. Estaba muy flaca y en su rostro se reflejaba el dolor. Isidora se levantó y se acercó, pero la niña alzó una mano y le hizo una seña para que volviera a sentarse. ¿Estás segura? ¿Quieres que siga? Sí, por favor... Cuántos hombres, repitió la madre, ya sentada, nacidos en aquel suelo y pertenecientes lo mismo a la raza de los conquistadores que a la de los conquistados, a la de los negros oriundos de África que a la de los mestizos...

Se han hecho allí acreedores, la remedó de pronto la pequeña, a dejar sus nombres esculpidos en las páginas de la Historia en mármoles y bronces... Se lo sabía de memoria. Hombres, mujeres y niños, puntualizó Isidora. Y dejó el manuscrito en la silla contigua. Ella era como aquellos oscuros héroes. Lo decía su madre cuando la veía secarse la frente con el brazo, agotada por las duras tareas que las dos se veían obligadas a realizar para poder alimentar a los hermanos pequeños de Isidora, que había tenido que arrimar el hombro desde la edad de once años.

Había sido una joven animosa. Tenaz y dispuesta a soportarlo todo. Y ahora, cuando hacía tiempo que se había convertido en una mujer y se acababa de quedar, como su madre, sola con varios hijos a su cargo, seguía siendo aguerrida. Esforzada. Y perseverante. Y, sin embargo, añadió refiriéndose a todos aquellos hombres, mujeres y niños, apenas nadie sabe ya nada de ellos. Y sus familias malviven como malvivió la nuestra... Había salido también a él. A su padre. Cuénteme cómo consiguió salir de allí el abuelo, rogó Pepita. El capitán Ochoteco, siguió Isidora.

Mi padre, recalcó, huyó de allí con el barco hasta arriba de esqueletos ambulantes. Tras algo más de seis meses de asedio algunos cargueros, entre ellos el suyo, consiguieron salir por las bocas del Orinoco, cercadas desde el principio por la flota, muy superior, de los insurgentes. Y lo hicieron en desbandada, sin pegarse al costado de los de guerra, que les habrían podido prestar protección. Lo que en lenguaje náutico se denomina «navegación en conserva». Sus capitanes no estaban acostumbrados a las acciones de combate. A otros muchos los capturaron.

O los hundieron a cañonazos y sus pasajeros se fueron al fondo del río, porque aquellos infelices no sabían nadar como los delfines rosados que surcan esas aguas. Como no sabemos nadie. O casi nadie. Por fin el 8 de agosto de 1817 tres barcos consiguieron llegar a la bahía de Saint George, capital de la isla británica de Granada. Allí la tripulación del navío de mi padre y los evacuados que iban en él tuvieron que permanecer en cuarentena. A bordo se había producido una muerte a consecuencia del vómito negro. Después, al fin, pusieron rumbo a Puerto Rico.

Las tres naves. ¿Cómo se llamaban?, preguntó. Triunfador, como mi potrillo, Guadalupe y Victoria... Muy bien, aprobó la madre. Y cuando el Triunfador, a finales de ese año, zarpó hacia la metrópoli, tu abuelo, al que el gobierno concedió una pequeña pensión arañada al impuesto del cacao, se quedó aquí. Su socio, Joaquín Forné, pereció durante la travesía... Pepita estaba muy pálida. Ya había escuchado la historia en muchas ocasiones, pero aun así cada vez que la oía le causaba una fuerte impresión. Mi padre nunca recuperó la salud, concluyó Isidora.

Y al final se quedó ciego. Pobre hombre. El mismo día que lo llevaban a enterrar mi madre dio a luz una niña, añadió, levantándose. Tu tía Paula, tu madrina de bautismo. Y, por cierto, no sé si sabes que tu padrino, don Juan Bautista Machicote, vino a la isla, como tantos otros, huyendo de los abusos de las tropas de Bolívar... Cuando se case y tenga hijos, pensó mirando a Pepita, será una buena madre. Josefa cuidaba a sus hermanos pequeños, Juan

y Julio, mejor de lo que lo hacía su hermana Catalina, dos años mayor que ella. Y les hablaba de la yaboa y del chinchilín.

Y de otras muchas aves de Puerto Rico. Del comeñame, negro y con la cresta y la pechera rojas. De la reina mora, un pico grueso azulón. Del bienteveo, en su precioso nido. Del zumbadorcito, libando como una abeja de color verde con su pico largo. Y del san Pedrito, que parecía tener siempre hipo. Serás una buena madre, dijo Isidora. O una salvaje, pensó enseguida. Se había inclinado para echar un ojo a unas octavillas que su hija tenía junto a la cama. Sin duda, uno de aquellos libelos que Genara le daba con frecuencia para que se los leyera en voz alta.

Analfabeta, como la inmensa mayoría de los esclavos, aunque también muchos españoles y criollos, no podía hacerlo sola, aunque Pepita le estaba enseñando a leer y después quería que aprendiera también a escribir. Isidora siguió descifrando el texto a distancia. Sí. Se trataba de uno de los pasquines de aquel médico del que el aya le hablaba tanto y tan bien. De aquel médico que, con un amigo, se dedicaba a liberar mulequitos. Los muleques, en la jerga de los traficantes de esclavos, eran negros de entre seis y catorce años. Los mulequillos, los más pequeños.

El médico era el mismo que había curado a todos, blancos y negros y pobres, cuando el cólera morbo asoló la isla. Por ley, los esclavos podían comprar la libertad de cada uno de sus hijos por veinticinco pesos si lo hacían antes de que recibieran el sacramento del bautismo. Y por cincuenta si lo hacían después. El doctor Betances y su amigo se apostaban los domingos junto a la catedral de Mayagüez y daban a los padres que ese día llevaban a un retoño a bautizar los veinticinco pesos necesarios para comprar la libertad de la criatura antes de recibir las aguas.

Las aguas de libertad. Pepita leía aquellos panfletos, que podían costarle la cárcel o el exilio a cualquier adulto, a sus hermanos menores, Juan y Julio, como si fueran cuentos de hadas. Hablaban de la igualdad de todos los hombres, independientemente del color de su piel. O de sus ingresos. Y de la urgencia de abolir la esclavitud. A los dos mayores, en cambio, todo aquello no parecía interesarles en absoluto. Ni a Catalina ni a Manuel. Genara entró en aquel momento en la habitación trayendo una bandeja con una taza de caldo de pollo con su sazón criolla.

Y una torta de casabe, además del azucarero con la paloma en la cima. Por si la niña se animaba a tomar algo dulce. Y, cómo no, canturreando entre dientes, aunque sin fuerza. Quizás se sanará, carolín cacao leo lao. Quizás se sanará, carolín cacao... Josefa se llevó la mano al vientre, que le volvía a

doler. Tenía escalofríos, náuseas, diarrea. Venga, la animó Isidora, come algo e intenta dormir... Y con aire triste se dispuso a marcharse, pero vio que el aya traía una escoba hecha de hierbas y que empezaba a sacudirla alrededor de Josefa y a murmurar sílabas incomprensibles.

La Ochoteco protestó. Voy a hacer una limpia, mi ama, se defendió Genara. Una curación, mi señora... Qué más da esto que el cura párroco, madre, alegó Pepita. Isidora fue a decir algo, pero se alejó. Se había dado cuenta de que su hija era consciente de lo que le esperaba. Todo se obtiene con ofrendas, oyó susurrar a la palera, mientras hacía crujir las hojas de su vara hecha con ramas verdes. O sacrificios. Vamos, niña Josefa, añadió sin abandonar el ritual. Coma algo e intente descansar. Luego la sacaré a dar una vuelta por la ciudad para que le dé un poco el aire...

Y se sentó junto a ella. Genara le había construido una silla de ruedas. Con los desechos de un carro y un sillón. Copiando el diseño de una revista ilustrada. Y con ayuda de Lino. Habían logrado doblegar su espíritu. En caja de terciopelo, murmuró Pepita, ya sin acompañamiento musical. Y tapa de cristal... Dos semanas después de que la niña cayera en cama, avanzado el mes de agosto, el aya entró en el comedor con unas tijeras, mascullando estrofas. Pepita ya está muerta, carolín... La sonrisa en sus labios parecía decir: Ha muerto sin pecados. Era un angelito...

Tumbada en una espléndida caja sobre la mesa del comedor, que ahora se veía enorme, mucho más grande que de costumbre, Josefa tenía puestos su vestido azul oscuro con cenefas de encaje negro y sus botas de media caña. La llevan a enterrar, carolín cacao leo lao... Había allí hombres y mujeres vestidos de negro de los pies a la cabeza y con gesto atribulado. Familiares, socios y vecinos del municipio. Y también de Toa Baja. Otro hacendado, geltrunense, y su aún joven esposa. Con su hijo, casi de la edad de Pepita, y su aire de muñeca rota. En un rincón.

Las ventanas estaban abiertas de par en par. La madre y los hermanos de Josefa, con la cabeza gacha, asistían sentados en las sillas de comer, junto a la pared. Y algunos siervos, con el sombrero en la mano, a la puerta. También acudieron los padrinos de la niña. Su tía, doña Paula Ochoteco, y el riquísimo estanciero navarro, don Juan Bautista Machicote Irisarri. Y otros amigos, comerciantes de San Juan. Don Bartolomé Elzaburu y su hermana, doña Luisa. Los Saleses. O los Vizcarrondo. Los Aranzamendi... Y los catalanes. Don Bartolomé Borrás.

Y don Jaime Cladellas. Los hermanos Pi, don Pedro Guarch y doña Lorenza Pérez, canaria, viuda de otro Guarch, don Juan Iseru... Y hasta el

escribano del Tribunal de Comercio, don Esteban de Escalona. También él estaba allí. Pepita va en el coche, carolín. Pepita va en el coche, carolín. Con techo de cristal, carolín cacao... Doña Isidora alzó los ojos, arrugó el entrecejo y miró al aya, aunque tampoco ella chistó. Genara era una institución, tanto en la hacienda como en San Juan. Todo el mundo la respetaba. Negros, blancos y pardos. Adultos y niños. Nativos, extranjeros.

Además era libre, a pesar de que tampoco después de pisar suelo español había querido dejar el trabajo. Prefirió seguir con su ama y los niños. Y cobrar un jornal. La habían bautizado hacía mucho. Como a los demás. Y cuando muriera le darían cristiana sepultura. Junto a la iglesia de San Pedro Apóstol. En Toa Baja. La mejor alhajada de toda la isla. Aunque Genara, como la mayoría de los negros allí, seguía adorando a divinidades con nombres sorprendentes, de las que afirmaban que eran las mismas que las de los blancos. Divinidades, no, se corregían.

Santos y vírgenes... Y haciendo conjuros al ritmo de los palillos, las sonajeras y los tambores, que también tocaban cuando moría uno de ellos. Como si celebraran una fiesta. Porque consideraban que el difunto era un ser afortunado. Que volvía a África. A los tambores los llamaban bombas. Acompañaban todos sus bailes, mientras ellos entonaban siempre las mismas palabras y frases. Siempre las mismas. Una y otra vez. Como la bomba, que repetía siempre el mismo son. Siempre el mismo. Una y otra vez. O esa sensación daba. Eran sus campanas.

Y a menudo difundían los mensajes subversivos, las noticias de una conspiración de esclavos, por esa vía. Con aquel redoble que aterrorizaba a los blancos. Tocando, cantando y bailando la bomba. Encima de la tumba, carolín. Encima de la tumba... No se permitirán bailes en los altares de Cruz, estipulaba el Bando de Policía y Buen Gobierno en su artículo número 13. Ni velorio de párvulos, trasladar cadáveres de gente de color de una casa a otra para llorarlos, ni cantarles al estilo de la nación a la que pertenezcan. Ni se podrá hacer tampoco en casa del difunto...

Por los espectáculos festivos que arman junto a los ataúdes de niños y adultos negros, recordó Isidora. Genara, en medio del comedor, movía las tijeras encima de la caja, a la altura de la cabeza. Un pajarillo va, carolín cacao leo lao. Un pajarillo va, carolín cacao leo... El tornillo en el centro de las tijeras, que tenía embutidas en sus dedos índice y pulgar, chirrió. Acto seguido un mechón de pelo castaño muy oscuro, casi negro, fue a parar al fondo del delantal de coleta que el aya llevaba siempre impecable. A pesar de las muchas faenas. Cantando el pío, pío, carolín.

Y el pío, pío, pa, carolín cacao leo lao. Y el pío, pío, pa... Unos días después un pequeño *en-tout-cas* de color azul oscuro giraba con cada golpe de viento en una de las ramas del árbol de los juguetes. La cabeza de potrillo en el mango daba vueltas y vueltas. En el cementerio de Santa María Magdalena de Pazzi. Y un sonajero de azófar se enredaba en él. Con sus figuras de palomas, sus aros y cadenitas, sus campanillas y cascabeles. La viuda del señor Vias se agachó para limpiar las inscripciones con las letras que recordaban a su padre y a tres de sus hijos.

Su madre no estaba allí, sino en Arecibo, la ciudad a la que tuvieron que marcharse cuando murió el capitán Ochoteco. Félix Santiago, no voy a llorar, bisbiseó Isidora, sacudiendo una rama de franchipán con la que improvisó una escoba para ocuparse de los suyos que ya no necesitaban cuidados. Y en su mente reapareció Genara ejecutando la extraña purificación junto a la cama de su hija. Santa María Madre de Dios, ruega por nosotros, recitó. Un rosario con las letanías de la Virgen. Madre de Cristo. Madre de la Misericordia, ruega por nosotros...

Josefa Ana de la Cruz, no voy a llorar. Juan Mauricio de Jesús, ruega... ¡No!, gritó. Y dio una patada al suelo. Así no es... Pero volvió a barrer la arenilla que quedaba del reciente entierro con la rama de alhelí blanco. Llevaba puestos unos pendientes y un ancho brazalete confeccionados los dos con intrincadas guirnaldas de diminutas borlas trenzadas con mechones de un cabello muy oscuro, casi negro, que hacían que el oro del camafeo central de la pulsera y el de los aros y las varillas que formaban el marco de los zarcillos y de la ajorca centelleara aún más.

Un bucle en el relicario que lucía justo en el centro del brazalete, en su muñeca, simulaba una enhiesta hoja de palma o un orgulloso plumero entre minúsculas florecillas. Juan Mauricio de Jesús, no voy a llorar, prosiguió Isidora con su monodia. Madre de la Divina Gracia, ruega por nosotros. Madre del Buen Consejo, no puedo llorar. No. No. Así no es. Juan Mauricio de Jesús, no voy a llorar. Venancio de Camerino Mártir, no voy a rogar. ¡No! ¡Así tampoco! Venancio de Camerino Mártir, ruega por... ¡No! Así no es... Las olas acariciaban la tierra muy cerca de allí.

Y entre las campanadas que, aunque muy próximas, resonaban distantes en medio de la bruma se oían los graznidos de una bandada de chinchilines, que, con su traje de luto, saltaban por encima de los túmulos, picoteando el nuevo nombre. Neblina en agosto, pensó la Ochoteco, después de levantar la vista para mirar al cielo. Lo que faltaba. Sin duda se avecinan huracanes de la peor especie... Y se sentó junto a la losa en la que acababan de grabar el

nombre de la niña y unas tristes fechas. Josefa Vias Ochoteco. San Juan de P. R., 1857 – San Juan de P. R., 1867.

La hierba alrededor no tardaría en crecer. Padre, repitió Isidora con los ojos cada vez más brillantes. Padre, no voy a llorar... En la ciudad de San Juan de Puerto Rico, a los veinte y dos días del mes de agosto de mil ochocientos sesenta y siete, yo, el Presbítero don Guillermo Ferrer, Cura Regente de Santa María de los Remedios en el Sagrario de la Santa Iglesia Catedral, hice los oficios de entierro de primera clase y mandé dar sepultura eclesiástica al cadáver de doña Josefa Vias, hija legítima de don Juan Vias y de doña Ysidora Ochoteco, de ocho años de edad...

Hija mía, musitó Isidora. Tenía nueve. Estaba a punto de cumplir los diez... También los niños salían en los papeles. Aquellos papeles que para algunos tanto decían. Y para otros, tan poco. También Josefa sabía leer y escribir. Pero ahí estaba. Bajo tierra. Como su abuelo. Y como aquellos dos niños que no habían tenido tiempo de ser sus hermanos. Como su padre. A miles de leguas de allí. No recibió los Santos Sacramentos, decía también la boleta de Pepita en el Libro de Defunciones de la catedral, por no haberlo permitido la violencia de la enfermedad.

Doy fe, don blablá... Al señor Massó la muerte de la niña le había afectado mucho. Y la de don Juan Vias Paloma. De la que no hacía ni un año. Soltero, sin hijos y quince años mayor que su socio y amigo, don Manuel Massó acababa de anunciar que en unos días se disponía a otorgar testamento en favor de su ahijado, el niño Manuel Vias Ochoteco, de Isidora y de los otros tres herederos que le quedaban. También el señor Soler hacía todo lo que estaba en su mano para ayudar a la familia, aunque él tenía mujer e hijos. Y el hermano mayor de Isidora, Félix Esteban.

Se había quedado en San Juan para ayudarla a ordenar sus asuntos. La Ochoteco buscó con la mirada a los suyos, de los que se había olvidado por completo. A pocos pasos de allí Genara esperaba con los hermanos pequeños de Pepita, Juan Francisco Donato y Julio Gervasio Miguel. Bajo uno de los arcos de la galería de los nichos Juan Francisco, de ocho años, leía en voz alta un papel que sostenía entre las manos, mientras los otros dos le escuchaban con suma atención. Abolición de la esclavitud, oyó Isidora que recitaba. Y se levantó de un brinco.

Huele a proclama del doctor Betances, murmuró. Algo horrible se cuece en la isla... ¿Sabéis que a los negros bozales los apresaban y todavía a veces los cogen en África contra su voluntad para traerlos hasta aquí con cepos y encadenados unos a otros, amontonados en un barco, sin apenas espacio,

aunque ya está prohibido hacerlo?, preguntó en aquel momento el aya. ¿Que cargaban y todavía cargan en cada viaje unos trescientos y pico o incluso más, muchos más? Hombres y mujeres, muy jóvenes. Y, sobre todo, niños. Menores de trece años. Y muchos de meses.

¿Que una buena parte moría y aún muere durante el largo trayecto? De disentería, de hambre, de viruela... ¿Que los cadáveres los tiraban y aún los tiran al mar? Para que se los coman los tiburones. Y otros peces carnívoros que no distinguen entre mandingas, jelofes, congos, carabalíes, minas o yorubas... Los niños Vias Ochoteco no perdían una palabra de lo que decía la negra y la miraban con los ojos y la boca muy abiertos. ¿Y Manuel y Catalina?, se dijo Isidora. Y giró la cabeza a un lado y a otro. ¿Por qué no están con Genara y con sus hermanos pequeños?

Cuántas veces les he dicho que no se separen... Siguió buscando. En cada rincón. ¿Dónde demonios están? Hasta que por fin dio con ellos. Los dos mayores, a la entrada de la capilla circular del cementerio, se hacían cruces. Bueno, pensó la madre. Y respiró aliviada. Al menos no están peleándose en un vertedero entre calaveras y sabandijas... ¿Y sabéis que aquí los vendían y aún los venden, de contrabando?, seguía diciendo el aya. Como si fueran melones de agua. Mejor dicho, caballos o bueyes. Para que trabajaran y aún trabajen como mulas...

Hace tiempo además los marcaban con un hierro. A fuego. Les ponían alguna letra. Unas iniciales. O un dibujo. Una estrella. Una flor. O una cruz. En el rostro. O en alguna parte del cuerpo. Los gritos eran espantosos. Y se oían desde muy lejos. Por no hablar de los castigos que se les aplicaban y que aún se les aplican si a alguno se le ocurría o se le ocurre escaparse. Vuestra hermana Josefa lo sabía... ¡Abolición de la esclavitud!, repitió entonces Juan Francisco. Y en el tono de su voz se podía apreciar la rabia que le debía de estar comiendo las entrañas. Igualdad...

Como quiere Jesucristo, coreó el benjamín, Julio, de solo cuatro años. Isidora vio cómo Genara sonreía de oreja a oreja. Libertad de culto, continuó declamando Juan Francisco. Libertad de palabra. Libertad de imprenta... La madre, que caminaba en dirección al grupo, los miró con un cariño desmadejado. Libertad de reunión... En este mundo, pensó la Ochoteco. Y apretó el paso. En este mundo, la única libertad que hay es la de escoger entre sollozar o gemir...



Pepita estaba acostumbrada a las exequias.
A los sepelios y a las honras fúnebres.
(San Juan de Puerto Rico, 1867).

Los celos del señor Vias

Aficionada a disfrazar y a decorar, aquella mañana, como casi cada día desde que dejaran la cuna, había peinado a sus hijos, sin distinción de edad ni de sexo, con tirabuzones. Como los de la actriz Shirley Temple. Parecen garabatos, rezongó el padre. Pero no insumisos, sino obedientes. Soldaditos en hilera... El abuelo Rogelio acababa de dejarles para siempre y a los tres niños, que vestían pantalón corto de color arena, zapatos con cordones y calcetines blancos, María del Carmen les colocó unos brazales de duelo en la manga de la camisa. La única chica lucía también una de aquellas bandas de tela negra en su vestido de piqué rojo con gruesos lunares blancos. La madre se puso uno que compró blanco y ahora se veía negro. Lo había teñido ella misma en una jofaina. Con generoso escote, el tejido era tan liviano que alzaba el vuelo al menor soplo de aire. O siguiendo el compás de sus piernas al caminar. Al verla salir de la casa, don Manuel, que empezaba a temer que no llegarían a tiempo, guardó el reloj en el bolsillo.

Y se santiguó. Silbar no era costumbre. Tampoco persignarse. Menudo ateo estás hecho, bromeó ella entre risas. Él contempló de nuevo aquel luto voluptuoso. Nos traerá más de un problema, murmuró como si pensara en voz alta. Aunque campo a través, añadió para no perder la compostura que por lo general le caracterizaba, no nos cruzaremos con nadie. Y en la plaza le pondré mi chaqueta por encima... Pero cuando su mirada se topó con el calzado que acompañaba al atuendo, se quedó atónito. Unas sandalias de tacón alto, que también habían sido blancas y ahora aparecían negras y cuyas finas tiras de cuero se enroscaban en torno a los tobillos de su mujer como reptiles muertos de sed, resaltaban aún más aquella piel bronceada y suave. Centelleos en rosa, oro, añil, rubí, verde, lila y plata destellaban allá abajo como escamas minúsculas. ¿Vas a ir por la cañada con esos tacones?, habría preguntado cualquier otro. Él no. Sabía que para ella atravesar los montes con semejantes chapines no era ningún acto heroico.

Nacida en Villagarcía de Arosa, se había acostumbrado de niña a ir de un pueblo a otro y a correr por los plantíos húmedos o cubiertos de lodo

encaramada a unos zuecos de madera rematados con un pico en la punta y provistos de unos pequeños tarugos en las suelas. Varias generaciones de mujeres que habían trabajado de sol a sombra con un pañuelo en la cabeza, una vara de guiar y un cubo de zinc o un azadón, arrastrando una yunta de bueyes, se traslucían en aquel par de almadreñas que ella aún a veces se ponía cuando volvían a su tierra. Hizo ademán de querer estrecharla, pero se contuvo. Abrazar o besar a su mujer en público tampoco formaba parte de sus hábitos. Cada verano las familias acomodadas de la capital huían del calor refugiándose primero un mes en alguno de los pueblos de la sierra, después otro en algún lugar de la costa, por lo general, en el norte de la Península, y como remate un tercero de vuelta en las cumbres. En las montañas de los alrededores de Madrid no había mucho que hacer. O sí, según se mire.

Aún no existía la televisión. Solo la radio. Pero no todo el mundo entonces podía disfrutar de un aparato de esos. Y apenas había salas de cine. Tampoco la lectura era un entretenimiento muy extendido, aunque nosotros leíamos... Un momento, ¿quién habla aquí? ¿Quién va a ser? Ellos. Los que entonces eran unos niños. Los que aún viven y todavía pueden recordar. Nosotros leíamos. Sí. Al atardecer. Pero por el día los afortunados que podíamos ir de veraneo lo que hacíamos era movernos. Paseábamos por la localidad o emprendíamos largas caminatas por los montes. Subíamos a los picos, cogíamos moras en las zarzas, merendábamos en algún prado, bajo los árboles, al amanecer salíamos a comprar leche fresca, de vacas recién ordeñadas, y a menudo nos bañábamos en las aguas limpias de un arroyo, donde buscábamos corujas para comerlas con aceite y sal. O en las sucias de una pileta. Y a veces asistíamos a una corrida... Entonces los hermanos Bienvenida, unos críos, jugaban en la colonia a torear perros en la calle.

Todo el que pasara por allí los podía ver... Parecemos el coro. Interrumpiendo y comentando cada escena. En la costa, en cambio, se podía ir a la playa a tomar el sol y a saltar las olas, a coger cangrejos y mejillones y a pescar. O a untarse de lodo fétido en los cenagales de una ría cuando bajaba la marea. Algunos tenían casa fija en los diferentes destinos. Otros la alquilábamos. Y en muchas de aquellas casas de arriendo tanto los niños como los padres, que en la ciudad disfrutábamos del lujo de tener bañera, entre otras muchas comodidades, nos lavábamos en el palanganero, un mueble airoso de largas patas... ¿No llevamos paraguas?, preguntó María del Carmen. Su marido miró hacia arriba y sonrió. La tarde casi agosteña se veía despejada y luminosa. Dicen que amenaza nube por el monte de Aguas Vertientes, se justificó ella. No se veía signo ni rastro de tormenta en el cielo.

Y la procesión se puso por fin en marcha, camino de El Espinar. Ninguno cogió nada para protegerse de un chaparrón. ¿Para qué? Parecía imposible.

Abría la comitiva la pareja formada por los padres. Él, a poco de cumplir los cuarenta y tres, alto y enjuto, con unas gafas redondas de metal, llevaba un traje de chaqueta gris claro, que le quedaba muy suelto, y zapatos con cordones. Aficionado a la lidia, siendo muy joven había seguido a Joselito por toda España, hasta que un toro lo mató en Talavera de la Reina, de modo que para cuando se casó no tuvo que cortarse la coleta como asiduo a las plazas para complacer a nuestra madre. Hacía ya ocho años que para él, como para tantos otros, se había acabado el toreo. Ya solo de vez en cuando iba a alguna novillada de pueblo. Y entonces le acompañábamos nosotros... Por los señores de Vias, de acaudalada familia de Puerto Rico, decía *La Nación* del 8 de mayo de 1928, y para su hijo don Manuel, culto abogado, ha sido pedida la mano de la encantadora señorita María del Carmen Torres Menéndez, hermana del que fue teniente del Tercio D. Manuel, primer oficial de la Legión que encontró gloriosamente su muerte en África...

Espera. ¿Acaudalada? Sabía que vivíais bien, pero ¿tanto como para que lo dijera un periódico? ¿Y lo de Puerto Rico? ¿Cómo lo sabían? Pues sí, responde Mari Carmen. Ya ves. Acaudalada. Lo otro no sé. ¿Y tú, Manolo? Ni idea... Entonces, al grano... La boda se celebró ese mes de julio. En la capilla que en la calle de Claudio Coello poseía el Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús. Y la noticia volvió a darla *La Nación*. Un diario que vuestro padre no querría que entrara en su casa... No. Papi entonces, si no recuerdo mal, debía de leer *El Imparcial*... Manuel Vias Torrijos, nuestro padre, nació en Cuba el año que se perdió Cuba. Dos meses antes de que se firmara el Tratado de París. Y, como muchos sucesores de terratenientes en las Antillas, como su padre, Juan Francisco Vias Ochoteco, y como su hermano mayor, José, el tío Pepe, estudió Leyes en la Universidad Central de Madrid, aunque no llegó a ejercer la carrera nunca. Se ocupaba de administrar los bienes de la familia, que entonces aún tenía propiedades en Puerto Rico.

También los hermanos del abuelo Juan Francisco estudiaron en Madrid. Manuel, el mayor, fue nombrado juez en Cuba. Ultraconservador, dicen que se dedicó a perseguir a los masones. Murió en La Habana, tras perder a su único hijo. Julio, el benjamín, estudió Medicina. Como quería su madre, Isidora... María del Carmen, una mujer de provocativa belleza a sus treinta y seis años, con la melena de un rubio cobrizo que le caía en suaves ondas sobre los hombros y los ojos verde atigrado, caminaba por el campo como una equilibrista, procurando que el polvo y las ramas secas no deslustraran sus

sandalias de luto. Las moscas zumbaban a su alrededor, reverberando negruras, pero ella sonreía feliz, porque le encantaba pasear. Y más hacerlo en compañía de su marido y de sus retoños. Viendo a sus hijos le cantaba el corazón. Los tres varones, con sus bucles oscuros, que les llegaban hasta el hombro, enseguida se quedaron atrás. El mayor, con la piel atezada y unos ojos negros que chispeaban como lamparillas, se llamaba como el padre.

Manuel. Tenía diez años. El siguiente, Juan José, nueve. Casi de la misma estatura, no era tan oscuro de piel, cabello ni ojos, que tiraban a ámbar. El más pequeño, José Antonio, de siete, con la melena zaína y lustrosa, había heredado los enormes ojos verdes de la madre, que en él eran aún más límpidos, casi transparentes. El mayor lo tocaba todo. El mediano lo olisqueaba. Y el benjamín lo chupaba. Todo. Aunque en ocasiones se intercambiaban los papeles. Y entonces todos lo hacían todo. O al menos lo que le correspondía a otro. Con sus grandes ojos azules y sus racimos de bucles rubios, Mari Carmen, que ya había cumplido los once, era una criatura preciosa, como salida de una plantación de azúcar, algodón o tabaco en Alabama, Louisiana o Mississippi, pero no empalagosa y cursi, como una Shirley Temple cualquiera, sino bonita de verdad. Iba de la mano del padre y daba pequeños brincos. María del Carmen los miró de reojo. Hacía tiempo que le preocupaba la escualidez creciente de su marido. Cada día parecía más alto.

¿Cuánto queda?, preguntó la niña. Pero, Mari Carmen, protestó don Manuel. ¿Apenas hemos salido y ya preguntas cuánto falta? Acababan de dejar atrás el pueblo y, sobre él, el monte de Cabeza Reina, ¿y su hija ya empezaba a dar puntapiés en el suelo cubierto de pinochas? Hace calor, volvió a quejarse la chiquilla. Iremos casi todo el tiempo entre pinos, explicó él. Y tenemos agua, añadió, mostrándole el cesto que llevaba al hombro, con un termo de aluminio en su interior rodeado de manzanas que su mujer había cogido para la excursión. ¿Solo eso?, berreó Mari Carmen. Tenía razón. Olía a incendio. A resina ardiendo. Venga, chicos, se impacientó la madre, que vio que los niños se dedicaban a perseguir lagartijas. Que os va a dar el tétanos... ¿Y por qué no habían cogido el Studebaker, si tanta prisa tenía su padre por llegar a la plaza? Sí, ¿por qué? ¿Por qué no iban en aquel automóvil fabuloso que sus padres habían comprado en Lisboa poco después de que regresaran a Europa, al terminar la guerra? Pero obedecieron.

Nuestro padre gozaba de una gran autoridad, no porque fuera despótico, sino, todo lo contrario, porque su carácter y su educación le impedían emplear el modo imperativo. Jamás ejerció el poder que le confería su condición de

jefe de la casa de forma tiránica. Ni con nosotros ni con nuestra madre, siete años más joven y sin la formación universitaria que él había tenido la suerte de recibir. Sabía escuchar, poseía la paciencia y la cultura necesarias para explicar la razón de casi cualquier fenómeno, nunca levantó la voz y menos aún se le ocurrió ponernos la mano encima... ¿Y aquel día por qué no fuisteis en el Studebaker? A la plaza de toros de El Espinar, como a las romerías o a las fiestas de por allí, en cualquier otro pueblo de las inmediaciones, se iba siempre a pie. Era una costumbre de quienes veraneábamos en San Rafael. Y el arcángel, patrono de los caminantes. Vamos, exclamó nuestro padre. Y volvió a sacar su reloj del bolsillo. Un reloj de oro que relumbró por el aire, lanzando destellos hasta las cumbres de alrededor.

Sin tapa, tenía una esfera de porcelana blanca y las iniciales M V grabadas en el reverso. Otra esfera minúscula, en el interior de la más grande, marcaba los segundos. Y las agujas, finísimas, cuando les daba la luz, se veían azules. De un azul de coleóptero. Cobalto... Venga, insistió don Manuel. Que no llegamos. Y hoy torea Marcial Lalanda, un famoso matador de Madrid, seguidor de Joselito El Gallo. Buen torero, aunque luchó con los falangistas... ¿Con los falangistas?, aulló Mari Carmen. ¿Como el primo José Juan? Al primo, que tenía ya veinte años, aclara ahora Manolo, el mayor de los hijos varones, nuestro padre no le dejaba entrar en casa, porque además de reaccionario, sospechaba que era un matón que iba a las obras a pegar tiros para azuzar a los obreros... Sí, me respondió papi aquel día, continúa Mari Carmen. En nuestra guerra incivil, que diría Unamuno. Han transcurrido ya dos años desde el final y aún fusilan a hombres y mujeres por todo el país. Y en Europa el panorama... Manolo, murmuró nuestra madre.

Como queriendo decir, sin decir nada, que no dijera nada más. En Suances, donde solíamos veranear durante el mes de agosto, nuestro padre se iba todos los días hasta el faro, aunque diluviara y el agua del mar azotara el malecón, para escuchar los partes que daban la BBC y Radio París, algo francamente peligroso en un país asfixiado por la censura y la represión. Quería que sus hijos supiéramos. No ocultarnos nada. Y que tuviéramos nuestra propia opinión... No menos de doce miembros de su familia, prosiguió don Manuel, a pesar de la reconvención de su mujer, fueron asesinados por los izquierdistas. Los republicanos, algunos republicanos, además, mataban a los toros en los cortijos a punta de trabuco... Él mismo lo era. Republicano. Pero uno convencido de que un hombre tiene que aprender a contenerse. Y respetar a los demás. Cuanto más supiéramos sus hijos,

mejor. Y nosotros le escuchábamos sin perder una sola de sus palabras. Hay que buscar siempre la verdad, aconsejaba. Porque la verdad no es monolítica.

Se parece a un caleidoscopio. Debemos girar el tubo. Una y otra vez. Y observar con atención. Las escenas que se forman en el interior al moverse los cristales. Dispuestos a reconocer nuestros errores. Y también los de los nuestros... A Mari Carmen, cuando en una ocasión paseaba en bicicleta por el paseo de la Castellana, entonces avenida del Generalísimo, la había abordado uno de aquellos facciosos. Niña, ¿por qué llevas ese banderín?, la interpeló. Y señaló el distintivo con las tres franjas de azul turquí entre dos blancas, el triángulo rojo y la estrella de cinco puntas que la de los tirabuzones rubios lucía en su vehículo de dos ruedas. Aquella bandera que don Manuel llevaba también en el Studebaker. En esmalte sobre latón, remachada en la carrocería. El agitador ostentaba en el pecho el yugo y las flechas bordados en hilo del color de la sangre y la revolución socialista. Porque soy cubana, contestó ella. Como mi padre... Tienes que poner el emblema de Falange, ordenó él. Apreté el pedal y me alejé de allí a toda prisa.

¡Arderás en el infierno!, oí que me gritaba... A nuestro padre en casa le hacían la ensaladilla rusa con los colores de la bandera de la Segunda República, recubriéndola con una tira de pimiento rojo, otra de yema de huevo duro y una tercera de remolacha... El que lo recuerda es Manolo. Y si de pronto llegaba alguien la teníamos que esconder y aquel día había que esperar hasta la noche para tomarla. La exhibición de la tricolor se castigaba con la cárcel. Entendíamos más de lo que hubiera querido nuestra madre. Tienen que saber de dónde vienen los puños y hasta los tiros, alegaba nuestro padre... Con pasos silenciosos y su andar precavido, don Manuel soltó la mano de su hija y, desabrochándose la americana, se la cruzó, apretándola contra su cuerpo. Después se acercó hasta donde estaba su mujer y la rodeó bailando. Voy a los toros, cantaba. Porque esta tarde, Marcial torea... Y cogió a María del Carmen con una mano. Y el otro brazo se lo puso en la espalda para dar con ella unos pasos al ritmo de aquel popular pasodoble.

Hacía dos años que el régimen franquista, a raíz de una trifulca que en una ocasión estalló entre los seguidores de Lalande y los de Domingo Ortega, había prohibido que se tocara cualquier marcha en los cosos taurinos. Prohibir, prohibir y nada más que prohibir, solía dolerse nuestro padre. Cuando de lo que se trata es de ayudar. De hacer la vida más llevadera. Que ya de por sí parece una penosa carrera de obstáculos... Y volvió a canturrear. Unos pasitos para delante. Otros pasitos para atrás... Nosotros le mirábamos con la boca abierta. Marcial, eres el más grande, tarareaba él y, tras haber

soltado a nuestra madre, volvió a avanzar por la cañada... Mari Carmen echó a correr y otra vez atrapó su mano fuerte. Él buscó algo con los ojos. Algún ventisquero o un arroyo con cuya vista aliviar la sed de su familia. Pero no vio más que el Preventorio antituberculoso. Para niños sin recursos. Con sus terrazas para tomar el sol y el aire, que en ese momento estarían llenas de tristes figuras que pasaban horas y horas tiradas en tumbonas.

En invierno, bajo las mantas. Se volvió a mirar a los suyos, dispuesto a recordarles el destino de aquellos con menos suerte, pero al advertir a su mujer, hermosa y sonriente, enmudeció. Contaba que una vez que, siendo novios, había ido con ella a los toros, se despistó unos segundos y cuando se volvió a mirarla cinco hombres altísimos mariposeaban a su alrededor cámara en ristre, dispuestos a inmortalizarla... No solo la muerte de su ídolo le había enfriado el fervor por la tauromaquia. También los tumultos que se formaban en cualquier lugar público al que se le ocurría acudir con su mujer. En El Espinar no habrá extranjeros, debió de concluir con alivio aquella tarde. Aunque bien sabía él que también en los pueblos los había capaces de actuar de un modo muy silvestre. Cada verano se celebraba allí un amistoso partido de fútbol. Los chicos de San Rafael contra los de El Espinar. En un campo a mitad de camino entre las dos poblaciones. Abelitas contra cainitas, decía él, haciéndose eco de otras palabras de Unamuno.

Releía con frecuencia sus obras encuadernadas en piel. Entre los crujidos del papel biblia. Las novelas, no, solía decir. Que son muy flojas... Y aquel partido terminaba casi siempre a pedradas. Unos hacían piña en un lado y los otros en el contrario. Al final los de San Rafael, entre los que no había más que veraneantes, hijos de políticos, aristócratas, médicos, arquitectos, abogados, empresarios o militares, salían de allí corriendo. Claro que en Madrid a mami no se le ocurrió mejor idea que ir a la plaza con un traje rojo del que colgaban largos picos de un tejido muy ligero, semitransparente, que había confeccionado ella misma. Era tan habilidosa con las agujas, los ovillos y las tijeras. Y con aquella figura llamaba aún más la atención gracias a la ropa que se ponía, que la resaltaba, en lugar de ocultarla... El atuendo de hoy es muy insinuante, masculló don Manuel aquel día de paseo entre los pinos. Pero al fin y al cabo es de luto y no una de esas indumentarias del demonio que aprovecha para ponerse en cuanto hace buen tiempo.

De todas formas, ¿a quién se le ocurre ir a los toros con una sirena? Y una vez más la miró con atención. A menudo la observaba así. Como se estudia un fenómeno de la naturaleza. Un rayo. El viento. O la lluvia. Era extraña. Muy extraña. Mostraba una singular pericia con los pájaros, que entraban y

salían por los balcones de la casa y se bañaban y bebían en los lavabos. O en las copas de agua. Y hasta en las de vino. Una vez, mientras almorzaban con unos amigos en el piso de Hermanos Bécquer, un médico comunista, al que le gustaba ir allí porque podía despotricar a gusto contra el régimen, y su mujer, el gorrión domesticado de María del Carmen, tras picotear el líquido de oro que habían servido en cada copa, se había contoneado por la mesa dando tumbos entre los platos y las risas de los comensales. Era extraña. Muy extraña. En el mar cogía peces como si fueran espigas, aunque después, sonriendo, los soltaba. Siendo casi una niña había conseguido amaestrar a un saltamontes, que la acompañaba a todas partes.

Lo alimentaba con lechuga y minúsculos trozos de hortalizas. Una sirena con un ortóptero en el dedo índice. A él al verla, caminando con sus tacones, se le encendían los ojos. Era extraña. Sí. Muy extraña. Una domadora, que exhibía la misma destreza con las plantas. Y con los niños. No solo con los suyos. Andaba siempre por el piso con una brocha, pintándolo todo de blanco. Las paredes. Los muebles. Buscando la luz. Como quien sale de las profundidades del océano. A tomar el sol. La piel de su cuerpo estaba siempre tan bronceada que la de las plantas de sus pies y la de las palmas de sus manos parecía de nácar. Era una mujer ultravioleta. Una mujer infrarroja. Se está mejor en el mar, protestó Mari Carmen. Te olvidas del tedio que te produce allí tener que quedarte en casa los días en los que llueve a cántaros o el viento sopla con furia, replicó nuestra madre con su típico modo de hablar despacioso y un poco redicho. Siempre andaba escogiendo con mucho cuidado cada una de las palabras que se proponía decir.

Para eludir los sonidos que le costaba pronunciar por culpa del famoso trastorno que sufría en la lengua... Que son muchos... Un momento, ¿muchos qué? ¿Sonidos? No. Los días en los que llovía a cántaros... ¡Qué lío! ¿Quién habla aquí? Ya no lo sé ni yo... Ella, claro. Nuestra madre... Sí. Su madre tenía razón. En el norte cuántas veces se quedaban encerrados en casa a causa de los temporales. Yo me eché a reír al pensar en el comisario Castillo, observa Mari Carmen. Un gordinflón que paseaba playa arriba y playa abajo por la Concha para supervisar la decencia en el atuendo de los bañistas. ¡Faldita!, gritaba. Y a mis amigas y a mí nos daba un golpecito con la porra en los muslos si nos veía tumbadas con lo que él consideraba una cantidad desmesurada de piel al aire y a la vista. ¡Faldita! Menos mal que se anunciaba con aquellas voces... Una cuerda en mitad de la arena, señala Manolo, separaba a los hombres de las mujeres. La playa estaba casi entera vacía y todo el mundo arracimado junto a la maroma, charlando y riendo...

Soltándose de la mano de su padre, Mari Carmen decidió unirse al torbellino de sus hermanos. Un gorrioncito contento y feliz, empezó a cantar. Y echó a correr detrás de los tres varones. Entre los maizales comía maíz... Divisaron la fuente de Peña Morena y el primogénito se lanzó al galope para llegar el primero y darle un manotazo al caño. Toco la fuente y vuelvo, gritó. Como si se tratara de una fórmula mágica con la que estar ya de vuelta. Toco la fuente y vuelvo, repitió su hermana tras él. Los más pequeños también volaron hasta allí para atizarle cada uno de ellos una buena palmada al surtidor. Y para decir también ellos aquellas palabras. Juan José, antes de beber, lo olfateó. Toco la fuente y... Toño no solo bebió, sino que, riendo, incluso pasó la lengua por el canalón. Varias veces, sin dejar de reír a carcajadas, con toda la boca, feliz por matar la sed con el agua fresca y fogosa que bajaba de las montañas. El padre aprovechó para rellenar el termo. Bebieron todos para calmar la garganta. No solo directamente de la fuente. Del chorro.

Unos del recipiente de aluminio. Otros del vaso que la madre había metido en el cesto y que se fueron pasando. Solo don Manuel no usó ni el vaso ni la botella. Él alivió la sed en el manantial. Pero sí. Bebimos todos. Tanto en el camino de ida como en el de vuelta, un poco más arduo, porque, aunque estuvimos sentados durante el espectáculo, si bien al sol, desde El Espinar hacia San Rafael tuvimos que bajar una cuesta para después subir una pendiente que al ir había sido ladera abajo. Y por el camino fuimos recreando algunos de los pormenores más sobresalientes de la corrida. Marcial Lalanda sería el astro anunciado de la faena, pero quedó oscurecido por nuestra madre, en quien se clavaron todas las miradas, rodeada por lo que los otros asistentes sin duda creyeron que eran sus cuatro hijas. Una rubia y tres morenas con largos tirabuzones. Y en aquel modelo de luto, que provocó incontables silbidos y algún aplauso que otro. Las copas de los árboles, fuera, estaban cubiertas de manchas oscuras que piaban sin cesar.

Niños y no tan niños que habían trepado hasta allí para ver la fiesta sin pagar entrada y que, con el guirigay que armaban, parecían bandadas de estorninos y gorriones. Las moscas, impertinentes, cosquilleando piernas, cuellos y brazos, cuando no hormigueaban en la sangre del animal, no dejaron de incordiar, mientras nuestra madre nos arreglaba los bucles para no seguir el curso del encierro. Ni la suerte de banderillas ni la de picar o la de matar. Este será abogado, fantasearía, metiendo el dedo en los rizos de alguno. El que lo manosea todo. Otro, médico. El que todo lo husmea. Y otro, arquitecto. El que lo cata y lo chupetea todo... Cuando llegó la hora de comerse las

manzanas, don Manuel, sin atender a la lidia, había observado al detalle, y por su expresión parecía tener visiones, cómo su mujer limpiaba la fruta, frotándola despacio contra la falda, que, con aquellos restregones, se le subía, con lo que mostraba cada vez más centímetros de la piel de sus muslos, turgente y tostada por el aire soleado y picante.

Cómo hundía los dientes en la pulpa. Cuánta pasión y promesa en cada gesto, decía cuando la veía absorta en alguna actividad. ¿A qué sabe?, preguntó aquel día. A cielo, contestó ella, cerrando los ojos. Papi se quedó pálido. Y cuando ella le ofreció una manzana, la rechazó. Ya no soporto los toros, confesó al salir. Me hacen pensar en la guerra... Ella, cogiéndole una mano, le estampó un beso. Ahora su mujer volvía a moverse por la vaguada como una funambulista por la cuerda floja. Despacio y con mucho garbo. Y él al verla sonrió con amargura. Era celoso, muy celoso, cada día más, aunque le seguía enterneciendo contemplar aquella belleza natural realzada por tan formidable coquetería. Una coquetería que se ponía en marcha en cuanto se despertaba. Y que no flaqueaba jamás. María del Carmen no conocía la fatiga. Con alzas, con zuecos, con alborgas, con sus chinelas de tacón fino y ribete de plumón, como una actriz de Hollywood, y hasta descalza podía caminar durante horas, sin cambiar el paso ni descansar.

Tan solo de vez en cuando necesitaba sentarse unos segundos y enseguida echaba otra vez a andar. De su pequeño bolso, una limosnera que había tejido ella misma en negro adornándola con pasamanería del mismo color, sacó un espejo con marco de concha y plata. Y una barra, rosa salmón o coral, con la que se repasó los labios. Aún hacía mucho calor y resultaba agradable imaginar que el sol acabaría por desaparecer tras las montañas. Los funambulistas caminan sobre el vacío y la muerte, dijo entonces nuestro padre. La primera frase extraña que soltó aquel día de julio de 1941. Quizá la leyó en un libro. En un libro de algún autor francés. Desde Puerto Rico, poco después de que acabara la guerra, entramos en Europa por el suroeste de Francia. Su deseo era quedarse allí. En Biarritz. En San Juan de Luz. O más arriba. En Burdeos. Pero comenzaron los apagones y las alarmas. Acababa de estallar otro conflicto en el corazón del continente. Y tuvimos que marcharnos de allí. Abandonar su sueño. La ilusión de toda una vida.

Que nosotros, sus hijos, estudiáramos en la tierra de Diderot. De Montaigne... ¿Y por qué no os fuisteis a los Estados Unidos? Es lo que hubiera querido él, aclara Manolo. Largarse lo más lejos posible... Pero mami, añade su hermana, quería reunirse con sus padres y con sus hermanos, a los que no veía desde que nos fuimos a San Juan, al poco de comenzar los

bombardeos. Y, además, en Madrid teníamos casa. Así que nos vinimos a España, donde imperaba aquel régimen que él tanto aborrecía, hasta el punto de ponerle enfermo... Los niños debíamos empezar el curso, vuelve a intervenir Manolo. Y por lo menos a nosotros, los tres varones, nos metieron en el Liceo Francés. La historia se repetía. Porque a sus padres, los padres de nuestro padre, Juan Francisco Vías Ochoteco y Amalia Torrijos Lacruz, les había pasado lo mismo. En 1911 se vinieron de Puerto Rico a la Península para que los dos hijos varones, José y Manuel, nuestro padre, estudiaran en Madrid para ingresar más tarde en la Universidad de Lovaina.

En la Facultad de Derecho. Pero pocos años después estalló la Primera Guerra Mundial y tuvieron que quedarse en España... Otro sueño roto. Otra ilusión perdida. Y tantos. Tantísimos muertos. Nuestra vida pende de un hilo tan frágil como el de la tela de una araña, murmuró de pronto nuestro padre. Otra frase que nos chocó, porque no solía ser tan pesimista o lo disimulaba por respeto a los demás. Pero no dijimos nada. Él miró hacia arriba, como quien está acostumbrado a acechar el peligro. Y después también a un lado y a otro. Por el este se aproximaban unas enormes nubes oscuras y de vez en cuando llegaba una brisa húmeda... Un gorrioncito contento y feliz, canturreaba Mari Carmen, sin parar de dar brincos. Entre los maizales comía maíz. Cuando de improviso su papá se presentó. Vuela, vuela, vuela, que hay por ahí un cazador... Una culebra cruzó entonces el sendero y nuestra madre lanzó un grito. ¡Una serpiente! Y, dando también ella brincos sobre sus tacones, señaló el enorme reptil de color gris y grandes ojos.

El ofidio, deslizándose con rapidez, se paró junto a nosotros, levantó la cabeza y, mostrando su vientre amarillento, siseó como una cobra... ¡Una serpiente!, volvió a chillar mami... Es una cobra del Guadarrama, aclaró nuestro padre. Es muy violenta y a veces muerde, pero, tranquilos, no supone ninguna amenaza para los humanos, porque tiene los colmillos muy atrás. No os mováis y se irá... Así lo hicimos. En efecto, la sierpe se alejó al cabo de un par de minutos. Y nosotros reanudamos la marcha... Andaban ya cerca de San Rafael cuando un viento raro les movió la ropa y a los niños los tirabuzones. Va a llover, dijo María del Carmen, mientras se miraba de reojo en su espejo para retocarse el peinado, al parecer, feliz de que se cumplieran sus pronósticos. Fue decir esas palabras y caer unas gotas. Una nube renegrida empezó a descargar goterones sobre sus cabezas, con lo que tuvieron que echar a correr y, abandonando el sendero por el que venían, trepar ladera arriba para refugiarse bajo las copas de un cogollo de pinos.

El padre se quitó la chaqueta y se la colocó a su mujer sobre los hombros, aunque ella enseguida la colgó en uno de los salientes de la corteza del árbol al que se habían arrimado. Para ponerla a cubierto y tener algo de abrigo cuando escampara. Olía a tierra mojada, a ramas y troncos que dejaban de arder y casi parecía que sonrieran con aquel refresco que caía de las alturas. Y allí esperamos, cuando, entre risas, nos dimos cuenta de que a mami el vestido se le desteñía. Ríos de agua negra le corrían por las piernas y se le colaban en el interior de las sandalias, entrando y saliendo por entre las tiras de cuero, mientras el traje perdía el luto. Hasta que se quedó a rayas. Blancas y negras. Aquel vestido de duelo tan elegante y sensual parecía de pronto la piel de una cebra sucia. La lluvia arreció aún más y los niños no podíamos parar de reír, sintiendo correr el agua pescuezo abajo. Poco después se detuvo. De golpe, como empezó. Reanudamos la marcha y papi insistió para que mamaíta se pusiera otra vez la americana sobre los hombros...

Entre las ramas de los árboles brillaban las telas de araña como si estuvieran hechas con hilos de plata. Los rizos de los tres varones se habían echado a perder. Desde el cabeza de fila al cola de fila en cada hilera, comentó don Manuel divertido y feliz. Ya no se ven ligeros y volantes, marcando el paso en fila india, disciplinados como reclutas, sino que parecen churros... Con los bucles chorreando, también Mari Carmen bromeó: ¡Cristo ha resucitado! Y, señalando a los tres más pequeños que avanzaban como crucificados con largas melenas húmedas, añadió: Y por partida triple... El ateísmo en la familia se transmitía como la tisis. O el tifus. Tan solo el padre mantenía el porte y la dignidad, a pesar de ir en camisa y con el pantalón calado. Pero empezó a toser. Y la madre vio que tiritaba, así que se quitó la chaqueta y, acercándose a él, se la devolvió, colocándosela sobre los hombros. Dios mío, murmuró. Recordaba siempre a su abuela Joaquina, rezando un día sí y otro también en la iglesia de Nuestra Señora del Socorro en Ferrol.

Acompañada por sus tres hijos, rezaba y rezaba para que el Cristo de los Navegantes obrara el milagro de hacer regresar a su marido. Juan Menéndez se había marchado a América en un buque de carga y nunca más se volvió a saber de él. Dios mío, repitió María del Carmen en voz baja. Si le pasa algo me quedo sola con las cuatro criaturas... Solo su hija la oyó. Ya no tenía a su padre, Rogelio, para ayudarla, pensaría. Y el otro abuelo, Juan Francisco, el padre de su marido, también había muerto. Cinco años atrás. Meses antes de que estallara la guerra. Otro hombre justo y recto que se ha ido demasiado pronto, solía decir. Aunque había cumplido ya los setenta y cinco, pero se le

echa tanto de menos... De joven, recordó, tuvo carruaje de luto y butaca en el Real. Y en la Escuela Preparatoria para ingresar en la Academia de Artillería, en Segovia, se hicieron famosas las calaveradas en las que tomó parte con otros cadetes, como la de vestir al san Sebastián en el Acueducto o a un ángel en la catedral, arriesgando alguno el pellejo.

En la Universidad, participó en las revueltas, sangrientamente reprimidas, de la Santa Isabel, aclamando a Castelar y exigiendo la libertad de cátedra. Se casó pronto y se dedicó a su carrera. Juez y registrador de la propiedad en Caguas, Santa María del Puerto del Príncipe y Humacao, fue uno de los líderes del Partido Republicano y cofundador del Unión de Puerto Rico, además de colaborador de Rosendo Matienzo Cintrón, dirigente político puertorriqueño, que se rodeó de un puñado de hombres que querían contribuir a crear un país mejor, en el que las personas pudieran compartir en armonía una vida de paz y justicia... María del Carmen miró a sus hijos. Si se quedaba viuda, no tendrían de un modelo masculino. Al que no lo mata un falangista o un incendiario, decía, se lo lleva una enfermedad... Incendiario, sí, porque la palabra revolucionario no estaba entre las que utilizaba mami, que siempre andaba buscando sinónimos. Los hombres buenos, decía también, desaparecen mientras los pistoleros se instalan en el poder.

Y entre tanto nosotras, las mujeres, a luchar solas... Aunque la familia de nuestro padre tenía dinero. Podría salir adelante un tiempo. Pero al final se presentarían las dificultades. Fumas mucho, Manolo, aventuró aquel día. Y tienes los bronquios muy delicados... Era cierto. Fumaba incluso en la cama, donde solía leer un buen rato antes de apagar la luz. Las sábanas y las fundas de almohada estaban llenas de pequeñas bocas de labios ennegrecidos. Quemaduras por despiste. Lo miró otra vez. No se había casado con él por amor. Como no lo había hecho ninguna de las mujeres que conocía. Contraer matrimonio enamoradas. Eso era algo de las novelas de los alemanes. De las películas norteamericanas. Y unas y otras acababan mal. Pero había aprendido a quererle. Con él, se sentía segura. Y le gustaba mirarle. Con aquellos ojos negros e inteligentes. Y aquella nuez de Adán que ella acechaba sin saber por qué, pues, a pesar de su afición por el aderezo y el atavío, era consciente de que no estaba hecha para el fuego amoroso.

Su pasión eran los niños. Las flores. Los pájaros. La ropa bonita... De pronto, sus cuatro hijos nos pusimos otra vez a gritar y a reír, señalando el vestido de duelo, que no solo perdió el color, sino que empezó a encoger. Y con nuestras carcajadas y voces la sacamos de su ensoñación. ¡Faldita!, prorrumpió Mari Carmen, remedando al comisario Castillo con una rama que

cogió del suelo. ¡Faldita! Y propinó a nuestra madre un par de suaves golpes en los muslos... A papi, que se veía cada vez más pálido, un sudor frío le debió de recorrer la frente, porque se secó con la manga. Entonces se oyeron pasos. Vuela, vuela, vuela, cantaba de nuevo yo, que siempre andaba canturreando, como mami. Que hay por ahí un cazador. Juntos muy deprisa se echaron a volar y tras una nube se fueron a ocultar... Don Manuel oteó el entorno. Una silueta oscura avanzaba entre los pinos. Un poco más abajo de donde estaban ellos. Un hombre. Con su montura. ¿Un cazador? ¿Un guardia civil? Deteniéndose, papi nos indicó que paráramos y no hiciéramos ruido.

Y como no avistó ningún refugio, se colocó delante de mami para taparla, porque el vestido se veía cada vez más corto. Hacía poco, al volver de Puerto Rico, tuvimos que pasar unos días en Nueva York a la espera del barco que nos traería a Europa y una mañana nos llevaron a Coney Island. Papi debió de acordarse en aquel momento. Lo sé por un comentario que hizo. Y porque también yo recordé aquel episodio. Aún lo veo en mi cabeza. Tal y como ocurrió. Después de montar en unos caballos mecánicos que corrían a galope tendido por unos rieles, fuimos a parar a un enorme escenario, en cuya entrada, en el pavimento, unos tubos despedían chorros de aire, levantando las faldas a las señoras. Mami se agarró el vestido a toda velocidad, pegándolo a sus piernas. ¿Te acuerdas, Manolo? Sí. Ahora que lo dices... Cuando de pronto un sujeto, embutido en un disfraz de payaso, de un manotazo se lo soltó... Señora pelofino, se oyó en aquel momento que cantaba en el monte el de la montura, que se encontraba cada vez más cerca.

Mari Carmen tiene ya noventa años, pero cuando habla con Manolo, el único hermano que le queda, aún se refiere a sus padres de esa forma. Papi y mami... Si compra leña, se oía, cómpremela usted a mí, que la traigo buena... Pero el señor Vias debía de seguir con la mente en el parque de Steeplechase, donde el histrión y un enano, que ejecutaba volatines asido a la pasarela del escenario, se encargaban de propinar descargas eléctricas con una porra a los acompañantes masculinos que protestaran por aquel número. Entonces, perdiendo su proverbial carácter de caballero, papi se lio a mamporros con el bufón, mientras mami intentaba separarlos y el pigmeo chillaba, dando saltos a su alrededor. En el camino de vuelta a San Rafael, en cambio, con el desconocido aproximándose y la falda de su mujer cada vez más corta, se quedó paralizado. Señora pelofino, tarareó también mami. Algo que hacía a menudo. Bajo la ducha. Cosiendo. Regando las plantas. Si compra leña... Y se asomó para ver al hombre que se acercaba.

Es como estar siempre a las puertas del infierno, se lamentó don Manuel, y, agachándose, empezó a tirar del vestido de su mujer para darlo de sí. Y cuando crezca la niña, más sustos. El que va a necesitar una porra eléctrica soy yo... La voz del desconocido se oía cada vez más fuerte. De pronto, después de tanto tirar, la tela se rompió, la falda quedó aún más corta y el señor Vias con un jirón a rayas en la mano. El del vozarrón se encontraba ya a nuestra altura. Interrumpiendo su tonadilla, alzó la boina. Papi miró en derredor, cogió una rama, se quitó la chaqueta y, colgándola del palo, la colocó delante de mami... Una improvisada muleta con la que cubrirla de cintura para abajo, concreta Manolo. Un gabarrero, dictaminó nuestro padre, viendo cómo se alejaba el del rocín. Gente de paz. Que saluda y sigue su camino, sin mirar... Pues este ha mirado, replicó el hijo mayor, que, como don Manuel, no le había quitado el ojo de encima desde que apareciera. ¡Y cómo! El padre sacó un pañuelo de uno de los bolsillos de su pantalón.

Y con él, mojado, intentó secarse la frente, el cuello, el cogote. Mari Carmen gritó entonces muy contenta que ya se divisaba el pueblo, pero don Manuel les comunicó una mala noticia. Tendrían que dar varias vueltas por los bosquecillos de los alrededores. Y esperar a que cayera la noche para adentrarse en la colonia sin que nadie los viera. No va a aparecer vuestra madre, explicó papi, de semejante guisa ante el vecindario. Esta noche les cortas los tirabuzones, anunció, buscando sin duda un modo de compensar el rodeo. ¿A todos?, protestó nuestra madre. Por lo menos, a los varones, respondió él. Los tres chicos dimos saltos de alegría, levantando los brazos y dando gritos. Ya nos los había cortado nuestra madre hacía unos años, al poco de llegar a Puerto Rico, porque allí un vecino norteamericano con el cabello rubio al uno nos tiraba piedras. Y nosotros queríamos jugar con él. Subir a su cabaña en un árbol, desde donde podíamos espiar a los niños negros y mulatos... Ya ves, apostilla Mari Carmen. Aquellos tres morenazos...

Pero en cuanto regresamos a España, prosigue Manolo, nuestra madre volvió a las andadas con aquella *toilette*, como le gustaba decir a ella. Los tirabuzones fueron nuestra corona de espinas. Nosotros, que no padecemos los rigores de una estricta educación religiosa, tuvimos que sufrir durante mucho tiempo las veleidades estéticas de nuestra madre, que también nos ponía una ropa muy extraña... Vamos hasta la ermita de la Virgen del Carmen, propuso entonces don Manuel. Es un camino poco transitado a estas horas... Y una vez más se quitó la americana y se la colocó a su mujer sobre los hombros, porque vio que caminaba encogida. ¡Eso!, exclamó el mayor. Vamos a la ermita a pedir perdón por haber enseñado los muslitos... Manuel, Manuel,

reconvino nuestra madre, mientras intentaba estirar un poco la falda. Y sin duda tuvo un presentimiento de que aquel pudiera ser un nombre maldito... Aunque, por suerte, decía, cuando nació «el niño», el primero de los varones, le puse todo un surtido de nombres...

Como una ristra de escapularios que consignó en su cuaderno, en el que registraba sus alumbramientos y los primeros pasos de cada una de sus criaturas: Manuel Vicente Antonio Rogelio Juan Ignacio Valentín. Casi se queda sin patronímicos de la familia con los que cristianar a los que pudieran llegar después... La ermita se encontraba en la pista que llevaba al Alto del León. Aquí, explicó el padre, en estas cumbres, se han librado hace muy poco encarnizadas luchas entre nacionales y republicanos. Aquí la sangre tiñó la nieve más de una vez... Allí, cuenta Manolo, en la ermita, era donde el tío Ignacio, hermano de su madre, daba misa cuando pasaba unos días con nosotros en San Rafael. Cómo maltrataba a las beatas, que le esperaban en corro e intentaban besarle la mano. Se las quitaba de encima, ahuyentándolas como si fueran moscas. Y durante el servicio divino no paraba de meterse con ellas, afeando su tendencia a apegarse a las ceremonias religiosas sin que las palabras de la Biblia hicieran mella en sus costumbres.

Con él, nuestro padre disfrutaba mucho, consumiendo cigarrillo tras cigarrillo, que ellos liaban con sus petacas llenas de picadura y sus librillos de papelines, hasta que la sotana del escolapio aparecía toda cubierta de ceniza. Se encerraban en el despacho de nuestro padre y allí hablaban durante horas y horas... ¿De qué? ¿Lo sabéis? No, responde Mari Carmen. No tengo ni la menor idea. La verdad es que el tío Ignacio a la hora de comer apenas decía palabra. Y eso que estaba hecho un fideo. O tal vez por eso. Tal vez por eso se concentraba en la comida. En aquellas viandas que no encontraba nunca en el refectorio. En aquella ensaladilla tricolor. Y en los alimentos que nuestros padres importaban de Cuba y de Puerto Rico a la cocina de Hermanos Bécquer... Entonces, ¿de qué hablaban cuando se reunían durante tanto tiempo en el despacho de vuestro padre? No estarían callados... ¿Que de qué hablaban?, tercia Manolo. ¡De qué iban a hablar! De política. Y de la necesidad de que todos los niños tuvieran derecho a la educación.

Los pobres y los marginados, gracias a ella, podrían dejar de serlo, pensaban los dos. También nuestro abuelo, Juan Francisco, luchó para que los puertorriqueños pudieran educar a sus hijos como mejor les placiera... ¿Entonces hablaban de eso? ¿De cuál era el mejor método para educar a los hijos? Eso es, recalca Manolo. El mejor método. La libertad. Nuestro padre no quiso que creyéramos entre los herederos de las familias adineradas de la

isla. Asistiendo a fiestas ñoñas de niños emperifollados hasta las orejas con filtiré, merengue y organdí, decía. O a los carnavales, concursos y coronaciones de reinas de belleza que se celebraban en el Escambrón Beach Club o en el Casino, donde no dejaban entrar a las personas de piel negra. Solo si se trataba de los miembros de la orquesta... ¿De verdad? Sí. Para amenizar actos de sociedad que quedaban perpetuados con pomposa cursilería en las revistas *Puerto Rico Ilustrado* y *Alma Latina*. O viendo las películas de esa albóndiga con rizos llamada Shirley Temple, renegaba.

Tengo que compensar todo ese amaneramiento, repetía y debió de decirse también aquella tarde de verano, mientras contemplaba cómo los ridículos muelles peludos que nuestra madre se empeñaba en hacernos se bamboleaban en torno a nuestras cabezas. Y después, con la tromba de agua, se nos quedaban pegados al cráneo, en el cogote. Y hasta en la espalda. Tengo que resarcirlos de toda esa afectación con conocimientos científicos y una buena formación humanística. Y con películas de Charlie Chaplin... Anduvimos un buen rato por los alrededores de la ermita, continúa Mari Carmen, sumido cada uno en sus pensamientos. Tenía razón papi. No había nadie por allí. Pero de pronto se escuchó una voz. Potente. ¡Otra canción! Entre los árboles... Y ella, con su magnífica memoria, recuerda cada uno de los versos. Casi parece que aún estuviera retozando por la montaña como cuando era niña durante aquella tarde de julio de hace tantísimos años. Mi novia con su vestido... Era la misma de antes. La voz del gabarrero.

Mi novia con su vestido, repitió el sujeto con aire de pasodoble. Va llamando la atención. Por su bello colorido. Porque está muy bien teñido... Y nuestro padre se llevó las manos al sombrero, recuerda Manolo. Porque llevaba sombrero. ¿No lo hemos dicho antes? Como la mayoría en aquella época. No solo los hombres. También las mujeres. Sobre todo, en ciertos ambientes... ¡Qué desvergüenza! Mi novia, dice... Los chicos se echaron a reír y María del Carmen miró a su marido asustada. El desconocido entre tanto reincidió, repitiendo la insolente frasecilla. Mi novia con su vestido. Causa siempre admiración... Y también él se echó a reír. Con fuerza. Es una carcajada trágica, comentó papi, que se quedó mirando en dirección al intérprete con la boca abierta. Melodramática. ¡Qué voz! De tenor. Ligera, pero potente. ¡Y qué gestos! *Il trovatore* mueve los brazos como si se encontrara en el escenario de la Scala de Milán... La siguiente estrofa se escuchó cada vez más lejos. Y cuando a mi lado pasa, se desgañitaba el cantante.

Mi novia dice muy seria: Para teñir en mi casa. Uso los tintes Iberia... ¡Qué osadía!, murmuró papi. Y nosotros, entusiasmados, como si estuviéramos asistiendo a un espectáculo, nos arrancamos a aplaudir. Para teñir en su casa, insistió el juglar. Usa los tintes Iberia... Solo entonces la silueta del hombre desapareció. Pero, papi, dijo el mayor de los hijos, viendo la cara de estupefacción de su padre. Si no es más que la canción de un anuncio. La has tenido que oír en la radio... Es verdad, reconoció él, con gesto de hacer memoria y de recordar de pronto la melodía. Aunque, francamente, confesó, prefiero a la cobra del Guadarrama que al trovador de las montañas siseando siempre detrás de nosotros... Entonces volvió a toser, comenta Manolo, y nuestra madre una vez más le echó la americana por encima de los hombros. Temblaba de los pies a la cabeza. Como si tuviera calentura. Con la chaqueta iban componiendo un baile de capote entre los dos. Ejecutando revoleras, medias verónicas, galleos, delantales y serpentinas...

Y a él aquella improvisada danza de la americana, precisa Mari Carmen, que iba de él a mami y de mami a él, de su cuerpo al de ella y del de ella al suyo, de los hombros tersos y redonditos de ella a los de él, anchos y cada día más huesudos, le hacía feliz, porque cuando su mujer se la encajaba, estirándose sobre sus sandalias de tacón, sonreía. De puntillas. Siempre de puntillas, musitó. Como los toreros y los banderilleros... María del Carmen le tocó entonces una mejilla y después la frente. Te arde la cara, Manolo, dijo preocupada. ¿Y si le da una pleuresía?, murmuró. Nosotros, estremecidos, recordamos las sanguijuelas que hacía poco le habían puesto a Mari Carmen. El frasco en el que, como si fueran mermelada, las traía el doctor Zabaleta. Aquel hombre diminuto, siempre con su maletín negro y su estetoscopio a cuestas. Y cómo antes de aplicarlas las cortaba por la mitad... No son más que los celos, resolvió mami, empeñada en descartar que se tratara de algo grave... Su marido hacía todo lo posible por dominarlos.

Pero parecía que le resultaba cada vez más difícil. Don Manuel le dirigió una mirada triste desde detrás de los cristales de sus gafas. Le costaba respirar. Y le dolía el pecho. Como si tuviera hielo en el corazón. O lo sintiera en llamas. También él hacía tiempo que estaba preocupado por su salud. Pero no quería alarmar a nadie. Me arde el corazón, confesó, sin embargo. Y nuestra madre le miró angustiada. No dejes nunca de lucir como las flores en primavera, añadió él. Parecía que estuviera cayendo en trance. Y sus palabras, tan poco acordes con su tendencia a sentir unos celos descomunales, sonaron como un testamento. ¿Deliraba? ¿El calor en la plaza de toros le había derretido los sesos? No. Razonaba perfectamente. Y lo hizo hasta el último

día. Si mi mujer es una funambulista, se puso a discurrir también en voz alta aquella tarde, yo soy un estilista. Un estilista habituado al vértigo y capaz de resistir la proximidad de cualquier abismo. ¿Salvo? Salvo el de los celos. Sí. No soporto la envidia, el odio, el resentimiento, ¿y tengo celos?

¿De qué sirven el juicio y la cultura si se deja uno arrastrar por una pasión tan fea? Hablaba solo. Los niños nos miramos otra vez. Entre asustados y divertidos. Nuestro padre no tenía edad para seguir enamorado como un adolescente, pero lo estaba. Y aunque hacía todo lo posible para reprimir aquellos arranques tan repelentes, no siempre lo conseguía. ¡Qué vergüenza!, exclamó. Como cuando siendo casi un niño descubrí que en la Hacienda Constanza la mano de obra había sido en parte de esclavos... ¿Qué dices? ¿De esclavos negros? Sí, reconoce Manolo. Eso parece. Aunque su padre, el padre de nuestro padre, no tuvo nada que ver. Solo sus abuelos, a los que nuestro padre no llegó a conocer, porque murieron antes de que él naciera. Él, Juan Vias Paloma, treinta y dos años antes. Ella, Isidora Ochoteco Monclova, solo dos. Pero la fuerte impresión perduraba. La imagen de los cuarteles para los trabajadores solteros en el latifundio. Los bohíos de paja y barro en los que se alojaban todos aquellos hombres y mujeres privados de libertad.

Hombres, mujeres y niños que no sabían leer ni escribir. Al fin, vacías, contaba que pensó cuando volvió por allí siendo adulto y vio las chozas. Gracias al pensamiento reformista. A las nuevas leyes. Como la de Vientres Libres, por la que los hijos de esclavas nacían libres, pero que no contentó a nadie. Ni a los esclavistas inflexibles ni a los partidarios de la abolición. Aunque sus padres en San Juan aún tenían criados negros y mulatos. Pero eso era diferente, quería creer. Algo que acabaría con el acceso universal a la educación... ¡Entonces es cierto lo que sospechaba! Voy descubriendo un mundo hecho pedazos. Fragmentos como los de las vidrieras de Hermanos Bécquer. Algunos diminutos. Como los cristales del azúcar... Sí. Tenían sirvientes negros. Que no sabían leer ni escribir, mientras ellos, los jefes, que así aparecían en el censo, lo hacían en inglés. Una mancha en el pasado de nuestra familia, dijo nuestro padre. Una mancha como la que deja la lejía en la ropa. Como las de los pulmones enfermos en una radiografía.

Solo que esta, la de nuestros ancestros, es oscura. Muy oscura... Muñequita linda, entona Mari Carmen desde el fondo de su memoria. De cabellos de oro, de dientes de perlas, labios de rubí... ¿Y eso? Es lo que le cantaba a mami la negra que en nuestra casa de San Juan se ocupaba de las tareas domésticas. Petronila. Arrodillada en el salón junto a la mecedora en la que se sentaba mami. Arrodillada, pero no como en la iglesia, sino como los

niños cuando juegan. En la casa de la calle Taft... No me habíais dicho nada. Solo hablabais del sapo concho y de la ranita coquí. Y de las cosas que comíais allí... Ha pasado tanto tiempo, se excusa Mari Carmen. De alguna forma tienen que ganarse el pan, razonaba nuestro padre, dice Manolo. No basta con darles la libertad. Hay que facilitarles empleo y, sobre todo, el acceso a la educación... Y no se equivocaba. Pero eso fue hace mucho tiempo, dijo mami aquel atardecer en la montaña, tratando de calmar su excitación, tan poco común en él. Está todo en los archivos, replicó nuestro padre.

Aunque muchos de los documentos que hay en ellos se los comen los lepismas, esos insectos que parecen pececillos de plata, porque tienen el cuerpo cubierto de diminutas escamas en tonos plateados. Se zampan los libros, las inscripciones de nacimiento, de bautismo, de matrimonio, de defunción y todos los papeles que encuentran a la temperatura y con el grado de humedad que les satisfacen. Rayan los nombres, las fechas, cada detalle registrado con escurpulosidad. Y no solo ellos. También otros parásitos, como los anóbidos, esos escarabajitos que abren boquetes en los legajos o esas polillas que excavan túneles en los expedientes y ponen allí sus huevos. O las cucarachas, que se comen las cubiertas de cuero y los adhesivos de origen animal o vegetal. Y las termitas. Por su culpa hay tantas cosas que nunca sabremos. También la calidad muy ácida de la tinta que a veces se emplea o la muy fina del papel hace que se transparente lo escrito en el reverso de las hojas, lo que entorpece enormemente la lectura...

Mami le miró fascinada. Con la boca abierta de admiración y respeto. Aquel era nuestro padre. Volvía a ser él. Instruido. Curioso. Ecuánime. Y aquella cuestión, como abogado, era sin duda una de sus especialidades. Pero no se trata de eso, continuó. Porque, aun en el caso de que todo esto no estuviera ya inventariado en los registros, aun en el caso de que los quemaran los revolucionarios, como ocurrió al día siguiente de estallar la guerra, cuando los cenetistas prendieron fuego a las Escuelas Pías de San Fernando en Lavapiés, con lo que, entre otros originales, desaparecieron los títulos de las acciones que mis padres tenían en Puerto Rico, de la Compañía Azucarera del Toa, aun así, sería lo mismo. Yo lo sé. Lo veo todos los días al salir de casa. Y al volver. En los vitrales de la escalera. En el sello del Estado de Puerto Rico que mi padre mandó poner allí. En cada planta. Entre piso y piso. Y eso me basta... Todos le mirábamos con la boca abierta. Levantaos, esclavos, exclamó entonces. Levantaos, porque tenéis patria...

¿Qué dices, papi?, preguntó el mayor, cada vez más inquieto frente a lo que parecían nuevos engendros del desvarío. Son las palabras, explicó don Manuel, que aún se pueden leer en el conjunto escultórico erigido en memoria de Emilio Castelar. En la glorieta que lleva su nombre, a pocos pasos de casa... Los árboles se pusieron a chascar. En el horizonte apareció una luna de color rojo. Ya se escuchaban las cigarras. Y el cielo no tardó en llenarse de estrellas. Entre los pinos se adivinaban las luces del pueblo, que parecía dormir agazapado en la penumbra. El derecho fundamental del hombre, continuó recitando nuestro padre, es la libertad... Como un sonámbulo. Los escalofríos que le recorrían el cuerpo eran cada vez más fuertes. Pensé que acabaría por sufrir convulsiones. ¿Y el de la mujer?, se preguntó. Miró a nuestra madre. Y nosotros a él. Expectantes, temiendo todos una nueva parrafada surrealista. Un discurso arrebatado, producto sin duda de la fiebre. Sí, murmuró, cabizbajo. El de la mujer también.

Libertad, Igualdad, Fraternidad, exclamó a continuación, al tiempo que alzaba los ojos. Son las palabras que el autoproclamado Generalísimo acaba de ordenar que supriman en el monumento a Castelar. Pero algún día volverán a colocarlas allí. Algún día podremos volver a decirlas en voz alta. No pierdo la esperanza. El problema es cuándo... Parecía haber perdido el sentido de la realidad. O que, al contrario, se le hubiera agudizado aún más. Le faltó levantar el puño. Al fin accedió a nuestro deseo de abandonar la ermita y regresar a casa. Y después de dar aún un par de vueltas más por los bosques, para asegurarnos de que no nos vería nadie, llegamos a San Rafael. A la oscurecida, como bandoleros. Con nuestro padre tiritando y dando diente con diente, aunque era nuestra madre la que iba medio desnuda. Nadie nos vio entrar en la colonia ni en casa, que aún conservaba el calor de las muchas horas de sol. Abrimos las ventanas y entró una brisa fresca... María del Carmen se fue a la cocina para calentar un poco de leche.

Y se la llevó a su marido, que ya se había quitado el sombrero y la ropa húmeda y se acostó, dejando su reloj sobre la superficie de mármol de la mesilla, junto al vaso vacío. No tenía ánimos ni para darle cuerda, como solía hacer cada noche al irse a dormir. Antes de leer un rato y de fumar el último cigarrillo del día, dos costumbres que esa noche tampoco fue capaz de poner en práctica. Se sentía sin fuerzas. Y cuando su mujer salió, se volvió para contemplar las paredes de aquella habitación en la que dormía con ella durante varias semanas cada verano. Desnudas. Como las de la enfermería en una plaza de toros. Como las que acogieron a Joselito El Gallo el día de su muerte. Extrañas. También la manta, las sábanas y la almohada sobre la que

descansaba su cabeza. Su americana colgaba de un gancho junto a la entrada. Parecía una muleta abandonada en los tablones de madera del coso. Llena de manchas. Oscuras. Como las del pasado. Se llamaba Bailador, debió de recordar. Y pesaba doscientos sesenta kilos.

Era negro mulato, algo bizco del ojo derecho. Burriciego. Corniverde, astifino. Estaba marcado en los cuartos traseros con el hierro en forma de O, inicial del apellido de la ganadería. Viuda de Ortega. Y de una cornada mató al rey de los toreros... Sintió un escalofrío, porque la fiebre debía de estar subiendo sin parar. Y otra vez la soledad de las tumbonas. En el Preventorio. La soledad de los demás. La soledad de la muerte. Pero se abrió la puerta y se escucharon voces alegres. Y risas. Sus hijos venían a darle las buenas noches. En tropel, ahuyentando a los fantasmas. Toño cogió el vaso y lo acarició, haciendo el papel del primogénito. El que lo tocaba todo. Juan José se lo quitó y lo olisqueó, metiendo la nariz todo lo que pudo. Y cuando el segundo de los varones lo dejó sobre la mesilla, el mayor se apoderó de él y, suplantando al benjamín, que le acababa de robar su papel, lengüeteó los restos de espuma que se escurrían despacio por las paredes de vidrio. Pompas diminutas y muy apretadas en las que refulgían los colores del arco iris.

¿Y si coge algo?, se dijo de pronto Mari Carmen, asustada. Manuel, Manuel, susurró, quitándole el vaso de las manos y dejándolo otra vez sobre la mesilla. A la cabecera de su padre. No vuelvas a hacer eso nunca. ¿Me oyes? Nunca más... Entonces recordé que papi no había bebido del vaso o del termo ni en el camino de ida ni en el de vuelta, indica Mari Carmen. Me acerqué a él, le acaricié una mano y le di un beso... María del Carmen volvió a entrar en la habitación y se llevó a los cuatro niños para que dejaran descansar a su padre. Solo después, con unas tijeras, se dispuso a segar los tirabuzones a los chicos. Bucles oscuros, de duelo, que caían despacio, como si fueran copos de nieve. Tiene razón Manolo. Debo aceptar de una vez que se van haciendo mayores. Algún día se marcharán y yo me quedaré sola. Yo ya tengo la casita, canturreó, sin dejar de mover las tijeras a toda velocidad por el aire, como un peluquero de casta. Yo ya tengo la casita que tanto te prometí... Un bolero con el que intentaba alejar los malos pensamientos.

Está llena de margaritas. Para ti. Para mí... ¿Era «casita» o «bohío»? le pregunta ahora de pronto Manolo a Mari Carmen, que es la que recuerda todas aquellas canciones y hasta las canta. Sí, tienes razón. Creo que era bohío, aunque no estoy segura. Pero ya sabes, mami siempre interpretaba las canciones a su gusto... Es verdad. Andaba siempre cambiando estrofas. Y estribillos. Y hasta los refranes. Todo lo domaba. Incluso las palabras...

Mientras tanto, los tirabuzones se iban amontonando en el fondo del palanganero, continúa Mari Carmen, aunque ella con precaución, cada vez que terminaba con uno de nosotros, los recogía y se entretenía atando todos aquellos caracolillos que acababa de cortar. Con una cinta de distinto color para cada uno. Rojo para mí. Azul para ti, prosigue, e inclina la cabeza hacia donde está sentado su hermano Manolo. Amarillo para Juan José. Y verde para José Antonio... ¡Qué memoria tienes, Mari Carmen!, exclama él. Es asombroso... Sí. Es cierto. Parece una hemeroteca andante...

También la ropa, sigue ella, nos la marcaba con esos colores. Y los bucles los guardaba en un bote de metal amarillo y rojo... Café Rico, se leía en la lata, precisa Manolo. En grandes letras de color negro. Puro de Puerto Rico... Ahora seremos felices, entonaba mami, vuelve a canturrear Mari Carmen. Con una sonrisa en los labios. Ahora podremos cantar aquella canción que dice con su aire tropical: Que Dios nos dé mucha vida, negra. Y mucha felicidad... ¿Aire?, vuelve a preguntar Manolo. ¿No era ritmo? Sí. Pero, como bien acabas de decir, ella cambiaba la letra. Unas veces porque sí. Porque prefería cantarla a su manera. O porque no la recordaba bien. Y otras para poder deleitarnos con las coplas y tonadillas que más le gustaban sin agobiarse ni sentirse ridícula por culpa de su dichoso frenillo. Será un refugio de amores, canta una vez más. Será una casa ideal. Y entre romances y flores formaremos nuestro hogar... Pero, ahora que caigo, estos últimos versos se los saltaría. O no los cantaría. O los cambiaría de alguna manera.

Aunque no recuerdo su versión... No, interviene Manolo. Lo que hacía... Y al ir a indicar la solución que se le acaba de ocurrir para resolver el escollo de aquellas otras dos palabras que su madre no podía pronunciar en la letra del bolero, como tampoco el nombre del compositor puertorriqueño, se le encienden chispas en los ojos, anticipando con ese levísimo resplandor en la mirada y al momento también en la sonrisa que lo que se dispone a decir le divierte. Lo que hacía, repite, para eludir los términos «refugio» y «romance», era zumbear como una abeja... Llegó por fin la hora de meterse en la cama. Ya pasado el miedo, comenzaron a reír, cantaba también Mari Carmen aquella noche camino de su dormitorio. Pi, pi, pi, pi, pi, pi, pi, pi, pi, pi, pi, pi... Hasta trece píos que calculó con los dedos. Cayeron todos exhaustos en sus camastros de hierro, entre las sábanas limpias, y no tardaron en quedarse dormidos. Hasta el reloj de oro, que nunca hasta entonces se había detenido. El padre aquella noche escupió sangre por primera vez.

Sí, recalca Manolo al leer esta última frase. Y con aire triste, después de tantísimos años, concluye: Nuestro padre aquella noche escupió sangre por

primera vez...



Los tirabuzones fueron nuestra corona de espinas...
(San Juan de Puerto Rico, 1938).

Los soliloquios de la bisabuela Vicenta

Salía siempre por alguno de los once balcones, uno de ellos triple y en chaflán, del quinto piso de aquel precioso edificio de estilo racionalista con elementos *art déco* situado en el número 10 de la calle de Hermanos Bécquer y se agarraba a la reja con ambas manos. Como un gorrión que, tras burlar los barrotes de su jaula y antes de emprender el vuelo, posa un instante sus pequeñas patas de color marrón claro en la baranda de hierro para coger fuerzas y determinar en qué dirección batir las alas. En cuanto veía un ventanal abierto, y su hija los dejaba de par en par a cualquier hora y todos los días del año para que los pajarillos que tenía amaestrados pudieran entrar y salir con entera libertad, Vicenta sacaba primero un pie, se volvía para comprobar que nadie la observaba, avanzaba unos centímetros con la otra pierna, la que le hacía cojear desde que se rompió la cadera en una lejana caída, se aferraba a la barandilla y con una voz casi inaudible gritaba: ¡Socorro! O eso creía hacer ella. Gritar. ¡Socorro! Me tienen secuestrada...

Cada vez se asomaba por uno distinto, unas veces desde el salón, otras desde el despacho de su yerno, que, enfermo de tuberculosis, llevaba ya cuatro años recluido en un sanatorio de las montañas, y otras desde alguno de los dormitorios o desde uno de los dos cuartos de baño principales de aquella soleada y amplísima vivienda. Pero siempre clamaba lo mismo. En tono quedo. ¡Socorro, señores! ¡Me tienen secuestrada! Esta no es mi casa... Una mano infantil no tardaba en aparecer por detrás y la pescaba por el vestido, tirando de ella hacia dentro. Abuelita, ¿qué dices? Estás con nosotros. Esta es tu casa... Vicenta se quedaba mirando al nieto que trataba de sacarla de su delirio con aire de no comprender una sola palabra, aunque enseguida sonreía. Y era como si saliera el sol. Como si toda su figura irradiara luz. Mamá, ¿qué dices?, susurraba María del Carmen cuando era ella la que atajaba sus voces pidiendo auxilio. Estás conmigo. Nosotros somos tu casa... Vicenta entonces miraba a su hija con una dulzura infinita.

Y juntaba las manos delante del hábito de la Virgen del Carmen que solía vestir. Como si rezara. O pidiera perdón. Cuando no reconocía a nadie, María

del Carmen era la única en aquella casa capaz de devolverla a la realidad. Ya al escuchar sus pasos por el interminable pasillo, haciendo crujir las largas tablas de madera con sus tacones altísimos, sabía que quien se acercaba era su hija mayor. Vicenta había tenido diez. Diez hijos, aunque no todos consiguieron llegar a la edad adulta. Cinco varones. Y otras tantas niñas, de las cuales tres se habían malogrado muy pronto. Dos durante el parto y una siendo muy pequeña. Se había casado con un marino. Un hombre guapo, gallego como ella, de grandes ojos verdes, con muy buena planta y un bonito mostacho. Se llamaba Rogelio. Habían vivido primero en El Ferrol y ya hacía varias décadas que se habían trasladado a Madrid para que él se incorporara a su puesto en el Ministerio de la Guerra. Los cinco varones del matrimonio se aplicaron casi desde niños en el estudio de las armas.

Fueron desfilando unos por la Academia de Infantería de Toledo y otros por la Escuela Naval Militar de Cádiz. Que presten servicio a la patria, decía su padre, que no quería que se perdieran en baile público y borrachera. Que se acostumbren a la disciplina y aprendan lo que es el trabajo. Que huelan la pólvora y se conviertan en hombres íntegros... En las Fuerzas Armadas la mayoría no ganaba gran cosa, no se podía uno hacer rico, pero sí vivir con cierto desahogo. María Teresa, la otra hija que resistió a la prueba del parto y a las enfermedades de la infancia, se había casado con un oficial de aviación que llegó a general. Vivían en la Casa de las Flores, un original edificio de ladrillo con bonitas terrazas siempre llenas de geranios y jardincillos en el oeste de la capital. Solo María del Carmen, casada con un abogado, burló el entorno militar. Desde hacía un tiempo Vicenta pasaba un año con cada una de sus dos hijas. Y alternaba también los meses veraniegos. En Suances y San Rafael, con María del Carmen. En Luanco, con María Teresa.

Los varones casi siempre andaban fuera. En los destinos que les asignaba en cada momento el superior correspondiente. Antonio, el pequeño, era teniente de navío y ya estaba al mando de cruceros y destructores, de grandes buques de guerra. Rogelio, el mayor, aunque también era oficial de Marina, se colocó de archivero. Iban los dos de blanco en primavera y en los meses de más calor. Fantasma con pantalones, gorra de plato y tintineo de medallas. Como su padre en vida. Y en el ataúd. Y es que hacía ya cuatro años que Rogelio, el marido de Vicenta, no estaba en este mundo. En otoño y en invierno, sin embargo, vestían de azul marino. Y en lo que denominaban ocasiones de gala. El tercero, que se llamaba como ella, Vicente, ingresó en la Academia de Infantería a los doce. A los dieciséis ya era alférez. El cuarto, Marcial, había llegado a teniente coronel y andaba escribiendo un *Manual de*

instrucción preparatorio sobre el uso de las armas. Ellos dos iban vestidos en tonos pardos. ¿Y el segundo? El segundo... Al segundo...

Al segundo Vicenta hacía ya muchos años que se lo saltaba siempre, porque cuando lo nombraba aún le temblaba la voz. Y solo de pensar en él desvariaba por el día. Y por la noche no conseguía conciliar el sueño. El segundo de sus hijos se llamaba... ¿Cómo te llamas?, preguntó el fotógrafo, asomando la cabeza por debajo de la tela negra que cubría la cámara. Manuel Torres Menéndez, contestó el mozo. Desde la calle llegaban las voces de la ciudad. La algazara de los niños jugando al sol. Los arabescos acústicos de los almuédanos que escapaban de los alminares. El señor Beringola, que desde hacía un lustro tenía un estudio en la plaza de Alfonso XIII en Tetuán y retrataba a muchos de sus compatriotas que recalaban por allí, contempló al rozagante oficial. No es un bravucón, debía de pensar. Ni uno de esos delincuentes que se incorporan al Tercio de Extranjeros para redimirse o morir, llevados por la necesidad y la falta de instrucción. Manuel Torres Menéndez sería lo que se llama un buen chico, con cara de no haber roto un plato.

Y portentosamente apuesto. Pero parecía prudente, sensible e incluso tímido, aunque también determinado. No debía de sobrepasar en mucho la veintena. Pareces demasiado joven para ser teniente, aventuró el de la cámara. Pronto cumpliré los veintiséis, señor, respondió Manuel. Edad suficiente para poder mandar una bandera. Aquí estamos porque cada uno tiene su cometido... El joven giró un poco el cuerpo. Como si le azorara la atención que había despertado en aquel hombre. No te muevas, indicó el retratista, al que el paño volvía a cubrir la cabeza y parte de la espalda. Voy a disparar... Pero no lo hizo, porque en aquel preciso instante vio cómo un tiro reventaba el corazón del militar. Y se quedó sin aliento. ¿Para qué quieres la foto?, preguntó, surgiendo una vez más de debajo de la tela y tratando de disimular su turbación. Nunca le había ocurrido una cosa así. Había fotografiado ya a muchos oficiales y reclutas. Y a personajes ilustres, como el pintor Sorolla a su paso por la ciudad o el cónsul de España.

También a ricos e importantes moros. Y a los trabajadores en el bazar. En sus puestos y talleres. O en la calle, sentados en el suelo. Vendedores de leña, de quincalla, babucheros, remendones... Y mendigos. Muchos mendigos. Viejos. Ciegos. Con muletas. Con barba. Con turbante. Con albornoz. O con chilaba. Descalzos. Con babuchas. Y hasta a un morabito. Un santón. Un eremita. Pero ninguno le había revelado su destino en el momento de disparar, si es que aquella era la suerte que le esperaba a Manuel. Jamás. Para

enviársela a mi hermano Marcial, contestó el muchacho. Quiero que me vea con el uniforme de paseo, ahora que está todo tranquilo... Llevaba unas botas magníficas. Y unas preciosas polainas de equitación, hasta la rodilla. Impolutas. De un cuero brillante. Los pantalones, abombachados. La levita entallada y cerrada con cuatro botones. La camisa y la corbata, oscuras, como los guantes. Y la bonita gorra con visera, una teresiana, imprescindible en aquellos contornos. El sol africano derretía los humores.

Y él tenía los ojos de un verde cristalino, casi transparente. La piel, atezada y suave. Y el cabello, de un rubio tirando a ceniza. Sus rasgos eran finos y a la vez varoniles. Don José imaginó un raudal de triunfos y bienaventuranzas para espantar la visión. Debes de tener mucho éxito con las mujeres... Sembraría en sus caminatas y en los desfiles un surco de suspiros. Hebreas, bereberes, españolas, inglesas, francesas. Todas le seguirían con los ojos y volverían la cabeza al verle por las calles en cualquier ciudad del mundo. No te pongo decorado, explicó. A otros les suelo colocar detrás un trampantojo. Algún paisaje o la ilusión de una estancia espléndida... Ante la pared del estudio, con revestimiento de madera en grutescos, y sobre aquella alfombra con decoración de hojas secas, caídas, Manuel apoyó la mano con la que sujetaba los guantes en el extremo de su bastón, hundió la otra en el bolsillo del pantalón y miró al frente. Un ligero rubor tiñó otra vez sus mejillas. Y sus ojos brillaron con más fuerza. Como los de un ciego.

Ojos de manantiales, farfulló Beringola. Como los de la ciudad... Y, casi cerrando los suyos para huir de la alucinación que por nada del mundo quería volver a tener, apretó el disparador. Un pájaro atravesó en aquel mismo instante el estudio y volvió a salir por donde acababa de entrar. Tanto el oficial como el fotógrafo, que escuchó el ruido de las alas, dieron un leve respingo, aunque el artista consideró que no había que repetir la toma. Estaba convencido de que la stampa saldría perfecta. Había inmortalizado a un ángel. A un ser que flotaba entre la vida y la muerte. Pero cuando Manuel fue a recoger la foto, el señor Beringola insistió en introducir unos retoques. En la alfombra hay un pliegue, explicó. Quisiera hacerlo desaparecer. Y la figura no está del todo recta... Echó la culpa de aquellos fallos a la agitación por el vuelo del gorrión, aquel ejemplar macho con su copete de plumaje marrón oscuro en la cabeza, como si llevara un antifaz negro en los ojos, que sorprendió a los dos en el momento de tomar la instantánea.

El joven guardó la prueba y esperó otro par de días. Y cuando por fin le entregaron la imagen impresa en cartón crema y en forma de tarjeta postal, antes de enviarla, la dedicó con su hermosa caligrafía, la letra de quien ha

aprendido muy pronto a leer y a escribir. La de quien disfruta haciéndolo. No todos podían decir lo mismo en el Ejército por entonces. Ni fuera de él. Manuel sabía interpretar y componer música. Le gustaba cantar. Tenía buena voz. Y en casa de sus padres, en Madrid, un busto de Wagner sobre el piano. Además de muchos libros. De poesía. Y ensayos. Pero allí estaba, en Marruecos, con un puñado de hombres, que no esperaban más que entrar en la batalla para demostrar de lo que eran capaces. Valor, arrojo, bravura, puntería. Mientras, se dedicaban a construir pequeñas fortificaciones de madera rodeadas de sacos terreros en aquellos contornos infestados de enemigos. A mi queridísimo hermano Marcialín, honra y prez de la casa, le abraza su hermano Manolo, escribió en el reverso de la fotografía.

Y a continuación, el nombre del lugar en el que se encontraban acantonados. Y la fecha. Xauen, junio de 1921. Y llega el primer día de gloria memorable, escribiría tiempo después la voz de uno de sus superiores con el único brazo que le quedaba. La voz del fundador de aquel cuerpo de soldados profesionales. Un día que pasaría a la historia de la Legión, continuaría refiriendo aquella voz en el papel. El 29 de junio de 1921. En ese día la primera bandera se bate en Muñoz Crespo y la tercera en Buharrat. Ambas lo hacen bravamente. Caen el glorioso teniente Manuel Torres Menéndez, para siempre, y heridos... El glorioso teniente Manuel Torres Menéndez. Para siempre. *La Voz*, el diario vespertino de Madrid, había dado la noticia. El 1 de julio de 1921. Justo un año después de salir por primera vez a la calle. Nuestra acción en Marruecos, decía el titular sobre una estrecha y larga columna. El combate en el límite oriental de Beni Arós. Las bajas. Las nuestras han sido las siguientes. Muertos: el teniente del Tercio D. Manuel Torres Menéndez...

Vicenta entró en el comedor y fue a sentarse junto a la radio. Una Philips enorme que su yerno compró poco antes de enfermar y que habían colocado sobre una mesita baja entre dos butacones en la semirrotunda que con sus cuatro grandes ventanas daba a la parte de atrás del edificio. Al jardín, en el que había un magnolio, hortensias, trescientos rosales y un arce tan alto que llegaba hasta allá arriba, al quinto piso. Todos los días, antes de comer, ella se sentaba allí, mientras se decidía a ponerse la inyección de insulina. En una de las dos butacas de caoba de las Indias con tapicería de terciopelo granate que había junto al aparato de las voces. Un artilugio tan flamante que ella no se atrevía a ponerlo en marcha. Y eso que en otro tiempo había fabricado una radio. A galena. Pero ahora era incapaz de decidirse a tocar aquel ingenio. Esperaba a que lo hiciera alguno de sus nietos. O su hija. Cuando se daban

cuenta de que ella ya estaba sentada en el comedor, daban al botón de encendido y sintonizaban la emisora.

Y se quedaban un rato allí para hacerle compañía, aunque a veces se les olvidaba conectarlo, creyendo que lo había hecho ya otro, y Vicenta ese día acechaba el silencio de la radio apagada. Sola. Con sus recuerdos y sus temores. Mientras en el hospital para tuberculosos de La Fuenfría su yerno, solo con sus celos y sus angustias, prestaba, como ella, oídos a las voces de las ondas, atento a cualquier novedad que pudiera salvarle la vida. A los últimos avances. Con su reloj de bolsillo, murmuró ella. Viendo cómo se le escapa el tiempo, sereno y firme, a pesar de lo grave de su enfermedad. Y con la mano derecha siempre insertada en el chaleco, la chaqueta o el abrigo. Como Napoleón. Aunque él no es persona de imitar a nadie. Pero paseaba así incluso por la casa cuando estaba sano. Aquí. Y cuando enfermó pensaron que se trataba de una úlcera de estómago. Los medicamentos que no se pueden conseguir en España se los traen desde los Estados Unidos de América vía Puerto Rico, donde aún quedan algunos de sus parientes.

Llegan en avión. Envueltos en hielo. No todos pueden conseguirlos. Mueren los niños. Los ancianos. Y, sobre todo, los pobres. Pero también muchos ricos. En las sombras de la posguerra se comercia con todo. A mis nietos todos los años los llevan a verles por rayos. A La Préservatrice, en la Carrera de San Jerónimo, donde trabaja su tío Julio, hijo de otro Julio Vias, también médico, uno de los que, estando de guardia en el hospital del Buen Suceso, atendieron a las víctimas del atentado contra los reyes Alfonso XIII y Victoria Eugenia el día de su boda... Vicenta volvió a ver en su mente al pobre tambor, Ramón García, que, con quince años, había salido de allí con una herida grave en una pierna. Le habían concedido una cruz pensionada con 7,50 pesetas. Y decía que había tenido suerte. Porque había salvado, declaró al diario ABC, «la pelleja». No se separa un instante de la clínica, decían allí del doctor Vias y Ochoteco. Atendiendo con el mayor esmero a los infelices que tiene a su cuidado... Hacía poco más de un año que el doctor había muerto.

Y muchos desde que su mujer le echó de casa, porque se había liado con la tata. No le dejó ni despedirse de sus hijos. Y en los ecos de sociedad aparecía como viuda. Voluntaria. En 1912 el rey había concedido al doctor Vias Ochoteco la Cruz de primera clase de la Orden del Mérito Militar por la asistencia prestada a los heridos durante la campaña de Melilla. Había salvado la vida a muchos soldados. Esa sí que es una profesión bonita, susurró Vicenta. Y miró la inyección. Cada una de estas dosis cuesta un congo... Una

larga estancia en África, sirviendo en Policía Indígena, en blablá y en el Regimiento de blablá, unido a alguna afición y al entusiasmo por el problema africano, dieron lugar a que germinase la idea de organizar una Legión extranjera... Qué extraño. En esta casa no hay uniformes. Ni armas. Aquí las voces emplean un lenguaje distinto. ¿Era la radio? Se inclinó hacia delante y acercó el oído. Añádase un puntillo de amor propio, de creernos que los españoles éramos capaces de hacer una semejante y...

Es la voz del cadáver viviente, concluyó ella. El general cojo, manco y tuerto con el que Manuel estuvo en África... Ya no podría sacar al teniente de su cabeza. Ay, Manuel, ángel mío. Todo el que te conocía se deshacía en alabanzas, se lamentó, recorriendo con la yema de los dedos los laberintos recortados en el terciopelo del sillón. Eras tan educado. Tan gentil. Las chicas te miraban de reojo. Las madres te querían como yerno. Ay, Manuel... Cada vez que a Vicenta le abordaba lo que con toda su alma pretendía arrinconar fracasaba al tratar de hundirlo de nuevo en su memoria. No conseguía hacer oídos sordos al rugido de las voces. Entonces andaba todo el tiempo confundida. Y veía las paredes tachonadas de agujeros de bala. Como un queso con ojos. Y los cristales de las ventanas rotos. Y los espejos. Los enormes espejos de los dos cuartos de baño principales. Y los del salón, los del recibidor... Cualquier ruido la hacía temblar. Entonces salía más a menudo a gritar por algún balcón o la pillaban intentando escaparse por las escaleras.

¡Socorro! Me tienen secuestrada... Las voces en su interior no le daban tregua. Ni a ella ni a los que en ese momento vivían con ella. La compañía es muy agradable, decía, mirando a sus nietos uno por uno y con la luz entonces en sus ojos castaños. Pero yo me tengo que ir a mi casa... O en mitad de la comida levantaba la vista del plato y con un suspiro anunciaba: Estoy muy a gusto con ustedes, señores, pero me tengo que ir a mi casa... Se abrió la puerta del comedor y entró María del Carmen, que se sentó frente a ella en el otro sillón con un ovillo de lana. Vicenta señaló el radiorreceptor. Este hombre no ha tenido hijos, aventuró. Su hija, que buscaba el extremo de la hebra, no entendió a qué se refería, pero escuchó un instante con atención y enseguida supo quién era el que hablaba de aquel modo en la radio. Tiene una hija, indicó. Y pidió a su madre que alzara las manos para sujetar la bobina mientras ella la devanaba. Natural, prosiguió. Secreta. Lo sé de buena tinta. De una relación muy peregrina... Vicenta la miró asombrada.

¿Y ella cómo sabía eso? ¿Acaso jugaba al *bridge* con una pandilla de amigas de las altas esferas, de las más rancias stirpes? Pero optó por no

decir nada al respecto y seguir adelante con su idea. ¿Ves? Lo que yo decía. No ha tenido hijos varones. Si no, no se atrevería a hablar de esa forma... María del Carmen sacudió la cabeza sin dejar de trabajar la lana, que bailoteaba en el aire entre las dos. Los habría enviado al frente, alegó sin levantar la vista de la tarea que tenía entre manos. A todos. A morir. Sin dudarle un instante... Como ángeles que no debieron nacer, dictaminó Vicenta. Somos máquinas de fabricar carne de cañón... O asesinos, puntualizó su hija. O asesinos, coreó la madre. Somos máquinas de fabricar asesinos... Y le pareció que su voz ya no era suya. Con aquel planteamiento que sin duda no compartía la mayor parte de las personas de su generación. Y sintió vergüenza. Como si acabara de dejar a los héroes nacionales, y a su hijo Manuel con todos ellos, en la estacada. Pero es que ya no compartía nada con nadie.

Mis hijos, recalcó María del Carmen, que seguía tirando del hilo, mientras entre las manos de Vicenta se deshacía poco a poco el ovillo de lana blanca y entre las suyas crecía al mismo ritmo una nueva bobina, no van a hacer el servicio militar obligatorio. Mis hijos no irán al frente... Bajando los brazos, en los que, a la altura de las muñecas, sujetaba lo que aún quedaba de madeja y que tenía doblados y abiertos en el aire, ante ella, su madre la volvió a mirar no ya asombrada, sino con verdadera admiración. De modo que esos tres hombrecitos que pululan por la casa, mis nietos, ¿no van a ir a la guerra? Pero ¿por qué? ¿Por qué está mi hija tan segura? ¿Y cómo se consigue una cosa así? ¿Acaso han vuelto a instaurar la redención en metálico, que como siempre favorece a los ricos? Hace solo seis años que ha terminado la guerra de España, siguió reflexionando. Y tan solo ha transcurrido un mes desde que acabó otra carnicería que por segunda vez en lo que va de siglo ha dejado a Europa en ruinas y sin apenas hombres.

Y a la mayoría de los que han sobrevivido, tullidos o demenciados. En este siglo suicida que se esperaba de progreso y bienestar, de cultura y liberación. Por no hablar de la sangría en Marruecos. Un mes después de la triste escaramuza en la que cayó Manuel unos doce mil soldados del ejército español murieron masacrados por los rifeños de Abd el-Krim. En el que dieron en llamar el desastre de Annual. Nueve mil españoles y dos mil quinientos rifeños afectos a España, más de la mitad degollados como cerdos tras rendirse. Agotados, sin agua y sin comida. ¿Como cerdos? ¿Qué dices, Vicenta? Qué lenguaje. Pero es que siento aún tanta rabia y tanto dolor, a pesar del tiempo transcurrido. De modo que sí. Degollados como cerdos tras rendirse. Cuando les habían prometido que volverían a su país, a sus casas.

Sanos y salvos. Menos mal que Manuel murió antes. Pero ¿qué dices? Menudo consuelo... Solo entonces recordó que su hija había peinado a sus hijos con largos tirabuzones durante años y años.

Y hasta hacía no mucho. Y a los varones de pequeños los había vestido también como si fueran niñas. Los gitanos a menudo ponen nombres de mujer a sus vástagos de sexo masculino para burlar el servicio en la milicia. Por ejemplo, Rosario o Asunción. O Concepción. O Sagrario. Aunque mis nietos no se llaman así, sino Manuel, Juan José y José Antonio. De todos modos, los hijos rápidamente se rebelan. No quieren pasar por gallinas. Ahora llevan el pelo corto, como los demás chicos de su edad. Y visten como adultos. Con pantalón, chaqueta y a veces incluso con corbata. ¿Acaso tu marido es masón?, preguntó por fin. La hija soltó una sonora carcajada. Y la madre enrojeció. No. No. Mis hijos no irán al frente porque tienen la nacionalidad cubana... ¿Cubana?, se asombró Vicenta. Y en su mente no tardó en aparecer el sello del Estado Libre Asociado de Puerto Rico que con sus figuras, su leyenda y sus colores iluminaba el cristal de los ventanales de la escalera de aquel inmueble, propiedad de la familia de su yerno.

Gente con dinero y con estudios, que viajaba. A Cuba. A Puerto Rico. A los Estados Unidos de América. A Francia. Todo aquello a ella, que no había salido de España en su vida y que ya no lo iba a hacer, le sonaba a música celestial. Echó un vistazo rápido a su alrededor. Y, como su hija acababa de marcharse, rumbo a la cocina, dispuesta sin duda a dar las instrucciones para que se sirviera el almuerzo, se perdió en otro de sus frecuentes soliloquios. La madera del piso es de teca americana. Y muchos de los muebles, importados. Mis nietos comen cosas raras. Huevos con habichuelas, arroz y chocolate. O carne de Chicago. En lata. Como los yanquis. Meriendan maní tostado y desde que volvieron de San Juan echan de menos el mamey, el mango, un dulce que llaman bienmesabe, la guayaba, la langosta y los guineos niños, unos plátanos diminutos. Ahora extrañan también a su padre, aunque aún pueden ir a verle todos los fines de semana. Subiendo a La Fuenfría. En el coche de sus tíos Carlos y Amalia, que viven en el último piso.

Un coche norteamericano de lujo, con chófer. Un Chrysler De Soto, con la cabeza del conquistador como insignia. O en tren. Mi hija no se atreve a conducir hasta la sierra el Studebaker que su marido compró en Portugal. Antes de enfermar. En una ocasión, por la Cuesta de las Perdices, llevando ella el coche se salió de la calzada. Menudo susto. Con sus gafas de sol oscuras, más impenetrables que un espejo. Y toda vestida de negro. De luto por su padre, Rogelio. Parece una actriz de cine. Siempre tan elegante. Con

esos tacones. El primer año se instaló con él en el hospital. La única sana en todo el edificio, aparte del personal sanitario. Y a los cuatro niños los metió internos. Pero le daban lástima, como le ha ocurrido siempre con las crías de animales a las que tanto le gusta proteger y cuidar, y su marido insistió para que regresara aquí, con ellos. A este piso que les regaló el suegro de mi hija. Y otro igual en la planta de abajo. Dos para cada uno de sus hijos. La fortuna de la familia viene de Puerto Rico.

Aunque mi yerno nació en Cuba... Vicenta, en cambio, era de origen humilde. Había trabajado como jornalera agrícola, como su madre, Joaquina, a pesar de que decían que venía de la casa Lizard. El ama que la crio en Galicia, a cambio de un dinero que nunca faltó, aseguraba que era hija de una mujer muy elegante de Zaragoza. Una casada o una soltera que cometería un desliz. Ella había servido también como interna. Hasta que se casó con Rogelio. Y juntos habían luchado para sacar a los hijos adelante. Había tenido una infancia muy triste. Su padre, Juan Menéndez, se había marchado un día a América y no había vuelto. Un día como cualquier otro. Y nunca más se volvió a saber nada de él. Los fogoneros en los barcos trabajaban en unas condiciones muy duras, recordó. Y los maquinistas. Con jornadas extenuantes, en medio de temperaturas extremas y sin apenas ventilación. Dormían en habitáculos muy pequeños, oscuros, húmedos. Los accidentes en las salas de calderas, las explosiones y los incendios, eran muy frecuentes.

Y los golpes de calor en los trópicos a bordo de aquellos buques de hierro... Nadie le había notificado la muerte a Joaquina. Y ella pensaba que Juan Menéndez podía estar vivo. Que algún día regresaría. Y con sus tres hijos, Estrella, Vicenta y José, se pasaba el día en la iglesia reza que te reza y vuelta a rezar para que se produjera el milagro. José, el menor, había muerto a los catorce años. Llevaba el nombre de otro hermano que falleció a los tres. De atrofia. También el único hijo de Amalia, la hermana de mi yerno, siguió recapitulando Vicenta, murió siendo un niño. Ahogado en la bañera. Ay, Manuel, Manuel. Cuánta agonía, se lamentó, mientras acariciaba el terciopelo del reposabrazos y miraba por la ventana, sin prestar atención a la jeringuilla que esperaba su turno. Cuánta aflicción en cada familia. En tantas familias pobres. Aunque también en las de los ricos. Nadie está libre del repertorio de dolores y suplicios que la vida nos tiene reservado a cada uno. Ay, Manuel... Ya no podría sacarlo de sus pensamientos.

Manuel puso de nombre mi hija María del Carmen a su primer hijo. Manuel se llama también su marido. Ay, Manuel. Cuando tú te fuiste para siempre ella solo tenía quince años... Su mente empezó a girar y girar en

torno a una sola idea. Alrededor de una sola imagen. La de su hijo immortalizado pocos días antes de morir en una postalita hecha en un estudio de fotografía en la ciudad de Tetuán hacía más de dos décadas. Ay, Manuel... Y mientras, seguía rozando la fibra vellosa en la tapicería de la butaca con la yema de los dedos, repitiendo su lamentación. Como si rezara un rosario tras otro. Manuel puso de nombre mi hija María Teresa a su único hijo. Manuel se llama también su marido. Ay, Manuel. Cuando tú te fuiste para siempre ella solo tenía doce años. Recién cumplidos. Ay, Manuel, ángel mío... Y así pasó el resto de la mañana, sin prestar atención a las noticias que daba la radio. Sin entender las palabras que los nietos le decían cuando entraban en el comedor a comprobar si la abuela se había puesto ya la inyección.

Durante la comida se mostró más ausente que de costumbre y siguió así toda la tarde. Dadme pluma y papel, reclamó aquella noche en medio de la oscuridad. Dadme pluma y papel... Como tantas otras en las que su cabeza andaba alterada y confusa. En el silencio que envolvía la ciudad a la hora en la que sus moradores se iban a dormir su voz sonaba más fuerte que cuando se asomaba al balcón a plena luz del día para pedir amparo a los transeúntes que, en aquella calle tan corta y distinguida, sin comercio alguno, escaseaban. Solo de cuando en cuando las luces de unos faros recorrían el techo y las paredes en medio de la oscuridad. Fogonazos de quienes aún trajinaban a la intemperie. Poca atención o ayuda hubieran podido prestarle. Abuelita, protestó alguno de sus nietos desde uno de los cuartos contiguos. Abuelita, por favor. Queremos dormir... Ella lo hacía por el día. Cuando le dejaban las voces. Las voces de la radio. Las voces del pasado. Las de los muchos libros que leía, escondida en algún rincón horas y horas en completo silencio.

Y podía echar una cabezada en cualquier momento. Pero ellos tenían que madrugar para ir al colegio. Y por la tarde, hacer sus deberes. Ya no dormían la siesta. Aquello era cosa de niños. O de ancianos. O de señoras. Vicenta sí lo hacía. Todas las tardes. Mari Carmen, la mayor de los cuatro, se levantó y, de puntillas, salió al pasillo y se acercó hasta la puerta de la habitación en la que dormía la recitadora. Aguzó el oído y la oyó revolverse en su lecho. ¡Abuelita!, repitió. Abuelita, por favor. Queremos dormir... Pero Vicenta, viviendo como vivía una buena parte del tiempo en otra órbita o en otra época, siguió declamando. Escribidme una carta, señor cura. Ya sé para quién es... Y los nietos jugaron a adivinar de quién eran aquellas palabras. ¡Amado Nervo!, dijo uno desde su cama. ¡No!, gritó otro desde la suya. ¡Campoamor! Sí, corearon los otros. Ramón de Campoamor... Y se echaron a reír. Ojo,

advirtió Mari Carmen, al ver que uno de sus hermanos se acercaba también hasta la puerta del dormitorio de la poeta noctámbula.

La abuela tiene pistola... Anda ya, corearon los otros tres. Tú estás chiflada. Más chalada aún que ella... Aunque a la abuela a veces se le iba la cabeza, era una mujer sensata. E inteligente, con una gran personalidad. Y muy práctica. En otro tiempo había organizado ella sola cada una de las mudanzas que se había visto obligada a hacer la familia. Su marido, Rogelio, confiaba en ella. Se iba al Ministerio y al marcharse decía: Vicenta, ¿en qué casa comemos hoy? Y los dos se reían, porque a la hora de almorzar, a pesar del ajetreo, la comida estaba lista en la casa en la que ella había dicho que la tendría preparada. La abuela hablaba poco, pero cuando lo hacía, por lo general antes de irse a dormir, podía soltar un discurso muy bien hilado sobre el carácter de los franceses o el de los belgas. O sobre anatomía. Sobre el funcionamiento de los pulmones. O sobre la formación de las cordilleras, el carbón o la evolución de las especies. Pero en los últimos tiempos sus hijas veían preocupadas cómo se iba sumiendo cada vez más en el silencio.

Y en la demencia. Que sí, insistió Mari Carmen. ¿No os habéis fijado? Algo sobresale siempre en uno de los bolsillos que ella ha apañado en su hábito. Y de vez en cuando acaricia el bulto... Los varones esta vez soltaron verdaderas carcajadas. Será una imagen, propuso uno de ellos. Alguna virgen... O una condecoración, insinuó otro. Como la que lleva siempre prendida en el hábito... O la foto del tío Manolo, sugirió el más pequeño de todos. Vicenta, indiferente a los envites y bromas de sus nietos, viviendo como vivía por las noches y dormitando por el día en una butaca, escuchando las voces que a todas horas se quitaban la voz en su interior y que a menudo acallaban las que surgían del aparato de radio, prosiguió con su recitado de uno de los muchos poemas que se sabía de memoria. ¡Quién supiera escribir! Que la pena no me ahoga cada día, porque puedo llorar. Escribidle, por Dios, que el alma mía ya en mí no quiere estar... ¡Abuelita!, exclamaron ellos una vez más, aun convencidos como estaban de que no había nada que hacer.

Porque Vicenta apenas oía sus voces, tan solo un murmullo, perdida como estaba en las sombras de su monólogo dramático. Que es, de cuantos tormentos he sufrido, la ausencia el más atroz... En la platea no había estolas ni sombreros con plumas, como tampoco piedras preciosas, abanicos o flores, sino solo un camisón y tres pijamas. No he tenido suerte en la vida, susurró Vicenta. No la tienen la mayoría de las mujeres. Tantos hijos, tantas penas. No la tienen tampoco la mayor parte de los hombres. Tantos hijos, tantas guerras. Tantas guerras, tantos muertos. El alma se le encoge a uno al

contemplar cualquier cementerio de soldados. Tantísimos, tan jóvenes, tan solos. Y siempre tan lejos. No pudo ser más que en el corazón, escribió el hombre cuya voz escuché en la radio esta mañana. La voz del general, precisó, como si hablara con alguien. Un público invisible y sordo, porque los nietos ya debían de estar dormidos. El general cojo, manco y tuerto, lleno de condecoraciones y boquetes. No. Espera, Vicenta. No fue él.

Fue Ortega Munilla, el padre de Ortega y Gasset: No pudo ser más que en el corazón, porque corazón era todo su cuerpo... Iba a caballo, prosiguió, hablando en medio de su soledad. Al frente de sus hombres, porque tuvo que sustituir al capitán, don Joaquín Ortiz de Zárate, que cayó herido. Portaba la bandera del regimiento. Le dispararon y le dieron en el corazón. ¿Moriría en el acto? ¿Cuánto tardarían en atenderle, si es que alguien lo hizo? ¡Qué tortura! Seguir evocando aquel final al que no había asistido. Las lágrimas hicieron brillar el cutis tan pálido de la madre del malogrado Torres. Se levantó el camisón y con el dobladillo se secó el rostro. Yo tenía diez negritos, empezó a cantar. Como un pájaro enjaulado. Con su voz minúscula. Yo tenía diez negritos. Uno se murió en la nieve. No me quedan más que nueve... Y al fin, canturreando, se durmió, aunque aún de vez en cuando, tal vez despierta o quizá sonámbula, soltaba algún exabrupto. ¡En la nieve! Ja. En la nieve no. Sino en una región con un clima abrasador...

Al principio había imaginado que en aquel país en el que había caído su hijo no debía de haber más que una sucesión infinita de arenas. Un paisaje fantasma. Lunar. Un desierto tras otro. Pero después había leído que Marruecos tenía montañas majestuosas. Como las de la cordillera del Atlas. Y ríos y arroyos. Y mucha vegetación. Árboles, arbustos y flores. Cedros, pinos, encinas, alcornoques, palmeras, almendros, enebros... Y espliego, naranjas, granadas... De todos modos, avanzado junio allí no habría nieve. Solo sol, volvió a protestar en mitad de la penumbra y del reposo de los demás. Un sol de injusticia... Al día siguiente, tras una noche muy agitada, Vicenta, arrullada por las voces que aún peleaban en su interior, se amodorró junto a la radio, que, como cada mañana antes de la hora de comer, emitía los partes informativos. Aunque ella a veces oía otras locuciones. Distintas a las que difundía el receptor. Hablemos de la muerte a los soldados, escuchó en su cabeza. Que huya esa visión dantesca. Alejemos de su mente el horror.

Que no sea una temible Furia enlutada y tenebrosa que amedrenta con su guadaña. Mostrémosla joven y bella, besando la frente del héroe y derramando flores en derredor. Que sea el Ángel de la Guarda para el soldado, el Ángel que lo lleva al cielo... Pero, por más que se esforzara,

Vicenta no conseguía ver a la muerte joven y bella, besando la frente del soldado caído, ni al Ángel de la Guarda transportándolo al cielo. Veía enjambres de moscas pululando con apetito febril sobre las hileras de cadáveres que con las tripas al aire yacían en medio de un charco oscuro bajo el reverbero del sol africano. Gusanos macilentos, albinos, que estiraban el cuello y abrían la boca en cuanto les daba un rayo de luz. A los soldados corriendo por las montañas con tambores, fusiles y banderines. Evacuando a los heridos, acostados en banastas gigantes que colgaban a ambos lados de la grupa de un mulo. Descalzos, porque en cuanto caían les quitaban las botas. O las esparteñas, porque muchos eran más pobres que las ratas.

Morir en el combate es el mayor honor, prosiguió la voz. ¿En la radio? ¿O solo hablaba en su cabeza? No se muere más que una vez. La muerte llega sin dolor y el morir no es tan horrible como parece. Lo más horrible es vivir siendo un cobarde... Vicenta se quedó mirando el receptor con el ceño fruncido. Estas frases sí que lo son. Horribles... Y empezó a despotricar. Pomposas. Hinchadas. Huecas. Necias. Casi me quitan el gusto por la poesía, cierta poesía, que cada día me recuerda más al lenguaje de muerte de los militares, de los políticos y de los periodistas... Teniendo en cuenta la importancia del objetivo que se persigue y la clase del enemigo al que hay que combatir, recordó que concluía la noticia que en el diario *La Voz* había informado de la muerte de Manuel, nuestras bajas no son importantes... ¡Qué bazofia! Hablan por boca de ganso. Y escriben con guante blanco. Habría que ponerle un bozal a la radio. Y amordazar a algunos de los que estampan su firma en los periódicos sin ruborizarse por lo que manifiestan...

Y durante un rato siguió echando pestes, algo que fascinaba a sus nietos. En voz alta, aunque con su cadencia tenue y mesurada. Contra el general, el fundador de la Legión. Y contra su lugarteniente, al que los reclutas llamaban el Sheriff. Y que ahí están. ¡Tan frescos! Llenos de condecoraciones y de orlas. Uno al frente del Cuerpo de Caballeros Mutilados de Guerra por la Patria, soltando discursos en la radio. Y el otro en la Jefatura del Estado, inaugurando embalses, puertos y carreteras. Bueno, uno de los dos no tan fresco. Pero el otro, sí, orondo. Cada día más orondo. Los dos vivitos y coleando. Mientras miles y miles de jóvenes cayeron para siempre. Y más de uno en sus soflamas habrá dicho bonitamente aquello de que mordieron el polvo... A menudo soñaba con su muerte. Y maldecía también al conde de Romanones. Y al marqués de Comillas. Y ahora, en el comedor, volvió a hacerlo. Una vez más. La culpa la tiene esa panda de aristócratas que se han forrado y siguen hinchándose con las minas de hierro del Rif, masculló.

Morir no es tan horrible como parece. No, claro que no. Sobre todo, para ellos, que parece que no se van a morir nunca. Morir no es tan horrible como parece, sobre todo, cuando son otros los que se mueren. Y lo más horrible no es vivir siendo un cobarde. No. Tampoco. Lo más horrible es vivir en un mundo gobernado por tantos indeseables... Y para ahuyentar del interior de su cabeza las voces grandilocuentes de todos aquellos individuos y las imágenes de las refriegas en aquella región del mundo que ella no había pisado nunca ni pisaría jamás decidió entretener su pensamiento echando la cuenta de sus hombrecitos, como quien tiene que velar un cadáver durante horas y no quiere rezar. Durante toda una noche. O varios días seguidos. A ver si eran unos pusilánimes. O verdaderos héroes, cosa que ella ya no sabía muy bien en qué consistía. O si, como la mayoría, no eran más que unos pobres desgraciados. El mayor, Rogelio, otro hombre guapo y con muy buena planta, aunque no era tan alto como Manuel, tuvo dos hijos.

Una noche el primogénito, que se llamaba Rogelio, como su padre y su abuelo paterno, mi marido, jugando con la pistola del padre, le apuntó primero a él, a su padre, después a su madre, Eugenia, a continuación a la criada y por último a su hermano, Eugenio. Apenas se llevaban diez meses. La pistola de Rogelio no estaba cargada. O eso creían. Las pistolas siempre están cargadas, hasta cuando no lo están. Las pistolas las carga el diablo. La de Rogelio no estaba cargada, pero se disparó. Y Eugenio, mi nieto, cayó al suelo. Y Rogelio, mi hijo, corrió a un puesto de socorro con el cuerpo de su hijo en brazos. La sangre tiñendo el uniforme blanco, precisó Vicenta, que sola representaba su tragedia, convertida en actriz, con algún gesto o mudando el semblante, y en oyente, como el lector cuando escucha cómo las voces desde el papel resuenan en su interior y hasta se quitan la palabra. Era verano. En plena guerra de España. En una noche de lluvia. En El Ferrol de noche siempre llueve. Y de día. En El Ferrol el cielo siempre llora.

Mi hijo Rogelio no consiguió llevar más que un cadáver al puesto de socorro. Su hijo expiró por el camino. Y el otro ángel, el que había disparado, murió de pena poco después. ¡Que me corten esta mano!, gritaba. Y alzaba la mano que osó levantar aquella noche, mientras se iba hundiendo en la locura y en la muerte. Se golpeó. Se hizo una herida. Y una septicemia acabó con él. Ninguno de los dos había cumplido los trece. Rogelio, mi hijo, se refugió en la caza. Y en sus perros. Eugenia, su mujer, no volvió a abrir la boca. Perdió la voz. Perdió el color. Y el apetito. Siempre sentada, como yo, junto a la radio. Sin oír apenas nada. O escuchando tan solo los latidos de su corazón. La voz de entonces. Cuando vivían sus hijos. De los nueve que quedaban. De

los nueve que quedaban, uno se comió un bizcocho. No me quedan más que ocho... ¿Un bizcocho?, se preguntó Vicenta. Qué rima más tonta. Qué mentecata puede llegar a ser la rima... Aquella cancioncilla, la de los diez negritos, se la había oído tararear a sus nietos muchas veces.

En inglés, en francés, en castellano, el único idioma que ella entendía, y hasta en alemán. Y en distintas versiones. Con negritos. Con indios. Indios americanos. O con diferentes animales. Aunque siempre se trataba de niños. Churumbeles, mocosos, cachorros o crías que no aprendían con la experiencia. Con los reveses. Como tantos adultos. A Vicente, el tercero de mis hijos, siendo muy joven, un médico le vaticinó que se quedaría ciego. ¿Vaticinar? Los médicos diagnostican. Pero aquel, cual hechicero, vaticinó. Y poco a poco Vicente se volvió cada vez más receloso. Y para colmo, durante la Segunda República le acusaron de desafección al Régimen y tuvo que pasar una temporada en la cárcel. En la prisión de Duque de Sesto. Y se volvió aún más huraño, por no decir lunático. Y, como no se quedaba ciego, dejó de confiar en los médicos y empezó a automedicarse. A hacerse purgas un día sí y otro también. No se casó. Tampoco tuvo hijos. Marchó él también al norte de África, de donde un buen día regresó con un chacal.

Y desde entonces todas las tardes, con su monóculo y su uniforme, Vicente lo sacaba a pasear. Por la ciudad de Albacete, en la que estaba destinado. Como si fuera un perro. Los chuchos en el parque de los Jardinillos olisqueaban a la fiera, gruñían al verla y se alejaban con el rabo entre las patas y el lomo erizado. Hasta que un día no hubo más remedio que matar a aquel bicho, porque dejó de comportarse como un sabueso normal y corriente. En una de las raras visitas de mi hijo a Madrid aquella bestia africana a punto estuvo de atacar a uno de mis nietos, uno de los hijos de María del Carmen. Poco después de que sacrificaran a su mascota, Vicente sintió una tarde unos fuertes dolores en el estómago. Se tomó una de las botellas de agua de Carabaña que siempre llevaba consigo, porque decían que era un purgante milagroso, y solo, como vivía, se fue al hospital por su propio pie. Sin mucha esperanza en los doctores que pudiera haber allí y al borde de sus fuerzas. Murió en la sala de operaciones. Tan solo y miserable como un chacal.

De los ocho que quedaban, de los ocho que quedaban, cantó Vicenta, uno se metió en un brete. No me quedan más que siete... Vaya lío. ¿Cuál es el del brete? ¡Vicente! Lo del aprieto o apuro parece poca cosa para calificar lo que le ocurrió, aunque es cierto que durante toda su vida se fue metiendo en un brete tras otro. Nadie en la familia habla de su muerte. Como tampoco de la del teniente Manuel. Ni de la de los hijos de Rogelio. La muerte es un tabú.

Nadie en la familia habla de ella, pero yo no pienso en otra cosa. Y la muerte está siempre en mis ojos. Ni Rogelio ni su mujer quieren venir nunca a las celebraciones familiares. Ni en Nochebuena o Navidad, ni en los cumpleaños y aniversarios. No me extraña. Para no ver a los retoños de los demás. ¿Alegrías? Los hijos, hasta los mejor intencionados, no dan más que disgustos. Las chicas, por suerte, suelen ser mucho más tranquilas. No tienen que ir a la guerra. Solo parir. Parir un hijo detrás de otro... Como había hecho ella misma. Más de una mujer muere en el intento, masculló.

Pero, por suerte, a ninguna de mis hijas le ha ocurrido esa desgracia. María Teresa solo ha tenido un hijo. María del Carmen, cuatro. Tres varones y una niña. Aunque también perdió a unos cuantos antes de que nacieran. Como me ocurrió a mí... Vicenta bajó la vista y contempló la jeringa. De color azul y muy delgada, esperaba sobre la mesilla en su estuche metálico, en el que se hervía junto a las agujas. Había que afilar antes la punta con una especie de lima. La pistola requiere un entrenamiento diario, bisbiseó. Un buen tirador, para no perder mano, efectúa todos los días al menos tres disparos. A un naipe adherido a una pared a treinta pasos de distancia, por ejemplo... Pero a ella cada día le temblaba más el pulso. Hay que practicar con un blanco móvil, prosiguió en un murmullo. Y, metiendo la mano en uno de los bolsillos de su falda, acarició un objeto que guardaba en su interior. Después siguió pasando revista a sus soldaditos, posponiendo así un poco más el momento del tiro. Que esperen la aguja y la insulina.

Antonio, el más pequeño de todos, le da al frasco de lo lindo y un día en una de sus cogorzas se cayó por las escaleras del submarino en el que prestaba servicio y se rompió la nariz. Desde entonces en Marina le llaman el Chato Torres. De los seis que me quedaban, de los seis que me quedaban, uno se rompió el hocico. No me quedan más que cinco... Aquella rima sí que se ajustaba a la realidad, que por una vez no había sido tan cruda. Antonio se casó con una mujer que bebe aún más que él, Sara, hija de escoceses, y juntos van de melopea en melopea. No es para menos. La vida a menudo se comporta como una puta. ¿Qué has dicho, Vicenta?, se dijo Vicenta. Como una puta. Sí. Accidentes, enfermedades, trastornos, catástrofes, muertes, tragedias y miserias de la peor calaña esperan en el camino. Agazapados en cada recodo para asaltar al más iluso de los idealistas. A tantos idiotas. Como yo. A tantas madres. Y a tantos padres. Antonio y la hija de los Malcolm tienen seis hijos y pronto sabrán lo que es sufrir. ¡Anda!

Pero si me he saltado a uno de mis soldaditos. A uno de mis negritos. ¿O eran ositos? ¿O perritos? ¿O cerditos? Yo tenía siete angelitos, improvisó. Yo

tenía siete angelitos... Aunque enseguida recordó la rima que correspondía al número siete. De los siete que quedaban, de los siete que quedaban, uno se tragó un ciempiés, no me quedan más que seis... ¡Nadie se muere por eso! Qué tontería de canción. Marcial está vivo. Es el cuarto en la lista de mis cachorritos. El cuarto por orden de nacimiento. Y está casado con una asturiana muy simpática. No tienen hijos y él ha conseguido un buen puesto en el Ejército. Un puesto tranquilo, bien pagado y que le permite vivir muy cerca de Madrid. El guapo Marcial, le llaman en el campamento de Instrucción Premilitar Superior, la Milicia Universitaria, que dirige en La Granja. El Robledo. Marcial va antes que Antonio. Antes también que las chicas, María del Carmen y María Teresa, aunque ellas en ningún caso entran en esa marcial brigada. Marcialín, honra y prez de la casa, repitió Vicenta.

Las palabras que su hijo escribiera en el reverso de aquella postal. Una simple frase, que no decía gran cosa. Cuando tanto se esperaba de ella. Tal vez ocultaba mucho. Ay, Manuel, se lamentó otra vez, y se puso a calcular con los dedos. Se había olvidado también de las tres criaturas que se le habían muerto sin haber vivido apenas. De los cinco que quedaban, de los cinco que quedaban, una se murió en el parto, una se murió en el parto, no me quedan más que cuatro... Sí. Había perdido a dos niñas muy seguidas. Tantos meses esperando, susurró, tanto tiempo con la carga encima, para no ver más que un muerto, en lugar de un recién nacido. De los cuatro que quedaban, de los cuatro que quedaban... Vicenta dudaba cómo seguir, aunque enseguida supo cómo hacerlo. De los cuatro que quedaban, de los cuatro que quedaban, una se ahogó al nacer, no me quedan más que tres. También María, que vino al mundo unos años antes que María del Carmen y María Teresa, se murió a los pocos años de tifus. Y por eso, ellas dos llevan su nombre.

María. Qué enfermedad más horrible, se compadeció Vicenta, y volvió a ver a la pobre niña con el pelo corto. Como si fuera un chico. Y sus ojos tristes. Qué lástima daba verla. Y yo todo el día lavando su ropa y sus sábanas. Venga a lavar. Y a lavar. Aquella era una enfermedad inmundada. Una enfermedad de pobres. A los que los camilleros se llevaban a la Casa de Socorro corriendo por las calles. O en un coche del Laboratorio Municipal. De los tres que me quedaban, de los tres que me quedaban, una se murió de tos, no me quedan más que dos... No, se dijo pensativa. Y se llevó una mano al mentón. No me quedan solo dos. Menudo lío me estoy armando con la dichosa canción. Con razón la utilizan para enseñar a los niños a contar en el colegio. Y con razón la adaptó Agatha Christie para enredar la intriga de su célebre novela policiaca. Estoy tonta. Me quedan cuatro. Cuatro hijos. Dos

mujercitas y dos soldados. María del Carmen, María Teresa, Marcial y Antonio. Cuatro ángeles. Solo cuatro de mis hijos siguen en el mundo.

Después de haber estado yo preñada nada menos que diez veces, después de haberme pasado la mitad de mi vida embarazada y dando a luz y criando criaturas y mi marido trabajando sin parar y yo también, después de todo eso, no me quedan más que cuatro... Vicenta metió la mano en el bolsillo de su hábito y sacó la tarjeta postal en la que aparecía Manuel de uniforme pocos días antes de caer en combate. Triste epitafio de otros tiempos, masculló. De una vida demasiado corta. Hoy casi tan solo una lápida de piedra llena de polvo y de mugre en la zona militar del cementerio español de la ciudad de Tetuán hablará del joven teniente de los ojos verdes que yace bajo una cruz manchada de líquenes amarillos y anaranjados en una tierra que no es la suya. Una cruz sencilla. En una tierra oscura, sedienta, en la que apenas crece algo más que la cerraja, que enseguida se quema por el sol que cae a plomo sobre el suelo, y en la que las siluetas erguidas de los cipreses deben de impresionar aún más que en otros camposantos.

Legión extranjera, se lee en una divisa que parece un banderín sacudido por el viento, aunque se trate de una divisa de piedra y de una corriente de aire ficticia. Una divisa esculpida sobre la estela. Teniente D. Manuel Torres Menéndez. Muerto gloriosamente en Buharrat el día 29 de junio de 1921. ¿Gloriosamente? ¿Qué demonios significa eso? Otra vez el lenguaje cóncavo de las calaveras... Vicente, mucho tiempo después, le había traído una fotografía de la tumba. Ella no había podido ir hasta allí para verla. Como tampoco Rogelio. Tampoco su padre había podido ir allí. Otras muchas sepulturas en aquel cementerio no serían ya más que sucios mojones blancos. Como hileras de lechos mortuorios en un hospital de campaña. Sin inscripción. Sin nombre. Sin fecha. Solo acercándose mucho se podrían ver aún las marcas de las letras y de los números. Fantasma de toda una vida. De tantos esfuerzos y de tantas privaciones. Y las manchas que habría ido dejando sobre ellas la podredumbre de la escasa vegetación.

Fósiles de otra vida, casi mineral. Al menos la losa en el túmulo de mi hijo conservaba la leyenda completa cuando su hermano Vicente anduvo por allí con su cámara de fotos. En los años veinte y treinta una calle en Carabanchel llevaba su nombre, el nombre del teniente Manuel Torres Menéndez, pero poco después se la quitaron. Primero, la vida. Luego, la calle. Y dentro de nada, la voz y la memoria. Porque pronto no quedará nadie en esta tierra que le haya conocido. No quedará ningún rastro de él. De su vuelo. Tal vez tan solo este retrato de un joven de uniforme con unas botas

magníficas. Esta fotografía que mi nieta a veces me roba para llevarla al colegio y mostrarla con orgullo a las amigas. ¡Mira qué guapo!, dirá. Era mi tío. Murió en el Rif. En África... El retrato de un ángel caído, musitó Vicenta, bajando la vista. Lo miró bien. Una vez más. Lo había contemplado ya tantas veces. A lo largo de todos esos años. Se podía decir que se lo sabía de memoria. Y, sin embargo, siempre volvía a observarlo con mucha atención.

Con la esperanza de descubrir algún detalle nuevo. Por minúsculo que fuera. Examinaba siempre la postal, una y otra vez, buscando su voz, aquella voz que no podría volver a escuchar jamás. El teniente en la imagen que tomó el fotógrafo Beringola pocos días antes de su muerte tenía la boca cerrada, los labios pegados. Ni siquiera sonreía. Como corresponde a un militar, afirmó Vicenta. Y cerró los puños, orgullosa. Los soldados no sonríen, por muy gallarda que sea su postura. O tal vez por eso. Para que lo sea aún más. Mi hijo en la imagen tiene la barbilla levantada. La mirada en lo alto. Y sus ojos verdes, como un par de aguamarinas, parecen brillar de tan claros como eran. Echar chispas. ¿Satisfecho de vestir ese uniforme? ¿O ese fulgor cristalino fue el fruto de un presentimiento? ¿El horror frente a la muerte en los dos bandos? Manuel había enviado una copia a sus padres y otra a su hermano Marcial. No eran idénticas. El fotógrafo sin duda quiso corregir algunos detalles. Un pliegue en la alfombra. Y la figura.

La figura del soldado en primer plano, que en una de las instantáneas aparecía ligeramente torcida. Dime algo, Manuel, murmuró la madre. Dime algo, por lo que más quieras. Y Vicenta imaginó que su hijo le hablaba. La canción es infinita, madre. La canción es infinita una vez que todas las madres del mundo se ponen a cantarla. No hay rimas suficientes... Manuel volvía a hablar. Por fin. Después de tantos años. Después de más de dos décadas. No hay rimas suficientes. Ni es posible referirse a números tan largos como el de todos los hijos muertos en los campos de batalla. Tú lo sabes. Como lo supe yo en cuanto llegué a aquellas tierras... A Vicenta aquella voz que ya no podía escuchar más que en su interior le dolía como ninguna otra. Más que la de sus tres niñas muertas, más que la de su marido Rogelio, más que la de su hijo Vicente o la de sus dos nietos muertos durante la guerra, Rogelio y Eugenio. No quedará nadie. Ni nada. Al ángel que yo tenía, volvió a cantar. Al ángel que yo tenía, una bala le partió el corazón.

Yo ya no tengo fe ni perdón... Y, murmurando aquella cantinela, se volvió a mirar a un lado y a otro. Yo ya no tengo fe ni perdón... No había nadie tras el respaldo de su asiento. Nadie detrás de la otra butaca. Nadie tampoco agazapado y con la espalda pegada a la pared, conteniendo la

respiración, junto a alguno de los aparadores en los que se guardaban la vajilla y la cristalería. Nadie tampoco hecho un ovillo bajo la gran mesa de caoba rodeada de sillas con medallones de bronce en mitad del espaldar que ocupaban el centro de aquella amplísima habitación. Allí el menor de los hijos de María del Carmen hasta hacía unos años solía esconderse con el azucarero de plata, convencido de que se volvía invisible, porque se tapaba los ojos con las dos manos y no podía ver a los demás. No veía los pies de su padre, de su madre ni de sus tres hermanos, que se movían a su alrededor, aunque escuchaba las voces de aquellas piernas que le llamaban, riendo, jugando a hacer que no le veían, que le buscaban. Vicenta sonrió al recordarlo.

Allí Toño, el que lo chupaba todo, embobado con la figura de una paloma que coronaba la tapa del azucarero y acariciando las iniciales que, entre filigranas, aparecían en el platillo, J V, sin saber a quién correspondían, se comía todo el contenido. Los deliciosos cristales que crujían bajo sus dientes. El dulce producto, gracias a cuya explotación, entre otras cosas, todos ellos aún viven como viven. Pero eso ni él ni sus hermanos lo saben. Como no deben de saber de quién son esas iniciales ni qué representa esa paloma, por más que se trate de uno de sus bisabuelos, el comerciante. El de la hacienda en Puerto Rico. Juan Vias Paloma. Y quizá no lleguen a saberlo nunca. O no le darán importancia y lo archivarán en un rincón de su memoria. Con qué facilidad lo olvidamos todo. Hasta un niño necesita endulzar la vida. Machacar las penas y los miedos con los dientes, con los puños, a patadas... No había nadie debajo de aquella mesa enorme de estilo *art déco*. Como la lámpara, también de bronce, que pesaba un quintal y colgaba del techo.

Nadie detrás de ninguna de las dos puertas. Nadie, por tanto, en esa parte del pasillo ni en el recibidor. Como tampoco, se dijo, junto al gabanero sobre el que se echan los abrigos y las gabardinas y se dejan los sombreros al entrar y del que se recogen al salir. Ni en el despacho, con su biblioteca, un poco más allá, donde mi yerno antes de enfermar solía reunirse con ese escolapio hermano de su madre, el padre Ignacio, que firma sus artículos con los nombres de Diógenes o de Inocente Lacruz y al que hace tiempo otorgaron la encomienda de Alfonso X el Sabio. Y con aquel médico comunista, que solía venir a comer con su mujer, a la que él traía ricos regalos de sus viajes, como un pañuelo finísimo de hilo que compró en Suiza y que ella columpiaba siempre en la punta de los dedos de una mano en sus visitas, hasta que un día el chacal de Vicente lo pilló por el aire y se lo zampó... Vicenta se echó a reír. Ah, y el judío ese que venía a departir con él, siempre con su Atlas bajo el brazo. Koplowitz se llamaba. Sí. Ernesto.

Juntos estudiaban en los mapas los avances de los aliados. Los distintos frentes de la guerra. Yo ya no tengo fe ni perdón, salmodió, agarrada a la medalla que siempre llevaba prendida en el hábito de color café. En oro y esmaltes aparecía allí un castillo rodeado por la inscripción SUFRIMIENTO POR LA PATRIA, una cadena y una corona de laureles. Colgaba de una cinta negra con un fino pasador en la que se podía leer la fecha de la caída sufrida. Hacía solo dos años que le habían otorgado el derecho a percibir mesada por la muerte de Manuel. Más de veinte años después. Un trozo de metal y un poco de papel. Cuando lo que hubiera querido ella es que le devolvieran a su hijo. Sus gestos. Su mirada. Su voz. Lo que habría querido también su padre, que se empeñó en rechazar aquella tardía concesión. Pobre Rogelio, farfulló Vicenta e, inclinándose hacia delante, cogió la jeringa, hundió la aguja en el botecillo de la insulina, llenó el tubo tirando del émbolo hacia ella, se remangó la falda y de un disparo se administró la dosis.

Después miró una vez más a un lado y a otro y, al comprobar que seguía sola, que ninguno de los chicos andaba por allí, como tampoco María del Carmen, sacó del otro bolsillo de su hábito una pequeña pistola de níquel con las cachas de nácar en la empuñadura. Una pistola semiautomática, ligera, un poco anticuada, pero en perfecto estado, que parecía de plata y relumbró por el aire. Con ella en la mano, Vicenta se levantó, agarrándose a uno de los reposabrazos del butacón, y después de puntillas atravesó el comedor. Entonces se oyó otra voz. Casi imperceptible. Aunque iba en aumento. ¿Hablaban en la radio? ¿O lo hacía solo en su cabeza? Una algarabía de voces. ¿Qué significaba aquel triste galimatías? Vicenta no entendió ni una sola palabra de lo que al parecer querían decirle en aquella lengua desconocida. No supo siquiera si se trataba de voces masculinas o de mujer. Las voces de otras madres que no podían dormir cuando se ponía el sol. De otros padres. Una destacó de pronto sobre todas las demás.

Un largo lamento. Un alarido que escupía sílabas entrecortadas. Sin duda era una voz de mujer. La de una madre de Targuist. O de Beni Arós. De Yebala, Arcila o Xauen. Vicenta cruzó entonces, también de puntillas, el amplio y luminoso recibidor, con otro ventanal que daba al jardín, y de nuevo se detuvo un instante. Aguzó el oído una vez más y escuchó la voz de un ángel. Un batir de alas. Volvió a mirar a un lado y a otro. Toda precaución es poca, se dijo. Aunque no se ve a nadie... En aquel momento uno de los pájaros de su hija atravesó el *hall*. Un gorrión macho. Con su copete de plumaje marrón oscuro en la cabeza. Como un proyectil. De un ventanal a otro. Vicenta lo vio salir al aire libre. Manuel, murmuró. No tardaré... Siguió

avanzando, abrió la puerta principal, que por algún descuido no tenía la llave echada, la cerró tras ella y, coja como estaba, se lanzó a correr escaleras abajo. Esos dos van a oler la pólvora, iba diciendo, rodeada de sellos de colores del Estado Libre Asociado de Puerto Rico y con la pistola apuntando al techo.

Una vez más, masculló. Y por última. Esos dos van a oler la pólvora. Como me llamo Vicenta. Y también los otros dos. El conde y el marqués. Siempre con sus batines de seda. O con sus albornoces y sus sombreros panamá paseando por la playa. Los que de verdad mandan. Los que hacen negocios con los reyes. Y con los dictadores. Con quien sea. Con quien se les ponga por delante... Alguien salió al descansillo por allá arriba. Alguno de sus nietos habría escuchado el ruido de la puerta al cerrarse y habría echado a correr. Para comprobar quién entraba o se iba. Para evitar que la abuela se escapara. Vicenta imaginó su gracioso rostro entre los barrotes de hierro forjado, observándola, y redobló el paso. Morir no es tan horrible como parece, siguió recitando. No. Morir no es tan horrible como parece, si antes consigues matar a uno de esos indeseables... ¡Abuelita!, exclamó la voz de uno de los chicos allá arriba. ¡Abuelita! Vuelve... Era la voz de Manuel. ¡La voz de Manuel!, exclamó Vicenta, y a punto estuvo de detenerse.

De volver a subir corriendo las escaleras para sentarse con él un buen rato en las dos butacas del comedor y escuchar aquella voz con la que desde niño la había hecho feliz. Con sus anécdotas. O recitando las lecciones del colegio. Y con sus canciones. Y después, no mucho después, porque aprendió muy pronto a tocar el piano, acompañado por la música de otros que interpretaba con maestría. De Wagner. De Chopin. De Mozart. De Schubert. De Beethoven. O por la que él mismo componía en sus ratos libres. Había aprendido tan deprisa. Y le había enseñado tanto a ella, que tan poco sabía de música. Tenía los dedos largos y fuertes, muy varoniles. Y elegantes. Tenía unas manos preciosas. No se cansaba de observarlas siempre que le veía. Pero tras alzar la mirada y ver un rostro sonriente con el cabello negro y los ojos como el carbón asomado por encima de la barandilla, unos ojos que no eran los de su hijo, de un verde casi transparente, siguió bajando los escalones y renqueando con la agilidad de un avestruz.

Aquel otro Manuel, el que lo tocaba todo, menos el piano, y todo lo desmontaba y lo volvía a montar, relojes, lavadoras, teléfonos, secadores de pelo, lo que fuera, el mayor de los varones de María del Carmen, tenía las mismas manos. Los dedos largos y fuertes, muy varoniles. Y elegantes, aunque con la piel más oscura. Es tan responsable, se dijo Vicenta con una

nueva sonrisa en los labios. Como si a sus catorce años fuera consciente de que la responsabilidad del padre enfermo acabará por recaer sobre sus hombros... ¡Suelta eso, abuelita!, oyó que le gritaba su nieto. Son ustedes todos muy simpáticos, replicó ella, sin dejar de correr y con el arma en alto, por encima de su cabeza. Casi parecía que bajaba los peldaños de dos en dos. Con la falda aleteando en pos de ella. Al ángel que yo tenía, canturreó. Al ángel que yo tenía una bala le partió el corazón... ¡Abuelita!, volvió a llamarla su nieto desde arriba. Son ustedes todos muy simpáticos, masculló ella con su tono de voz casi inaudible. Y se detuvo, como si dudara.

Son ustedes muy simpáticos, repitió una vez más, y sonrió hacia arriba. Pero yo me tengo que ir. Manuel, ángel mío... Y, poniéndose otra vez en marcha, su dedo índice se crispó sobre la luna nueva del Colt.



A mi queridísimo hermano Marcialín,
honra y prez de la casa...

(Foto J. Oriol Beringola, Tetuán, junio de 1921).

Las tribulaciones de María del Carmen

Los curas huelen, mejor dicho, olisquean en el aire, en los vestidos o en las miradas de los demás, circunstancias y pormenores que otros mortales ignoramos... Hablaba sin prisa, escogiendo las palabras con cuidado. Daba vueltas y rodeos en torno a cada expresión y parecía que las cazaba a lazo, empeñada en evitar ciertos sonidos. Tal vez porque no prestamos la debida atención, prosiguió. O porque simplemente carecemos de su divina clarividencia... La hija escuchaba con gusto, sonriendo. Aun así, añadió María del Carmen, a la mayoría les gusta preguntar. Confirmar lo que sospechan con solo echar un olfateo. Tienen muchos de ellos algo de psicólogos, aunque aún más de cotillas, entrometidos e intrigantes... Mari Carmen se echó a reír. Con ganas. Hija, ¿te has desarrollado ya?, le había preguntado a ella un sacerdote cuando se fue a confesar una mañana de domingo no mucho después de que su padre enfermara de una tuberculosis que, tras más de una década en diferentes sanatorios de la sierra, acabó siendo mortal.

Aquella consulta tan poco acertada por parte del eclesiástico había hecho que su fe, no demasiado firme, porque quienes al fin y al cabo la apuntalan son los progenitores, y los suyos no tenían lo que se llama vocación evangelizadora, quedara maltrecha y se tambaleara, amenazando con desplomarse. No había caído, hecha añicos, porque entonces ella aún era muy joven, casi una niña. Pero años después un capellán se atrevió a internarse por los recodos de otro interrogatorio que no contribuyó a mejorar la cuestión. Hija, ¿tienes novio?, había inquirido aquel hombre ensotado desde las sombras del confesonario, con un brazo sobre el abdomen, sin que en la oscuridad se pudiera saber lo que hacía con él, si es que hacía algo, y la otra mano relajada ante la frente, con lo que los dedos, como una segunda rejilla de madera, una celosía de falanges, ocultaban casi todo su rostro. Ella había respondido con educación. Sí, Padre... Y rápidamente el vicario de Cristo se había animado a lanzar una batería de preguntas.

Una ristra que fue la gota que colmó el vaso de la indeterminada fe de Mari Carmen y que la llevó a evitar de forma definitiva aquellas cumbres del espíritu. Y dime, hija mía, cuenta, ¿qué te hace por debajo de ese vestido tan bonito? Y, ¿dónde? Di, hija. ¿Dónde te...? Cuéntamelo todo. ¿Te levanta las faldas? Y cuando te besuquea, porque seguro que te besa con ardor y con vehemencia, ¿te introduce la...? La joven sintió que se mareaba, pero consiguió ponerse en pie y echó a correr hacia la salida, dejando atrás el reclinatorio y a aquel individuo con hábito negro y voz melosa. Y en cuanto llegó a casa abrió cajones y armarios, tiró su velo, el rosario y el misal y a partir de aquel día los domingos por la mañana se dedicó a pasear y a tomar el aire. Como sus hermanos, que, poco después de recibir la primera eucaristía y con la aquiescencia de su padre, un ateo convencido que acabó por inocular el escepticismo a todos y cada uno de los miembros de su familia, hacía mucho que no frecuentaban las madrigueras de la religión.

Pero ahora Mari Carmen se quería casar y solo lo podía hacer por la Iglesia, de modo que catorce años después de aquella primera experiencia con el clérigo metomentado y unos diez de la segunda con el rijoso, cuando era obvio que se había desarrollado, y no tanto que su prometido se aprovechara de ello, no tuvo más remedio que dirigirse a una parroquia, la que le correspondía por domicilio, para concertar la fecha del evento gracias al cual el novio podría excederse con el beneplácito de toda la corte celestial. La madre seguía siendo de una hermosura explosiva, a pesar de los años que había cumplido. O tal vez resultara aún más escandalosa por eso, porque a su edad aquel esplendor empezaba a ser una auténtica rareza. Y porque al fin, tras guardar luto por su marido y hasta hacía muy poco por Vicenta, su madre, aquejada de diabetes, a la que con su hermana María Teresa había cuidado durante mucho tiempo, podía volver a vestir como le gustaba a ella, tan aficionada al atavío y la compostura.

Y salir a la calle a pasear durante horas y horas. Ahora, mientras se arreglaba para ir a la iglesia, mirándose en el espejo de cuerpo entero que tenía en el baño, un cuarto de baño con una ventana como la vidriera de una basílica, más apropiada para el balcón de un dormitorio o de una sala de estar que para el de un simple aseo, que, por otra parte, parecía un atrio, y mientras recordaban aquellos episodios del pasado sufridos por la más joven al pie de algún locutorio de la cristiandad, María del Carmen comentó: Yo todavía estoy curiosa... La hija de nuevo se echó a reír. Tanta coquetería, para nada, pensó. Solo le importan sus hijos y estar guapa, porque en cuanto se le acerca un hombre y le hace un requiebro, ella, tan complacida como azorada, mueve

las pestañas a toda velocidad, como si fueran las alas de una mariposa en pleno vuelo nupcial, y sale huyendo de estampida. En aquel momento su madre fue a dejar el peine y se le cayó al suelo. Te noto nerviosa, mami, dijo la joven. Y rápidamente se agachó para recogerlo.

No será por la boda, ¿verdad? María del Carmen se giró. Y la miró a los ojos. Aunque enseguida se volvió otra vez hacia el espejo para repasarse los labios de un rojo arrebatador. El jilguero que ahora tenía amaestrado se posó sobre la barra y ellas dos sonrieron. Uy, se dijo sorprendida Mari Carmen. Hoy no se pone su color de siempre. Ese rosa salmón o coral chino que hace juego con el de su famosa laca de uñas. El Duragloss Camelia. Vamos a tener problemas... Pero ya que lo dices, advirtió de pronto su madre. Piénsalo bien. Aún estamos a tiempo de cancelar la boda... ¿Cancelarla?, exclamó con la boca y los ojos muy abiertos la hija, que se acababa de acercar al ventanal, uno de los muchos balcones de aquel magnífico piso en la quinta planta del número 10 de la calle de Hermanos Bécquer. ¿Qué dices, mami?, añadió. Y miró hacia abajo. Por cierto, está ahí el viudo que te hace la calle... Un hombre vestido de negro con un sombrero también de luto recorría la acera hacia un lado y hacia el otro con la esperanza de ver a la madre.

Y cuando ella aparecía abajo, se paraba en seco y se quedaba mirándola, aunque nunca se acercaba. Ni le decía nada. Tan solo levantaba el sombrero y después la seguía un rato a bastante distancia. ¡No te asomes por ahí!, suplicó María del Carmen. Haz el favor... La hija cerró las dos hojas y los cristales refulgieron en el aire. Hacía ya dos décadas que una mañana un miliciano había encañonado a su padre cuando salió por ese mismo ventanal dispuesto a fumar un cigarrillo. Y no le voló la cabeza porque el tendero del ultramarinos de abajo, al verle, se puso a dar voces. ¡No dispaes! ¡No dispaes! Es de los nuestros... Poco después de aquel incidente habían abandonado el país para pasar los meses o incluso los años que durara la guerra lejos. En Puerto Rico. ¿Es que no te gusta?, preguntó. La madre guardó silencio unos segundos, aunque enseguida volvió a la carga. ¿Y tú qué le has visto? No necesitas casarte con él... Pero, mami, protestó Mari Carmen mientras avanzaban juntas por el largo pasillo hacia la puerta principal.

No había allí bronces, ni tupidos cortinajes o molduras barrocas como en la mayoría de las casas de sus conocidos. Predominaba el blanco, con pinceladas de colores alegres. María del Carmen, tras la muerte de su marido, había decidido renovar el mobiliario. No solo es muy apuesto, respondió la hija, buscando justificar lo que tal vez no tenía explicación alguna, mientras cerraban la pesada puerta de caoba, dejando atrás, en el *hall*, un cuadro en

tonos verdes, azules y blancos, una escena casi cubista, de un joven pintor panameño. Un promontorio cubierto de pequeñas casas blanquísimas arracimadas y calles muy estrechas, abrazado por las olas, en las que unas manchas que representaban barcas de pescadores parecían cabecear suavemente, y un cielo sin nubes. La ciudad de Ibiza desde el mar. Ya no estaba allí el retrato de la niña Pepita, de cuerpo entero, con la pulsera en la que en miniatura se podía ver la efigie de su difunto padre, Juan Vias Paloma. Con pelo de verdad. Hecho con hebras de un mechón del fallecido.

Tampoco el de su madre, Isidora Ochoteco, que lucía en la muñeca el mismo brazalete. Aquellos dos lienzos que a María del Carmen, viuda ahora de otro señor Vias, siempre le resultaron siniestros los había acogido en su casa de Madrid otra rama de la familia, los descendientes de Catalina Vias Ochoteco, hermana de su suegro, Juan Francisco. Catalina se había casado con un médico, José Elías Herrero, conocido por su intensa labor de vacunación contra la viruela tanto en Río Piedras como en la capital de Puerto Rico, a la que se fueron a vivir en 1890. Hacía ya sesenta años que Catalina había muerto. Tres días después que su madre, Isidora. Y poco antes de cumplir los cuarenta. Del corazón. Dos años después de perder también ella a una hija. A los diez meses de nacer. Su benjamina. Una hija a la que había puesto el nombre de su hermana Pepita, muerta en San Juan de Puerto Rico a los nueve años. Y a la que enterró también en Santa María Magdalena de Pazzi. Josefa Juliana Elías Vias, San Juan P. R., 1894 – San Juan P. R., 1894.

María del Carmen tenía un gusto raro para la época y, más aún, para su edad. No quería que su piso pareciera la casa de un sepulturero. O una iglesia, llena de estampas mortuorias. De retratos de niños muertos con nombres que parecían una maldición. O de personajes de aspecto solemne, como Ysidora, que aparecía vestida con capas de ropa tan espesa y tan oscura que apenas se le veían unos centímetros de piel. Quería luz. Mucha luz. Y ventanas llenas de vida. Y pájaros entrando y saliendo por cada una de las habitaciones. No solo es guapo, insistió Mari Carmen, mientras pulsaba el botón en la reja de la jaula del ascensor que subía y bajaba por el hueco de la ancha escalera de mármol blanco decorada con el sello del Estado Libre Asociado de Puerto Rico en las vidrieras de los ventanales en cada una de las seis plantas. En el tramo de escalones entre piso y piso. Dentro de un círculo de color verde, acostado sobre un libro rojo, aparecía un cordero blanquísimo, que sostenía entre las patas delanteras una bandera plateada.

Sobre él, se veían el yugo y las flechas y las iniciales F e I coronadas. Alrededor, un par de castillos de color gualda, dos leones rojos, dos cruces

potenzadas rojas y más banderines. Y bajo el cordero, una inscripción. *Joannes est nomen ejus*. La luz del sol, que en aquel momento brilló con energía, hizo fulgurar aún más los colores de los cristales. Un arco iris de centellas verdes, rojas, blancas y amarillas cegó a ambas mujeres. Es médico. Y dicen que se convertirá en un gran especialista. Y campeón de atletismo. Sabe tocar el violín. Y habla idiomas. Inglés, francés, alemán... ¡Y tagalo!, clamó su madre. No digas más... Abrieron la portezuela y montaron en el receptáculo de madera y cristal. Ahora sale lo bonito, pero cuando estéis casados aflorará lo peor... No lo dirás por papi, objetó la hija. No. Tu padre era un caballero. Un poco celoso, pero... Interrumpió la frase. Y en el espejo que cubría la pared del fondo, sobre un banquillo de madera forrado con cuero de color verde oscuro, María del Carmen pasó revista a su figura.

No podría hacerlo en la iglesia. Allí no habría escaparates. Pero ¡era un hombre!, concluyó. Acababa de recordar sus siete embarazos. Tres pérdidas. Una de ellas de mellizos. Aunque insisto, concretó. Era un caballero, al que le gustaba hacer el bien, cosa que aprendió de su padre, tu abuelo Juan Francisco, y de su tío Julio... Modesto, el portero, salió de su urna de cristal, abrió la reja del ascensor y, tras saludarlas, las escoltó por los escalones de mármol que salvaban el último desnivel. Ya no quedaba allí huella alguna del obús que había caído al inicio de la guerra. Salieron a la calle y Modesto detuvo a un taxi. No me convence, insistió ya en el interior la madre. Vamos al número 10 de la calle de Joaquín Costa... El taxista arrancó y se metió por la de López de Hoyos. Sospecho en él... No lo dijo. Presentía en su futuro yerno... No. No. Con sus palabras, aunque no las dijera. Una tendencia a la agresividad y al contubernio que podrían desatarse en cuanto estén viviendo juntos. En cuanto se le pase el enamoramiento.

De los primeros meses. O, siendo más optimistas, de los primeros años... La hija guardaba silencio. Hacía tiempo que intuía que a su madre no le entusiasmaba el hombre que había escogido. Estoy muy enamorada. Y me quiero casar. Con él, añadió cada vez más resuelta. Y me hace tanta ilusión seguir viviendo aquí, en Hermanos Bécquer. Podremos salir todos los días a pasear juntas... Entonces las hijas de clase media o alta no estudiaban ni pensaban en tener que trabajar. Cuando empezaban a cumplir años quedaban a merced de la propia familia, si no se casaban, o del marido, si habían encontrado un novio que las llevara al altar. La mayoría buscaban un buen partido. Pero María del Carmen prefería que su primogénita dejara escapar al que era la envidia de sus amigas. Quería para ella un hombre recto, bondadoso. No un botín de guerra que se disputaran todas las mujeres nada

más verlo. Compáralo con tu hermano mayor... Mi hermano es insuperable, admitió Mari Carmen. El Gary Cooper madrileño.

Pero no me puedo casar con él... De pocas palabras, juicioso, varonil y muy inteligente, su hermano Manolo se parecía al actor norteamericano sobre todo en la forma de andar. Lenta, reposada. Tu hermano es mejor, se apresuró a decir la madre. Mucho mejor. Porque, entre otras muchas cosas buenas, no se dedica a posar ante las cámaras ni va detrás de cada falda con la que se cruza... Ya te lo he dicho, mami. No me puedo casar con él. Ni tú, bromeó la joven, burlándose de la devoción de su madre por el mayor de sus hijos, que llevaba el nombre de su hermano Manuel, muerto en el Rif hacía ya casi treinta y cinco años. Y el de su padre, claro. El coche abandonó la calle de López de Hoyos y enfiló la de Serrano. María del Carmen, que miraba por la ventanilla, se tapó los ojos con las dos manos. A toda velocidad. Aún veo los cadáveres, murmuró. Al principio de la guerra había subido cada mañana aquella cuesta muy temprano con la intención de comprar leche en una vaquería. Para Toño, el más pequeño de sus hijos.

Con su brazal blanco, en el que resaltaba la bandera de Cuba, el salvoconducto, sujeto en el antebrazo con automáticos. Y casi cada día había visto algún cadáver tendido en la calle. Una mujer en camisón. Dos viejos en bata cogidos de la mano. Habitantes del barrio de Salamanca. Y de la colonia de El Viso, que se empezó a construir poco antes. Muchos habían huido. A Francia. A Alemania. A Italia. Y ellos se habían ido al puerto del Havre para coger un paquebote que les llevó a Nueva York y allí un barco de vapor hasta San Juan de Puerto Rico. Pero otros no tuvieron más remedio que quedarse. Los sacaban de su cama por las noches, balbuceó, bajando las manos despacio. Como si temiera volver a ver los cuerpos con la ropa revuelta y manchada de sangre tirados en la acera de cualquier forma. Y les daban matarile. Qué época más tenebrosa. Y esta posguerra también... Ya habían entrado en la avenida de Joaquín Costa y se podía ver la iglesia. ¿Tendré que comulgar?, titubeó Mari Carmen, sumida en sus propias cavilaciones.

¿Hoy?, preguntó la madre asombrada. No. Hoy no. El día de la boda. ¿Qué hago? Tú te comes eso, resolvió María del Carmen, mientras pagaba al conductor. Como si fuera pan, que al fin y al cabo es lo que es. O una galleta... El flamante novio, con la piel tostada de tanto practicar deportes al aire libre, consciente de su atractivo, al parecer irresistible para la mayoría de las representantes del otro sexo, esperaba con su padre, otro suizo con buena planta, aunque no tan esbelto, en lo alto de la escalinata de la parroquia. Una de las piernas de la madre de la novia, espectacular y muy bronceada y

calzada con un bonito zapato de tacón, asomaba ya fuera del vehículo. En su piel, como en la cola de una ondina, centelleaban los colores del arco iris. Los dos hombres descendieron para salir al encuentro de las mujeres. Vestían de traje y corbata. La madre, cogida del brazo de la joven mientras cruzaban la avenida, alzó la vista para contemplar el edificio con su cúpula de ladrillo y la linterna, semitransparente, que apuntaba al cielo.

Tiene algo de colmena, pensó al ver las celosías de cemento en el tambor de la cúpula y en el tronco de dos templetes circulares que le servían de pórtico. Los orificios parecen hechos para que entren y tal vez no salgan las abejas... Menudo par de bestias apocalípticas, murmuró. ¿Qué quieres decir, mami?, preguntó, sobresaltada, la hija, temiendo que se refiriera al novio y a su futuro suegro. A los dos ángeles de ahí arriba, repuso la madre. Y señaló las figuras de metal casi negro con alas como pinchos que asomaban por encima de la fachada. No se puede decir que su aspecto sea muy acogedor... Clavó la mirada después en su futuro yerno, que ya estaba casi a su altura. Qué soberbio, pensó. Como el marqués de Villaverde. Cirujano, con aires de conquistador y aficionado al deporte. Mucho más guapo y cosmopolita, hay que reconocerlo, pero un engreído... Está disgustada, dijo el padre en aquel momento. Poco antes madre e hija habían alcanzado a oír que hablaban del bombardeo de Egipto por Gran Bretaña y Francia.

Después el más joven había preguntado por su madre. La nueva chica, informó el progenitor, le ha pedido dos tardes libres a la semana... El hijo sacudió la cabeza a un lado y a otro y chasqueó la lengua con insistencia. Algún día tocaremos el timbre, se lamentó, y no vendrá nadie. Qué tiempos aquellos en los que las criadas no sabían leer ni escribir. Cuando servían solo por cama, comida y vestido... Al padre se le ensombreció la mirada, pero no protestó. Desde luego, el amor es ciego y sordo, se dijo ahora María del Carmen, que vio confirmadas sus sospechas al oír lo que decía el que ya en secreto llamaba el yernísimo. Aún hay demasiadas que por desgracia no saben leer ni escribir. Por la boca muere el pez. Menudo bribón... Las dos parejas se encontraron al fin. El padre cogió a la novia del brazo y el novio a la madre, en cuya sonrisa emergió un rictus de fastidio, porque era incapaz de ocultar sus emociones. Juntos subieron la escalinata, disfrutando del aire cálido que les brindaba aquella mañana soleada de principios de noviembre.

La madre llevaba un traje de chaqueta entallado de color *beige* con falda tubo hasta la rodilla. Los rizos de la melena de un rubio cobrizo con la raya a un lado caían en cascada sobre sus hombros, lo que daba a sus ojos verdes un aire aún más felino. Claro que la nena, se le ocurrió. Y miró de reojo a su hija,

en cuanto se despierta toca el timbre para que alguna de las muchachas vaya hasta su habitación a subirle la persiana. Aunque estén en la otra punta de la casa. Ella tiene que desperezarse a gusto. Los chicos no se comportan así. La he malcriado. Se cree una princesa o una estrella de la gran pantalla o la dueña de una plantación y con este hombre va a ser una desgraciada... A ella había sido su marido el que la había enseñado a respetar a las muchachas. A tratarlas como lo que eran. Personas. A las que, como primera regla, no se las podía llamar criadas. Ni sirvientas. Debían disponer de un cuarto de baño completo. Y dormir en colchones de lana, no de corcho, como los que se les reservaban en tantas casas.

María del Carmen se detuvo e, inclinándose, trató de ajustarse uno de los zapatos rojos de tacón alto que calzaba, con pequeños orificios redondos en la punta por los que asomaban dos pares de dedos con las uñas pintadas del mismo tono succulento que lucían sus labios. Parecían hociquillos libando un refresco de sandía. O de granada. De uno de sus hombros colgaba, tejido por ella, un bolso del mismo color que estuvo a punto de caérsele hasta la muñeca. El novio intentó ayudarla. Pero ella se irguió y con gesto rápido y brusco recogió el artesanal saquito, que en su descenso se había parado a la altura de su codo. Y siguió ascendiendo. Movía las caderas al compás de los tacones, casi sin despegar una pierna de la otra. Como una gata sobre un tejado de zinc caliente. Una gata que caminara de puntillas. Había ido a ver la obra de Tennessee Williams en Broadway el año anterior. Con una amiga. Y le gustaba pensar que caminaba así. Sin rozar apenas la hojalata abrasadora de las cubiertas, aunque anduviera siempre por el suelo.

Por las calles, las avenidas y las plazas de Madrid. Gozando del sol que los hacía arder a todos. Techos, bulevares y hombres, que tampoco eran de chapa. La hija llevaba un traje de color verde musgo con algo de vuelo en la falda, que le llegaba hasta la rodilla. Y unas sandalias de medio tacón en el mismo tono. Delgada y menuda, de una delicadeza extraordinaria en las facciones y la silueta, no resultaba explosiva como la madre, pero la sobrepasaba en distinción. La suya era una belleza límpida y sosegada, más dulce, menos belicosa. Rubia, con una media melena lisa ligeramente ondulada hacia dentro en las puntas y los mechones de las sienes recogidos con un pasador en la parte de atrás, a la altura de la coronilla, tenía unos grandes ojos azules y una sonrisa preciosa. El abate, que aguardaba arriba, bajo el enorme mosaico con la consagración de san Agustín como obispo entre hornacinas de ladrillo rojo, asomó un poco más la cabeza y después el cuerpo. Un torbellino de ropones alertó al cortejo que subía las escaleras.

Una ráfaga de oros, blancos y verdes. De unos cincuenta y cinco años, alto para la media española de entonces, vigoroso y velludo, el párroco, que se frotaba las manos como si tuviera frío, no había querido quitarse la casulla después de la misa. Y desde su atalaya llevaba ya un buen rato consagrado al estudio minucioso de la apariencia de las dos mujeres, incapaz de disimular su regocijo. Sus ojos brincaban de la una a la otra. La madre es más Rita Hayworth, pensó. ¡Una mujer como Rita! ¡Una mujer como Gilda! Arrebatadoramente sensual. Delicadamente voluptuosa. Incendiaria. Y, quién sabe, tal vez dispuesta a disfrutar de todo lo que se le antoje. ¿Quién dijo que nunca hubo una mujer como Gilda? ¿Que nunca habría una como Rita? Y la imaginó con un largo y ceñido vestido de satén negro, los hombros al aire, una abertura larguísima en la falda y guantes del mismo satén hasta por encima de los codos, contoneando las caderas y los frondosos bucles de la melena en ondas al ritmo de una canción.

Put the blame on Mame... Y sacándose despacio uno de los guantes para jugar con él por el aire de un modo muy sugerente. Provocador. Como si fuera una media que se acabara de quitar. Una simple tira de tela con la que echarle el lazo a cualquier hombre que anduviera cerca y se le antojara. Echadle la culpa a Mame, chicos, canturreó el hombre en voz baja. Mame besó a un comerciante de fuera de la ciudad. Y aquel beso quemó Chicago... En España habían prohibido la película. Él sabía muy bien lo que le esperaba al que viera aquella cinta. La excomunión. Aun así, había cruzado unos días a Francia. Y se sacó un abono. Para ver la escena del guante una y otra vez. Se sabía la canción de memoria. Y hasta había escrito su propia versión en castellano. La hija, en cambio, es más tipo Grace Kelly. La había visto el año anterior en *Mogambo*. Bellísima, angelical, pero un tanto gélida para mi gusto. O al menos esa sensación da, porque tal vez sus venas rezumen fuego. Prefiero a Ava Gardner. Pura dinamita. *De gustibus et coloribus*, susurró.

Non disputandum. Y nada de ese latín macarrónico que dice *est disputandum*... El pastor iba con frecuencia al cine. Y al teatro. Sin sotana ni alzacuello. Jean Genet era uno de sus dramaturgos favoritos. Se asomó un poco más y, cegado por un rayo de sol, tuvo una nueva visión. La madre, melena al viento, caminaba por una playa descalza, aunque de puntillas, luciendo un minúsculo bikini de ganchillo blanco y unas gafas de sol enormes. Como una auténtica *pin-up*. Entonces cayó en la cuenta de que la había visto ya, no hacía mucho tiempo. Con un pantalón pitillo de color blanco, una ajustada camiseta negra de manga corta y sandalias de verano. Al más puro estilo de las turistas americanas. O de las actrices en la Riviera

francesa. En Niza, Cannes o Saint-Tropez. Y recordó a Brigitte Bardot, Lauren Bacall, Marilyn Monroe. Y la costa amalfitana. Capri, Sorrento, Positano. Sophia Loren, Monica Vitti y Virna Lisi se encarnaron en su cerebro. No solo su belleza y su figura, que calcinaban el espacio a su alrededor, le habían llamado la atención.

La figura y la belleza de esta señora que en este instante se dispone a penetrar en mi humilde santuario, se dijo, conteniendo a duras penas su fogosidad. También un detalle. Con sus sandalias planas este portento de mujer caminaba de puntillas. Como si le costara renunciar a sus tacones. O tal vez porque le parecía que al hacerlo de ese modo su figura se estilizaba, cosa que era cierta, aunque no le hacía ninguna falta. Y sigue sin hacerle falta... Y aquella forma de caminar en una hembra tan espléndida a él le había hecho perder la concentración. Qué estilo, murmuró. Qué mujer más moderna. Es... Es... ¡La abeja reina! La hija, en cambio, nunca será la reina de las abejas. Ni hinchándose toda su vida de royalactina, concluyó. Y otra vez se frotó las manos como quien se regodea a la vista de un banquete en el que se dispone a participar. *Gaudeamus igitur. Iuvenes dum sumus*. Mame una noche comenzó a contonearse, tarareó. Y eso provocó el terremoto de San Francisco. Podéis echarle la culpa a Mame, chicos.

Echadle la culpa a Mame. De todo... Solo entonces se dedicó a examinar con atención a los acompañantes masculinos. A los zánganos. Saltaba a la vista que se habían criado en la libertad de algún país centroeuropeo. En el protestantismo y la herejía. Tienen pinta de hugonotes, había pensado al verlos bajar de un suntuoso Opel Kapitän de color azul pálido con el techo blanco junto al que ahora, recostado sobre la carrocería, les esperaba el chófer, un tipo con muchos dientes, un fino bigote negro y grandes orejas que recordaba de manera colosal al rey de Hollywood, Clark Gable. Observó al novio. Es guapo. No se puede negar. Pero parece altanero, presuntuoso. En cuanto al mayor, tiene aspecto de hombre rico, con ese traje que debe de costar una fortuna. Y algo de tripa. Sin duda es un sibarita. Un *gourmet*. Un *bon vivant*. Y lo imaginó cruzando como él la frontera para ir a Francia, pero no para ver películas prohibidas en España o asistir a una función de teatro, sino para degustar patés, ostras y vinos de excelente calidad.

¿Y las obreras? Las obreras estarán en las casas de todos estos sacando brillo a los metales. Preparando ricas viandas para cuando regresen. Encerando la madera de los pasillos. Repasando los cristales de los muchos balcones que tendrán sus viviendas. Limpiando las bañeras. Trabajando como esclavas... Al fin con una voz formidable dijo: Mi nombre es Juan... Y la

breve frase sonó a sentencia. Como si anunciara: Yo soy Juan el Bautista... Acompañenme, indicó. Y se coló entre las dos mujeres en cuanto alcanzaron la plataforma de piedra en la que culminaba la escalinata y soltaron el brazo de sus protectores. Atravesaron el templo procurando no hacer ruido, aunque el tintineo de las agujitas de los tacones de la madre en el enlosado de mármol blanco con figuras geométricas de color verde, rojo y negro rebotaba en el aire luminoso de aquella nave de planta elíptica y generosas proporciones, decorada con más mosaicos, alicatados con oros y colorines, que daban al interior un aire bizantino, aunque también de hotel recién inaugurado, y coronada por una gran bóveda que parecía una estrella enorme.

El párroco abrió una puerta junto al altar y con la diestra les invitó a entrar en la sacristía. Pronunció unas palabras de recepción, frotándose otra vez las manos, y, con la vista clavada en la madre, quiso saber la edad de la novia. Su cara me suena, masculló la viuda al oído de su hija. Pero siendo un profeso es extraño. Yo no voy a misa nunca. Desde hace muchísimo tiempo. ¿Le habré visto en algún sitio que no sea un oratorio? ¿Tal vez en la calle? ¿En alguna tienda, si es que los pastores de la Iglesia católica van a hacer la compra? Mari Carmen, que desde que entraran en el templo había abandonado el puesto que el sacerdote le reservó junto a él y se colgó del brazo de su madre, le observó con atención. No le sonaba de nada. Pero la parroquia de San Agustín no se encontraba lejos de su casa. Sin duda su madre y aquel hombre habrían coincidido en algún momento. Está haciendo cálculos para averiguar la tuya sin tener que preguntarlo directamente, susurró. Y solo después respondió al del alzacuello. Veintiséis...

El hombre movió los dedos como quien hace cuentas, y no precisamente de rosario, cuando de pronto pareció quedar paralizado en un espasmo de fascinación. Hacía años que la madre estaba en pie de guerra con la jerarquía eclesiástica en pleno y con sus más devotos allegados, sacristanes, frailes, abades, cardenales, monaguillos, beatas y todo lo que se moviera con asiduidad por aquellas naves con tufillo a incienso. No hacía ni seis meses que la habían atropellado en la calle. Un Citroën dos caballos. El golpe en la cabeza al caer, justo enfrente de la glorieta de Emilio Castelar, le había producido una inflamación del tamaño y del color de una remolacha. ¡Cura tenía que ser!, gritaba cuando unos transeúntes se apresuraron a prestarle auxilio. ¡Cura tenía que ser!, exclamaba, agitando el brazo en la dirección en la que el vehículo había desaparecido. Y después a cada uno de sus familiares les había repetido lo mismo. ¡Cura tenía que ser! Y encima se da a la fuga... No los aguanto, murmuró ahora al oído de la joven.

María del Carmen había acabado por ser tan descreída como su marido, un impío que según el Concilio de Trento se estaría quemando en el infierno, pero que al inicio de la guerra había cobijado en su casa a un calasancio, el padre Ignacio Torrijos Lacruz, un erudito, profesor en las Escuelas Pías de San Fernando y descendiente del general Torrijos, aquel irreductible defensor de la libertad y la constitución frente al absolutismo. Poco pudo vivir allí el escolapio, porque, aunque el edificio estaba protegido por ser su hermana Amalia, la madre de don Manuel, súbdita de los Estados Unidos al haberse casado con un nativo de San Juan de Puerto Rico, del que enviudó en abril del 36, el portero no tardó en advertir al marido de María del Carmen de que aquel hombre debía desaparecer del inmueble. Nunca supieron si porque quiso evitar la tentación de denunciarle, cosa que solían hacer muchos conserjes y porteros en cualquier país del mundo en el que estallara una contienda o se instalara una dictadura.

O si porque sabía que alguien lo había hecho ya y, por lo tanto, tarde o temprano vendrían a buscarle para matarlo como a un perro junto a la tapia de algún cementerio de las afueras. Don Manuel, el difunto padre de la futura novia, había llevado a aquel apóstol del barrio de Lavapiés por el que tanto cariño y admiración sentía a la Embajada de los Estados Unidos y así le salvó el pellejo. Como había socorrido también a dos jóvenes monjas, haciéndolas pasar por doncellas y metiéndolas en el autobús que fletó para poder huir con toda su familia a Francia y desde allí, en barco, a Puerto Rico. ¿Qué habría sido de las falsas empleadas de hogar?, se habían preguntado después muchas veces, aunque nunca consiguieron averiguar nada. Hacía poco más de un año de la muerte del padre Torrijos Lacruz, aquel clérigo enjuto y belicoso que tanto se hacía querer. Por su don de palabra, su criterio justo y su disposición a ayudar a viudas y huérfanos, pero también por su mal genio. Y solo un poco más de la muerte del señor Vias.

Su padre de usted, ¿vive?, preguntó el reverendo, dirigiéndose a la novia, aunque volvió a clavar los ojos en la abeja reina. Está buscando datos para componer la estampa, cuchicheó la madre. No, Padre, contestó la joven. Mi padre murió hace tres años, después de pasar más de diez enfermo en hospitales de la sierra de Madrid... El Padre que no era su padre pareció perderse en conjeturas y escrutinios, bastante temerarios, porque resulta difícil, si no imposible, tratar de averiguar a qué edad se han casado un hombre y una mujer cuya edad uno desconoce por completo. Y más aún adivinar la que tiene la mujer en cuestión sin saber ni, por supuesto, atreverse a preguntar en qué año ha nacido. Ni sabiendo la del marido, porque la

mayoría de los hombres entonces se casaban con mujeres bastante más jóvenes que ellos. De hecho, el que sí era el padre de Mari Carmen había nacido siete años antes que su mujer. En Cuba. En la villa de Santa María del Puerto del Príncipe, que a partir de entonces pasó a llamarse Camagüey.

El año que se perdió Cuba. De tuberculosis, añadió la hija, adelantándose a una nueva consulta del párroco, que se volvió hacia la madre con una sonrisa meliflua, aunque teñida de un aire un tanto triunfal. La acompañó en el sentimiento, murmuró, apretándole el brazo más de la cuenta a la altura del bíceps y calibrando con evidente placer la turgente carnosidad de los músculos de la viuda. *Tanto brevius omne, quanto felicius tempus...* Y por una vez condescendió a traducir el latinajo. Al tratarse de una lisonja para ganar la voluntad de la dama, no estaba dispuesto a que se le escapara el sentido. Cuanto más feliz el tiempo, más breve. Como decía Plinio el Joven... La madre aleteó con las pestañas, abriendo y cerrando los párpados a toda velocidad. Parece el revoloteo de un par de faldas, pensó el diácono. La cabriola nupcial de dos mariposas monarca... Después María del Carmen bajó la vista, turbada. ¿Y cuántos hijos tiene usted?, preguntó él con una osadía que nadie se habría esperado de labios de un dignatario de la Iglesia católica.

Si puede saberse, añadió enseguida, consciente de su atrevimiento. No podía sospechar el eclesiástico que aquella mujer era una auténtica esfinge cuando se trataba de dar cualquier información sobre su vida privada. Jamás decía su edad ni facilitaba referencia alguna que pudiera proporcionar pistas sobre su fecha de nacimiento, hasta el punto de que, cuando tenía que rellenar algún documento, solía preguntar a su hijo mayor: Manolo, ¿en qué año nací? Porque de tanto ocultarla ya no sabía cuándo había nacido y ella misma tenía que hacer cuentas. Y si alguien se atrevía a inquirir directamente por aquel precioso dato respondía con sinuosas y coquetas evasivas. Pues, ¿qué edad tengo? Pues, ¿qué edad me echa usted? Pues, ¿qué edad voy a tener? Pues la que aparento... Y el que la interrogaba y además insistía para que respondiera con claridad quedaba para siempre proscrito de su lista de amistades. No lo sabía el presbítero, pero sin duda algo presintió con la perspicacia característica de los de su especie.

La hija guiñó un ojo a la madre, animándola a satisfacer la curiosidad del sacerdote. Los suizos observaban la escena cada vez más sorprendidos, aunque ninguno protestó. Cuatro, respondió la viuda. La chica, que es la mayor, y tres varones... Habrá sido difícil criarlos sola, contemporizó el religioso, sin duda tratando de que se explayara un poco más. Pero la mujer

no contestó. En cuanto a los helvéticos, era evidente que empezaban a perder la paciencia. Y el príncipe azul incluso se atrevió a reconvenir al clérigo. Vamos, Padre, dijo con voz de fatuo, como corresponde a un tipo convencido de que todo en él, no solo la estatura, está muy por encima de la media. Vamos, Padre, al grano... La madre, cada vez más segura de lo poco acertado de la elección de su hija, lo miró con recelo y hasta con una pizca de odio. Aquel hombre no admitía que otra persona se convirtiera en el centro de atención. Además, como corresponde a un buen partido, debía de tener mucha prisa por salir de allí cuanto antes para atender sus urgentísimos asuntos.

El parto de alguna joven a la que él mismo haya dejado encinta. ¡Qué cosas se me ocurren!, se dijo María del Carmen. O una cola de menopáusicas enamoradas de él... Y se echó a reír. No tiene gracia, pensó enseguida. El cura abrió un par de cajones. ¿Buscaba un papel en el que apuntar los datos de los contrayentes? Nombre, apellidos, edad... ¿Cómo no se le había ocurrido? Podría haber averiguado la fecha de nacimiento de la viuda invitándoles a rellenar un formulario. La miró de nuevo. No. Esta mujer no revela, así como así, en qué año ha nacido. Hasta debe de mentir... Y sacó un almanaque multicolor, en cuyas páginas, en lugar de cristos, santos y vírgenes con aureolas de oro sobre sus cabezas y largos mantos o el paño de lienzo que cubrió la desnudez de Jesús en la cruz, se veían chicas llenas de curvas de la nariz a los tobillos. Chicas con los labios rojos, la cintura estrecha, unas piernas larguísimas, tacones de aguja y, cubriendo apenas su cuerpo, una ropa diminuta de tela muy fina que parecía a punto de estallar.

Y se entretuvo barajando fechas, mientras pasaba las hojas del calendario con calma. ¿En enero? No, Juan, se contestó a sí mismo. En enero no, que es un mes repugnante para un desposorio... Y, riendo por sus propias palabras, se quedó fascinado con la stampa de Kim Novak tirada sobre una tumbona amarilla sin más atuendo que un bikini de color verde. Hasta que por fin se decidió a cambiar de página. ¿En febrero? No, Juan, volvió a responderse a sí mismo. Es otro mes repelente para subir al altar. Y otra vez se echó a reír. ¿En marzo? No, Juan, en marzo no. ¿Cómo se te ocurre? Marzo también es un mes repulsivo para contraer nupcias... Y con una sonrisa de beatitud, al tiempo que se frotaba una vez más las manos, clavó los ojos en la nueva lámina a todo color, en la que Bettie Page culebreaba desnuda en un sofá con una piel de leopardo que se le enroscaba en el cuerpo. Después alzó la vista y volvió a admirar a la viuda, mientras proyectaba destinos remotos a los que fugarse con ella. Como si regentara una agencia de viajes.

La madre había conseguido que los tres varones estudiaran cada uno una carrera universitaria, casi las tres que a ella se le habían metido entre ceja y ceja, porque siempre soñó con tener un abogado, un médico y un arquitecto. Una aventura inolvidable en África, fantaseaba el sacerdote con cara de embeleso. Besarla en el interior de una tienda de campaña o en la típica boma de Kenia, una de esas chozas circulares de barro con tejado cónico cubierto de paja, durante un fuerte temporal entre manadas de rinocerontes, cebras y orangutanes corriendo en busca de cobijo, mientras nosotros bien acurrucaditos el uno contra el otro en el interior escuchamos los chorros de agua crepitando en la lona o restallando contra las cañas del techo, además de los truenos, los yembés y los aullidos de alguna tribu de hombres, mujeres y niños con la piel negra y los dientes muy blancos. Y los latidos de nuestros corazones bombeando sangre a toda velocidad. Con las venas desbocadas en cada centímetro de nuestros cuerpos. En las muñecas.

En los codos. En... Para, Juan. No. En los tobillos, en las rodillas, en los muslos... No sigo. Bueno, sí, en la cintura... Y, después de dar unos cuantos brincos mentales por el cuerpo de la viuda y por el suyo, se vio con barba, el pelo muy largo y hasta enredado y el tronco apenas protegido por una piel de camello, bautizando a negros en un río lleno de lodo y caimanes imponentes. Tendré que llevar rifle, se le ocurrió. La madre seguía extasiada con sus hijos. El menor, que había heredado de ella el amor por el artificio y la decoración, se había marchado a vivir a la isla de Tenerife. Y allí cada año ganaba el concurso de disfraces del Ayuntamiento de Santa Cruz, embozándose bajo indumentos tan dispares como el de obelisco egipcio, un largo cartón en forma de pilar cubierto de jeroglíficos de la cima a la base, con dos aberturas a la altura de los ojos y otras dos mayores más abajo por las que salían los brazos del enmascarado, que así podía ir abriendo las puertas que encontraba a su paso y subir al podio para recoger el primer premio.

O el de cabina telefónica londinense, atavío con el que, cuando lo tuvo puesto, no pudo salir por la puerta y hubo de llamar por teléfono para que le sacaran por el balcón con gran regocijo del vecindario. María del Carmen soñaba con que como arquitecto el día de mañana proyectara y erigiera obras tan singulares. Ella apenas necesitará ropa, se decía el preste. Y el manto de un oscuro verde azulado que envolvía a la Virgen del Pajarito colgada en la pared a pocos pasos de donde estaban ellos surgió de pronto sobre los hombros y la cabeza y entre las piernas de la viuda, cuya figura firme y turgente no aparecía cubierta ni por un par de minúsculas prendas de lencería de fino encaje. Tan sublime profanación, aunque solo fuera un engaño de sus

sentidos, dejó al hombre sin aliento. Juan José, el segundo de los varones, fantaseaba ella, un joven muy dotado, que toca todo tipo de instrumentos, juega al baloncesto y canta de maravilla, no se convertirá en un cirujano ilustre, sino en puericultor y atenderá a sus pacientes en casa.

Ahora va con unas monjas a curar a niños en los barrios pobres. El despacho de su padre lo convertiremos en consulta. Manuel, el mayor, de una inteligencia fuera de lo común, no ha querido perderse en el estudio de las leyes, como pretendía yo. Y como hicieron varios de sus ancestros en las Antillas. Y su padre. Ha elegido la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales, donde tiene fama de sabio y discreto. Y no solo ahí, sino dondequiera que vaya. Es un manitas. Todo lo arregla. De niño sabía dónde estaba todo, porque todo lo tocaba. Ahora es un hombre cabal, ajeno al halago, que se contenta con que su acción sea justa. Como el olivo al dar su fruto. Admiro su equilibrio en todo. La serenidad de su rostro. Estoy tan orgullosa. Yo quería que fueran instruidos. Y útiles a la sociedad. Mari Carmen es la única que no ha estudiado una carrera y ha tenido que conformarse con bordar manteles, servilletas, toallas y caminos de mesa para su ajuar. Tenía que haberla metido también en el Liceo Francés. Como a los chicos.

Pero ella quiso ir a aquel colegio de monjas, algo que no convenció al anticlerical de su padre. A las Irlandesas. Como sus amigas. Que por lo menos les hablaban en inglés. ¿Los nombres de los padres?, preguntó el presbítero. El padre del novio invitó a su futura consuegra a ser la primera en responder, pero ella carraspeó y pareció dudar. María del Carmen Totes, dijo por fin. Torres, corrigió la hija, que conocía las calamidades que pasaba su madre con aquel apellido tan poco afortunado para una mujer con un frenillo aún más exorbitante que su belleza, pues a menudo la hacía decir inconveniencias. Viuda de Vias, apostilló la madre, que no siempre sabía salir triunfante de los escollos a los que la abocaba aquel pliegue de mucosa que limitaba los movimientos de su lengua, y que se ruborizó, bajando los ojos y abanicando de nuevo sus pómulos con sus largas pestañas. El siervo de Dios, al oír aquel apellido de casada, sonrió. El marido debía de ser aquel caballero con gafas redondas de metal al que vi hace años.

En la calle de Hermanos Bécquer. Junto a otro con pinta de extranjero. Muy bien vestidos los dos y enfrascados en su conversación. De negocios, pensé. Vendiendo y comprando alfombras persas. Y cambiando pesetas a dólares para ingresarlos en algún banco de Suiza. Le pregunté a uno de los porteros que había allí quiénes eran. El señor Vias y el señor Koplowitz,

respondió muy ufano. Y al decir el apellido del primero señaló un hermoso edificio en el número 10 de esa calle. Es todo de la familia, añadió, admirando la fachada racionalista con una franja de pilastras decorativas de escayola blanca enmarcadas en placas rojas que recorría el inmueble a la altura del quinto piso y daba la vuelta por la calle de López de Hoyos. Sin duda satisfecho de ser el guardián de aquel tesoro y de estar tan informado. De él, especificó. Y entonces señaló al de los lentes. Y de sus dos hermanos... Así que ya sé dónde viven. En una de las zonas más selectas de la ciudad. Si es que el marido de esta mujer era aquel señor Vias, aunque si no, sería un hermano. Los dos ilustres varones no me sonaban de nada.

No los había visto nunca en misa. Ni los vi después jamás en la iglesia. Ese barrio será muy fino, pero está repleto de agnósticos, ateos, judíos y protestantes. Investigué. Entre mis contactos. La fortuna de la familia Vias, según dicen, procede de Puerto Rico. El otro, el Koplowitz, vino, al parecer, de Alemania, huyendo de los nazis, pero después, cuando estalló aquí la guerra civil, se fue a Francia, aunque al final volvió, escapando de la Segunda Guerra Mundial. A pesar de todo, se ha hecho millonario. Y su mujer es amiga íntima de la Collares, la esposa del Caudillo... Mari Carmen, entre tanto, recordó cómo el rojo, uno de los colores favoritos de su madre, con el rosa, maltrataba su lengua sin conmiseración alguna. ¡Hilo tojo!, había pedido en una ocasión junto al mostrador de una mercería. Dios mío, había exclamado agobiada porque el dependiente era incapaz de entenderla. Mari Carmen, dile a este señor de qué color quiero el hilo... Encarnado, había resuelto ella con decisión. Mi madre lo que quiere es una bobina de hilo encarnado.

Escarlata, grana, púrpura, carmesí... El clérigo, sonriendo a la madre con picardía, convencido de que aquel frenillo y la capacidad de sonrojarse a su edad, que, aunque aún no sabía cuál era, calculó que debía de sobrepasar los cincuenta, la hacían aún más adorable, se volvió hacia el futuro suegro y le pidió que se identificara. Ernst Karl Rohrbach, detalló el hombre. Y pronunció las erres con llamativa desenvoltura. Al párroco la sonrisa se le quedó congelada. ¡Y para colmo ese apellido!, pensó la consuegra. Impronunciable... Llámeme Ernesto, sugirió el suizo. Todo el mundo aquí me llama Ernesto... ¿Profesión?, inquirió el preste. Trabajo para la casa Girod, contestó el otro. Relojes, recalcó. Lo sé, le interrumpió el capellán. Hacen relojes de torre, se explayó, articulando las erres con retintín. Relojes de torre, repitió, volviéndose hacia la viuda. Tal vez queriendo demostrar que podía ser

su báculo. Su paje. Su escudero. Su mayordomo. Su doncel. Su esclavo. Su valet. Su traductor. Lo que se le antojara. Él no tenía frenillo ni freno.

Y usted, señora, añadió con ansiedad en la mirada y en el tono. Como quien ya no puede aguantar más. Se nota que no es aficionada a los afeites, pensó. Y se perdió en una nueva retahíla de alabanzas mentales. ¡Qué naturalidad! ¡Qué naturaleza! ¡Qué energía! ¡Qué poderío! Y una vez más se abandonó a sus fantasías. Seguro que le gusta viajar. Aunque la abeja reina no abandona la colmena más que durante los vuelos de fecundación. Y también le deben de gustar mucho las flores. Debe de andar todo el día libando en algún magnolio de los alrededores de su vivienda. Porque tiene una hermosa casa, enorme, y tal vez hasta jardín, en la parte trasera. Un buen jardín. De ahí el color de su piel. Tan bronceada. Y muchas criadas. Cocinera, doncella, planchadora y no sé qué más. Y chófer, claro. Que si me instalo allí podrían hacerme la vida muy cómoda. Y ella andará casi todo el día revoloteando por los rosales y los macizos de hortensias. Recolectando el néctar. Puedo verla. Como a una bella actriz en una de mis películas preferidas.

Con un turbante o algún gorriillo con antenas. Y con ese bolsito que lleva y que parece una canasta para transportar el polen... El hombre emitió un murmullo de placer que sonó como el zumbido de un abejorro feliz. Y usted, señora, volvió a insistir. Perdóneme, pero ¿qué es lo que toma para estar así? ¿Jalea real? El silencio en aquella iglesia nunca fue tan completo. Los futuros contrayentes y sus progenitores se miraron entre sí. ¿No te parece que eso de la jalea no pega ni con cola?, bisbiseó la madre, inclinada sobre el oído de su hija. Por motivos evidentes, renunció a calificarla de real. La joven, llevándose una mano a los labios para que el sacerdote no pudiera leer en ellos lo que se disponía a decir, sugirió: Dile que tomas lo mismo que él, mami... No lo digas, nena, la interrumpió la viuda. Haz el favor. Sabes que no me gustan las groserías. Ni el vinagre... Pero se echó a reír. En la ceremonia de la Eucaristía, intervino el clérigo rápidamente para demostrar a aquellas dos féminas que estaba atento y no se le escapaba nada.

En la ceremonia de la Eucaristía, repitió, tal y como advierte el Vaticano, debe procurarse que el vino de consagrar no esté avinagrado... La novia se acordó de que, siendo niña, le obsesionaba averiguar cómo dormía el tío Ignacio cuando pasaba unos días en la casa que sus padres alquilaban cada verano en San Rafael. ¿Con la sotana? ¿En pijama? ¿Con camisón largo? ¿O en cueros? E, intrigada, escribía sin parar postales a sus hermanos desde el chalet de unos primos en El Escorial con los que solía pasar esos días, cediendo así su habitación al escolapio, para que despejaran sus dudas. Miró

al presbítero. ¿Qué llevará bajo esas prendas tan ricas y tan holgadas? Parece que no tienen piernas, sino una peana debajo de los faldones. Y que se deslizan por el suelo como si llevaran patines o fueran espectros, aparecidos, fantasmas... El hombre ataviado con aquellas sayas de consagrar volvió a echar una ojeada a su calendario con estampas a todo color. Y a barajar nuevas fechas. ¿En abril?, musitó. Y una vez más se frotó las manos.

¿Por qué será que los curas siempre parecen estar protagonizando un anuncio de jabones?, susurró María del Carmen al oído de su hija, que se echó a reír y a su vez bromeó, inclinándose sobre su oreja. Tendría que haber dicho, prosiguió también ella en un murmullo. Señora, usted todos los años debe de ir a Lourdes. Y recorrer la explanada de rodillas. Habrá bebido del agua milagrosa que mana de la gruta. ¿Cuántas veces ha ido a hacer el camino de Santiago? Muchas, ¿verdad? ¿Y a Jerusalén? Así se conserva usted de bien... Las dos rompieron a reír a carcajadas. Y el eclesiástico, que escuchó las palabras clave, Lourdes, rodillas, agua milagrosa, Santiago, Jerusalén, alzó la vista y desplegó una amplia sonrisa. ¿Suele ir usted en peregrinación a los Santos Lugares?, inquirió cada vez más emocionado. La madre sacudió la cabeza en señal de negativa, sin pronunciar una sola palabra. Y la ondulación de sus cabellos amenazó con hundir al abate en otro sueño voluptuoso. Seguro que apenas discute por culpa del frenillo, dedujo.

No tiene más remedio que elegir muy bien cada una de sus palabras para no emplear ni una sola que empiece por erre, como reliquia, responso o ritual, y enseguida le pregunten: ¿Cómo dice, señora? Tesponso. Con ete de Toma... Y dirá también tedio, en lugar de aburrimiento. Cánido, en lugar de perro. O bobina, y no carrete. Y clepsidra, en lugar de reloj. Qué ambrosía de mujer. Tan vulnerable. Tan viuda. Tan coqueta. Tan espléndida. Me encanta. Cada detalle que descubro. No será una cotorra. Tendrá una conversación muy escogida. Y cuando vaya de visita a una casa en las afueras, con su buen terreno y sus terrazas para tomar el sol, en lugar de exclamar ¡qué terrazas más hermosas!, dirá... ¡Oh, Dios mío!, clamó de repente, al parecer a punto de derretirse. Mi madre, dictaminó la hija, que conocía sus aficiones, solo peregrina a Archena, en Murcia. O a Solares y Corconte, en Cantabria... Yo solo peregrino a balnearios, parecía querer decir la viuda, que tenía el ceño fruncido. En busca de luz y de agua limpia.

De sol y de agua clara. Nada de guardapelos del Agnus Dei o de urnas de cristal con cadáveres de santos, imaginó el sacerdote que decía, tratando de adivinar sus pensamientos y gustos. Más de un balneario, intervino, encantado de poder entablar conversación con aquellas dos mujeres, se creó bajo la

advocación de alguna virgen... Ellas se miraron con los ojos muy abiertos y una vez más se echaron a reír. A aquel individuo lo mismo le daba una terma que un monasterio. Y él, feliz al verlas tan alegres, volvió a soñar con la viuda deliciosamente despeinada caminando de puntillas por una larguísima playa. ¿Dónde?, se preguntó. ¿En el Congo? La miró bien. Sus largas pestañas, el tono bronceado de su piel, a pesar de estar en los primeros días del mes de noviembre... No, en el Caribe. Sí. En la isla Culebrita, una pequeña isla de coral, entre Puerto Rico y las Islas Vírgenes Británicas, en la que no cabremos más que ella y yo. Arena blanca, palmeras y un agua de color turquesa y transparente solo para nosotros. Sí. Eso. Aunque justo ahí no sé.

Tal vez allí le dé por recordar a su difunto. Es igual. Que piense en quien quiera. Yo no soy celoso. Mame se marcó un baile erótico en un bar de Klondike durante la fiebre del oro, tarareó el hombre de pronto en voz muy baja, aunque a los otros cuatro no les pasó desapercibido el detalle de que el religioso canturreaba entre dientes. Y por su culpa estalló un tiroteo en el que murió hasta el apuntador, prosiguió en voz un poco más alta. Podéis echarle la culpa a Mame, chicos. De todo. Echadle la culpa a Mame... El suizo más joven, que no toleraba que otros dioses o ídolos fueran venerados en su presencia, porque en su interior ardía el fuego infernal de un amor propio desmedido, y que desde que el párroco soltara lo de la jalea real miraba con rabia a su futura suegra, no se contuvo y protestó. Terminemos de una vez. Que me tengo que ir a jugar al tenis... La madre abrió mucho los ojos. Y la boca. Está claro, pensó. Como el agua. Lo que yo decía. Lo que vengo diciendo desde que lo vi. Aunque no se lo diga a nadie.

Aparentemente muy fino, pero un subdesarrollado desde el punto de vista espiritual, que trata a todo el mundo con esa misma displicencia. No solo al servicio... Y, como mentalmente no tenía la lengua anclada, siguió vilipendiándolo en su cabeza con todas las dobles erres que se le iban ocurriendo. Charrán, desgarracalzas, panarra... Mientras tanto, con la vista clavada en la hija, se perdió en las profundidades de su mirada azul. No se rebelará contra él. Estoy segura. Y sufrirá en silencio hasta que no pueda más. Hay que impedir que se celebre esta boda. Como sea... Señora, dijo entonces el presbítero. Señora, repitió. Como a la desesperada. Sé tocar a fuego, sé tocar a funeral, a repique de misa mayor. Sé... Sé hacer muchas cosas. Tal vez a usted le parezcan inútiles, pero puedo aprender otras... Por fin el padre del novio, aquel hombre distinguido y cortés de hermoso bigote negro, se decidió a intervenir también. A lo que vamos, se le ocurrió decir. Y

atusándose el mostacho, a continuación, preguntó: ¿Cuándo se celebra la boda?

El clérigo, bajando otra vez la vista para consultar el calendario de papel couché, pasó un par de páginas. ¿Qué les parece el 16 de julio? Una rubia platino despampanante y sin más atavío que un plumero, una cofia y un delantal muy corto, le guiñó un ojo desde la lámina de aquel mes tan veraniego. Y él, sonriendo de manera ostentosa como quien guarda un as en la manga, volvió a levantar los ojos, que fijó en la viuda. El 16 de julio es el día del Carmen, añadió. *Audentes fortuna iuvat...* La joven entonces esbozó una gran sonrisa y sus ojos lanzaron destellos de un azul celestial en dirección al novio. Ay, sí, exclamó. Y, ruborizándose, se llevó las manos a las mejillas. ¡Qué buena idea! ¿Qué te parece, Carlos? ¿Cómo no se nos había ocurrido? El día del Carmen... El aludido asintió. Me parece una fecha magnífica, remarcó. Para entonces ya estarán terminadas las obras y nos podremos instalar en Hermanos Bécquer. Sé cuánta ilusión te hace seguir viviendo allí... ¡Bingo!, pensó el de los ropones de colorines. No me he equivocado.

Viven ahí. Sí. Y tampoco a ellas las he visto nunca en misa... Pero a la madre, al escuchar una vez más las palabras mágicas, Hermanos Bécquer, se le ensombreció la mirada. ¡Y encima esto!, se dijo, mirando al futuro yerno por el rabillo del ojo. Se las da de gran señor y menudo antojo tiene el muy carota con el piso de Hermanos Bécquer. Mi hija se va a casar con un granuja, un sinvergüenza que la va a convertir en una desgraciada, y yo no puedo hacer nada para evitarlo. Ya no tengo a su padre para que me ayude a impedirlo. Y mis hijos están demasiado inmersos en sus estudios y en sus propios asuntos, aunque me parece que el suizo tampoco les gusta un pelo. Entonces recordó unas palabras que le había oído decir a su marido durante un paseo por la sierra cuando sus hijos aún eran unos críos. Hacía ya quince años. El mismo día que el pobre escupió sangre por primera vez. Y cuando crezca la niña, dijo, más sustos... ¿A lo que vamos?, repitió ahora. Cada vez más excitada. Y cogió a su hija del brazo para largarse de allí corriendo.

Pues a lo mejor no vamos... Viendo que tanto la madre como la hija se le escapaban, el religioso aficionado a la apicultura cerró de un golpe su almanaque con estampas policromadas e hizo una nueva y revolucionaria proposición. Si quiere, los caso mañana mismo, sugirió. La viuda le fulminó con la mirada. Perfecto, se oyó decir en aquel momento al novio. Otra idea excelente. No estará acabada la obra, pero nos podríamos instalar una temporada en algún buen hotel... Piénsalo, nena, murmuró entonces la madre al oído de su hija. Por lo que más quieras. Piénsalo bien. Aún estamos a

tiempo. Y hasta el mismísimo día de la boda la podemos cancelar. Tú no te preocupes por eso. Pero cuanto antes lo hagamos, mejor. Hazme caso, Mari Carmen. Sé lo que digo. Tengo mucha más experiencia que tú... La hija, que la miraba con la boca abierta, se volvió hacia el novio, buscando apoyo. Él se acercó muy serio. Y cada vez más impaciente por salir de allí. Venga, acabemos de una vez, exigió. El futuro suegro también caminó hacia ellas.

Vámonos, padre, dijo el joven. Y, cogiéndole del codo, se lo llevó hacia la salida. El mayor apenas tuvo tiempo de esbozar una reverencia. Sí. Acabemos de una vez, pensaba también el experto en entomología, que, sin hacer ruido, se deslizó hasta donde estaban ellas. *Nunc aut nunquam*, recitó. Y agarró a la madre del brazo, sin molestarse en traducir sus nuevas locuciones latinas. *Amor omnia vincit...* Y a la reina de la colmena me la llevo yo al sur a tomar el sol. Que se nota que le gusta mucho. Sol, salitre y olas de color azul. O a Francia. Eso. Me la llevo a Francia. A la Costa Azul... En aquel preciso instante escuchó en su interior el ruido de un cuerpo al caer contra el asfalto. Como el de una sandía que se estrella contra el suelo y revienta en pedazos. Y tuvo una revelación. Una sandía refrescante y de aspecto delicioso vestida con pantalón pitillo de color claro, camiseta negra ajustada de manga corta y sandalias veraniegas sin tacones caminaba de puntillas por el paseo de la Castellana, a la altura del monumento a Emilio Castelar.

Y se quedó mirando a la madre de la futura novia con la boca abierta, aunque no tardó más que unos segundos en dar de nuevo rienda suelta a su irrefrenable entusiasmo. En voz alta. ¡Qué vitalidad! ¡Qué potencia! ¡Qué capacidad de regeneración! ¡Menudo fenómeno de la naturaleza! A esta señora deberían estudiarla los siete sabios de Grecia. En Lindos. En Atenas. En Esparta. En Mileto. En Corinto. En Mitilene. En Priene. Y también en Harvard... Y pensó en la resurrección de Lázaro de Betania. Y en la de la hija de Jairo. Y en la del hijo de la viuda de Naín. Y hasta en la del mismísimo Jesucristo. ¡Y qué moderna!, añadió. Seguro que veranea en Ibiza... Ahora era la hija la que le miraba a él con la boca abierta, mientras la madre lo hacía con el ceño fruncido. Directamente a los ojos. También ella acababa de tener una iluminación como las que se producen en las catedrales góticas en cuanto el más mínimo rayo de sol alcanza de pronto las láminas de cristal miniado de sus vitrales y rosetones. Las tinieblas en su cerebro se disiparon.

Y vio toda una escena que había vivido hacía unos meses, pero de la que desde entonces había olvidado una parte. Un fragmento, aunque fundamental. Ese trozo que casi siempre falta en un rompecabezas y que suele ser la clave. Una escena que apareció en su cerebro como las que se forman en el interior

de un caleidoscopio. En cascada. Y le vino a la memoria lo que solía decir su marido sobre la verdad. Debemos girar el tubo. Una y otra vez. Y observar con atención las figuras que van surgiendo. *Joannes est nomen ejus*, recordó María del Carmen. Y vio de nuevo el escudo que resplandecía en cada uno de los ventanales de la escalera de su casa. Juan es su nombre. Sí. Lo he tenido siempre delante de los ojos. Desde el día en que ocurrió. En el lema que aparece en el sello del Estado Libre Asociado de Puerto Rico. Su cara me suena, murmuró. Y vio a aquel ministro de la Iglesia católica al volante de un Citroën dos caballos circulando a toda velocidad por el paseo de la Castellana, a la altura de la glorieta de Emilio Castelar.

Echadle la culpa a mami, chicos, mosconeó el siervo de Dios. Y, levantando los brazos, inició un leve bailoteo con las caderas. Mami aquel día se empeñó en salir de paseo con su pantalón pitillo y su ajustada camiseta de color negro. Andando de puntillas por la Castellana. Y eso fue lo que provocó el atropello. Echadle la culpa a mami... La viuda, con el brazo derecho extendido, le señalaba con el índice. Como si fuera el ángel exterminador. Si yo quiero, amenazó. Si yo quiero, podrían, podrían... Parecía que tartamudeara. O que no supiera qué era lo que quería decir. O que buscara las palabras. Aunque enseguida siguió adelante con su amonestación. Destetarlo... Y se puso roja. De ira. De impotencia. De vergüenza. Y, cogiendo carrerilla, soltó un galimatías. Quiere decir, tradujo rápidamente la hija, que podrían desterrarlo a una parroquia de la sierra... El eclesiástico, con una sonrisa en los labios, se limitó a juntar las manos por las muñecas, una contra otra y a la altura de su pecho. Como en una detención. Para que le colocaran las esposas.

Unas esposas invisibles. *Put the blame on me, ma'am*, masculló. Echadle la culpa a mami, chicos. De todo... María del Carmen apretó los dientes. La sabandija se lo permitía todo. Infeliz, murmuró. En la familia el pedrisco nos cae encima. Y la carcoma viene de abajo. Todos tenemos culpa. Nadie lo niega. Y nadie se burla...



Estoy muy enamorada. Y me quiero casar. Con él...
(16 de julio de 1957).

Los domingos con la prima Julieta

Por entonces al menos una vez a la semana iban a la casa de Isla Malaita, en aquella calle cuyo nombre tenía ecos mágicos, aunque la zona era lo más opuesto que se pueda imaginar a cualquier islote de un archipiélago en la Melanesia, con ríos y bosques tropicales sin explotar. Allí estaba la Maternidad de Nuestra Señora de la Almudena. La Maternidad de Peñagrande. Un lugar para la mayoría roñoso y tétrico, rodeado en aquella época por desmontes, casas de pueblo, costanillas empedradas y, junto al arroyo, un sinfín de chabolas. Sin embargo, ellas allí, con aquella prima que les sacaba cinco años a Elba y seis a Jara y con la que podían perderse por aquellos caminos que recorrían un mundo que les parecía inagotable, se sentían felices, porque allí eran libres. Todo lo libre que se puede ser en este mundo. El internado para madres solteras menores de edad, una serie de dependencias con fachada de ladrillo, tejado a dos aguas de pizarra negra y ventanas todas iguales, con rejas, parecía una ciudad defendida por altos muros.

Una ciudad humilde. O un poblado con su propia iglesia, su parque y su huerto. No tenía tiendas, cines ni cafeterías ni diversiones de ningún tipo, pero lo que, tras una primera ojeada, se echaba en falta era el cementerio. No había allí cruces ni lápidas. Tampoco nichos, aunque sí enterrados. O al menos eso se decía. Puede que entonces el conjunto les pareciera enorme por su propio tamaño y su escasa experiencia, porque cuando crecieron se dieron cuenta de que no era más que una manzana. Un enorme solar entre cuatro calles. Allí, en medio de la nada, el correccional tenía cierto aire de decorado. Para una obra dramática. Construido a principios de los cincuenta con la estética carcelaria del franquismo, dependía del Patronato de Protección de la Mujer, que presidía la del Caudillo. Nada más entrar, a la izquierda, pasado el portón, se encontraba la vivienda del médico. Un chalet de dos plantas en el mismo estilo sobrio que caracterizaba al resto de las edificaciones del complejo, aunque con un par de terrazas abiertas al sur.

En el primer piso vivía el cura, un hombre siempre vestido de negro, aunque cordial y hasta tolerante. En el segundo, el ginecólogo con su mujer, la hermana mayor de Rita, y sus hijos, Julieta y Pepe, dos años y medio menor que ella. Julieta era dócil, obediente y sensata. O al menos eso aseguraban los adultos que la conocían bien. Todos coincidían en que era muy alegre. Y, sobre todo, generosa, dulce y responsable. Una niña alta y espigada, de frondoso y reluciente cabello negro y ojos oscuros con una risa contagiosa, a la que, después de que naciera su hermano, le encantaba irse a pasar unos días con su abuela materna. Con ella me convierto en la reina de la casa. Me baña, me echa colonia y me lleva a una pastelería que llama de postín a comer jamón de York, huevo hilado y alcachofas. ¿Qué te apetece comer, Julipitina?, me pregunta. ¿Y para cenar? Con nuestros padres, aclaraba Julieta, nos tragamos lo que toca... Su carácter no se echó a perder con los mimos. Al contrario. Así aprendió a cuidar de Elba y de Jara.

La abuela la hacía ensayar en su casa, donde con una socia abrió un taller de alta costura cuando se divorció. Modas Maria Aurora. Con el suelo siempre regado de alfileres, hilos y recortes, en una de las calles más distinguidas de la ciudad. Ensayar como modelo. Maniquí infantil. Vamos, Julipitina, otra vez. Y la niña, voluntariosa, avanzaba por el pasillo oscuro, interminable. Arriba y abajo. Para llevar la cola de los trajes de novia de las mujeres de la familia, que la abuela se colgaba de la cintura y con la que avanzaba delante de su nieta hacia las tinieblas que reinaban en la parte de servicio. Y de allí, de nuevo hacia la entrada. Pero a Julieta a veces le salía un humor rebelde y en la iglesia se negaba a participar en la ceremonia. Solo se había prestado a subir al altar con Rita. Al ver que la falda de su vestido nupcial no llegaba más que a media pierna, que no llevaba cola, una cola como la rueda de plumas de un pavo real, se cogió de su mano y, con su diminuto traje a juego con sus sandalias blancas, no la soltó hasta que apareció el pastel.

Las monjas de la Maternidad de Peñagrande, con sus túnicas de riguroso negro y su pañolón blanco, entraban y salían por la puerta de acceso al edificio principal, al final del camino que se abría a la calle, mejor dicho, se cerraba, con un portón enrejado que a ellas tres les parecía inmenso. Entreveían a aquellas mujeres vestidas con hábito y el pelo oculto bajo una toca por el jardín. En la huerta. Por las ventanas. Una sombra. O varias. Un aquelarre de espectros. Aquellos seres como de otro mundo no saludaban. Apretaban el paso en cuanto veían a algún miembro de la familia del médico, aunque solo fueran aquellas tres niñas que a menudo salían a jugar por allí. Y,

como si se hubieran cruzado con el diablo, las lúgubres figuras con rosario o una medalla al cuello se hacían cruces. En la frente. Sobre los ojos, la nariz y la barbilla. O a la altura del pecho. Eran rudas, aunque también huidizas. Julieta, Elba y Jara hasta aquel momento casi no habían visto profesas ni sacerdotes. Solo de vez en cuando por la calle. O en la televisión.

En los colegios a los que asistían, mixtos y laicos, no se daba importancia a la religión y los maestros eran todos seculares, excepto un párroco que aparecía cuando los alumnos se acercaban a la edad de tomar la Primera Comunión. Para cumplir con los requisitos. En la Maternidad de Peñagrande no había escuela. Poco aprendían quienes allí pasaban sus años más tiernos. Poco les enseñaban, como no fuese a querer salir de allí cuanto antes. Aunque a los niños, al parecer, los escolarizaban a partir de los cinco años. Mientras, solo los cánticos de voces infantiles y las palmadas que se oían de vez en cuando en el silencio del extrarradio podían recordar la labor misionera en las islas Salomón. Ellas se internaban por allí solas y lo pasaban en grande. Julieta empezó a crecer y a crecer y se convirtió en una adolescente de piernas largas y cintura estrecha, lo que hizo que sus dos primas aún la admiraran más. Con ella podían irse a la parte más alejada, mientras sus padres charlaban y tomaban café con los tíos en la terraza.

Ellas tres subían una cuesta para después bajar otra por detrás de los pabellones y en paralelo a la altísima tapia, una tapia llena de alambradas en la parte superior que a ningún adulto en su sano juicio se le hubiera ocurrido escalar. Juntas bordeaban las dependencias en las que vivían las internas, chicas que antes de alcanzar la mayoría de edad se habían quedado en aquel estado que algunos llamaban de buena esperanza y a las que sus padres no querían o no podían tener con ellos. O se sentaban en las pequeñas escaleras de ladrillo que conducían a las puertas de los distintos módulos. Siempre cerradas, porque las residentes del Patronato apenas podían salir de allí. Por lo general, solo las de pago, las privilegiadas, que vivían en las mejores alas, en la parte delantera. La más soleada. En habitaciones individuales, con baño. Julieta, como tantas otras jóvenes de su edad, empezaba ya a fumar sin que lo supieran en su casa. Y aprovechaba aquellos paseos para disfrutar de algún cigarrillo al aire libre, lanzando el humo hacia el sol.

Y moviendo los labios con elegancia. Cogiendo y soltando aire entre calada y calada, lo que la hacía hablar más despacio. Jara se animó a probar más de una vez. Elba no, a pesar de lo mucho que le fascinaban los gestos. Y la colilla consumiéndose entre el índice y el cordial. Todos aquellos ademanes que acompañaban al ritual y le parecían arrebatadoramente varoniles, aunque

fuera la tía Julia, la madre de Julieta y de Pepe, la que siempre tenía un pitillo entre los dedos. Pero también su padre. Y sus tíos. Después de aquellas caladas furtivas Julieta y Jara bebían un chupito de colonia para que nadie pudiera adivinar lo que habían estado haciendo. Para no atufar a tabaco. Sin embargo, las escapadas no las hacían solo para fumar, sino para acercarse a las ventanas con barrotes en forma de rombos pintados de blanco de alguna de las naves de la parte de atrás del recinto y así poder charlar con las reclusas. Las gestantes, como las llamaban las monjas. Algunas monjas. Un calificativo con el que sin duda buscaban expresar su desdén.

Las menos caritativas. Marcar las diferencias entre quienes iban a dar a luz de aquel modo, según ellas, vergonzoso, y las que no lo harían, porque dedicaban su vida a Dios y creían en la Inmaculada Concepción. A más de una de aquellas chicas la había sacado de su casa por la fuerza una pareja de la Guardia Civil. Sin apenas nada. Nada más que su vientre en aumento y la ropa que llevara encima. A otras, sus padres las habían recluido allí sin saber en qué consistía el centro, del que después resultaba muy difícil sacarlas. Cedían la tutela y perdían la potestad. A algunas no las volvían a ver. Con trece, catorce, quince años. Entonces la mayoría de edad no se alcanzaba hasta los veintiuno. Otras habían huido de la miseria que había en los pueblos para enfrentarse a la de la capital. Venían de Andalucía, Extremadura, Murcia... O de otras grandes ciudades, Barcelona, Santander, Bilbao. Al entrar, las monjas les decían que podían permanecer allí hasta que cumplieran los veinticinco, considerándolas así menores durante unos años más.

Allí tenían a sus hijos y trabajaban en los talleres, cosiendo la mayor parte del tiempo para una importante galería comercial, sin que les pagaran una sola peseta, con lo que quedaban a merced de las madres que no eran madres. Aquellas jóvenes confinadas llevaban un atuendo que a Julieta, a Elba y a Jara, que no vestían uniforme ni para ir al colegio, les resultaba extraño. Unas batas de tela fina, a rayas blancas y azules o rosadas, que se ponían sobre la poca ropa que tenían para no mancharla. Chicas, venid, decía alguna de las residentes, una de las que estaban sentadas más cerca de la ventana junto a la que ellas tres se habían apostado ese día. Y hacía gestos a las demás para que se aproximaran. Rápido, acercaos, que ya están aquí las ateas, se burlaban. La hija del médico y sus primas... La mayoría de las internas abandonaban sus labores enseguida para ir a su encuentro, aunque algunas seguían trabajando, porque decían que, si dejaban la faena a medias, no les permitirían ver a sus hijos, que esperaban en la guardería.

Aunque eso no impedía que intervinieran en la conversación. Niñas con hijos. Hijos con muñecas por madres. Madres que aún jugaban con muñecos. Las hojas de las ventanas estaban de par en par si era primavera o verano. Si hacía frío, ellas mismas las abrían para charlar con las herejes. Y el ventanal se transformaba en un palco de teatro, desde donde las de dentro representaban el drama que se desarrollaba en el interior, si bien a veces eran las de fuera las que se convertían en protagonistas. ¿Podéis fumar?, preguntaban las reclusas con un estupor rayano en el arrobó. Julieta sonreía, porque, a pesar de que ellas tres disfrutaban de una amplia libertad, tampoco tenían permiso para hacerlo. Julipitina vivía también dentro de aquel recinto fortificado y con vigilancia las veinticuatro horas del día, pero podía salir de allí siempre que quería. Ir al colegio. Y algún día a la Universidad. Y sus dos primas también. Igual que Pepe. ¿Nos dais una calada?, pedían siempre aquellas niñas que ya eran madres, aunque vestían como si fueran párvulos.

Julieta sacaba su cajetilla del escondite que había confeccionado bajo su falda plisada, blanca y etérea en verano, amarilla o verde y cálida en invierno, y les dejaba coger todos los cigarrillos que quisieran. Y vaya si los cogían. A manos llenas. Como los presos en una cárcel, las jóvenes alargaban el brazo por entre los barrotes de la ventana en cuanto veían a las tres primas al pie de la reja. Un acerico de brazos pidiendo humo como si fuera pan. Y se ponían a fumar, haciendo aros que echaban fuera y acechando la puerta por el rabillo del ojo. Para correr a sus puestos si veían una sombra, la silueta de una mujer vestida de negro con su cofia blanca. Y mientras, les contaban su vida. Tenemos que limpiar todas estas galerías de rodillas, con estropajo de esparto y una pastilla de jabón. Desde la entrada, donde las de las Cruzadas Evangélicas reciben a las pocas personas que vienen por aquí, hasta este rincón en el que hablamos con vosotras... De rodillas y en su estado. De rodillas, a pesar de su estado. Las que lo estaban. Y luego darles cera.

Otra vez de rodillas. Contaban que les daba pavor que sus hijos se pusieran enfermos, pues aseguraban que algunos desaparecían después de pasar por el que, con mucho respeto, llamaban el Botiquín y sospechaban que no es que se murieran por alguna dolencia grave, sino que los daban en adopción. Sin su consentimiento. Nada más entrar en aquel centro, al parecer, las monjas insistían para que, en cuanto parieran, las menores entregaran sus bebés a alguna pareja estéril. Que era lo mejor para ellas y también para los niños, alegaban para persuadirlas. Son unas ladronas, exclamó en una ocasión una de las chicas. Ladronas de bebés... Contaban que a los niños los vendían. Cobrando un dinero del que a ellas no les daban ni un céntimo. ¡Solo faltaba!,

exclamaban con orgullo, a pesar de la precariedad de sus vidas. Y a algunas de ellas también. También a algunas de ellas las vendían. O eso decían. Como chicas de servicio. O como vaya usted a saber qué. Como a esclavas negras. Nos exponen como si fuéramos ganado.

Y los desconocidos que acuden a esta especie de feria nos miran de arriba abajo. Nos hacen abrir la boca para vernos los dientes. Como a los borricos. Y darnos la vuelta. Para examinarnos bien. Por delante y por detrás. No sabemos para qué nos quieren. ¿Para casarse con nosotras? ¿Para hacernos más hijos? ¿Para emplearnos como criadas? Las profesas, algunas de ellas, nos llaman pecadoras. Caídas, golfas, furcias, rameras, zorras, fulanas. Y a nuestros hijos, bastardos y malnacidos. Dicen que son fruto del vicio. Tenéis el demonio en el cuerpo, repiten. Y hay que sacar al del pincho de ahí... A veces usaban palabras que ellas tres no entendían. Palabras que Julieta después buscaba en un diccionario para poder explicárselas a las otras dos. Nosotras tenemos estigmas, nos aseguran las monjas, decían aquellas chicas que vivían entre rejas. Signos de nuestra participación en la pasión de Jesús. Pero vosotras no conocéis más que al diablo... La mayor, por el camino de regreso a su casa, intentaba tranquilizar a sus dos primas.

No son más que cuentos de terror que inventan para asustarnos, decía. Entre los niños y los jóvenes, los más expertos a menudo se divierten amedrentando a los más inocentes. Un placer malsano, aunque muy común. Nosotras nos entretenemos imitando a las adultas. Nos ponemos los zapatos de tacón de nuestras madres. Sus vestidos. Nos peinamos como si fuésemos señoras en una peluquería. Aunque al vernos nos den ataques de risa. Ya no nos dedicamos a hacer la carretilla por el suelo, como cuando erais pequeñas. Ni a jugar con vuestro padre a los zapatones. O a que nos haga el caballito loco en su coche. Algunas incluso fumamos, echando el humo hacia arriba. Formando nubes. O nos pintamos los labios, las uñas y los ojos. O nos llenamos de pulseras y collares. Mientras otros se entretienen simulando que azotan a cuáqueros. O creyéndose vaqueros que portan cabelleras de indios como trofeos de guerra. O tirándose pedruscos y metiéndose en los nichos de algún cementerio. Fingiendo triunfos...

¿Y dónde está Pepe?, preguntaba a menudo Elba. ¿Dónde va a estar?, respondía Julieta. Solo. Por ahí. Jugando con los indios. O montando en su bicicleta por donde le da la gana. A él las monjas le dejan hacer lo que quiera. Y hasta le miran con arrobo... Cada día aprendían más. Lo prohibido, concluía Julipitina, echando una ojeada a las puertas de la Maternidad y dando una profunda calada. Lo oculto y bajo llave o con cerrojos está siempre

cargado de misterio. Y nos atrae. A todos... Cada día aprendían más. Sí. Pero no tanto por las horas que pasaban en el colegio, sino gracias, sobre todo, a las descarriadas de Peñagrande, a Julieta y a los libros, que empezaron a consumir como si el suyo fuera papel de fumar. Aunque las películas y los libros infantiles solían ser también apocalípticos. Pronto supieron, por ejemplo, de dónde venían los niños, que no eran todos de París ni los traía la cigüeña en el pico porque los padres no podían pagar un billete de avión o de tren. También los adultos mentían. No solo las religiosas. No solo las internas.

Las monjas afirmaban que a la casada un ángel le sopla en el vientre. O le hacía cosquillas con una pluma. A la soltera, en cambio, un demonio. Por entonces para Elba y Jara cada verano llegaban los demonios, que caían del cielo. En un valle estrecho entre montañas no muy elevadas. Demonios con cabelleras abundantes de todos los colores. Un remolino de cuernos, pezuñas y rabos. Y con ellos eran felices, ignorando las advertencias de su madre. Unas palabras que les parecían enigmáticas y que por eso les gustaban más. El hombre es fuego, decía Rita, abriendo mucho sus ojos de un azul de hielo. La mujer, estopa. Viene el diablo y sopla... Arrepentíos, nos gritan las más ferósticas, amenazándonos con el dedo y obligándonos a ir a misa todos los días, confesó un domingo una de las patronatas, mirando con el rabillo del ojo para verificar que nadie escuchaba los mensajes que pasaban a aquellas niñas a través de las rejas. Algunas rezaban para que durante el alumbramiento tuvieran que recurrir al fórceps.

Si el bebé nacía con la cabeza como un cohombro nadie lo querría en adopción. Se lo podría quedar su madre para siempre. Otras incluso rogaban a Dios para que naciera muerto. Para que no fuera ni para los que adoptaban ni para la chica que había dado a luz. Una perdida. Una pelandusca. Una buscona. Una prostituta. Porque aquellas mujeres serían unas místicas, pero menudo vocabulario usaban. Y vosotras, preguntó una tarde una de las internas en cuanto vio a las tres primas apostadas junto a las ventanas que daban a los talleres. Una de las primeras veces que se atrevieron a hablar con las reclusas. ¿Vosotras no vais a misa jamás? ¿Es que no rezáis nunca? Julieta, Elba y Jara se miraron, sorprendidas. No, respondió Elba con toda la naturalidad de su inocencia. Y tampoco lo hacen nuestros padres... Las cautivas las observaron fascinadas. Aquello les parecía una aberración, algo por completo impensable, tanto en el mundo del que venían ellas como en aquel otro al que habían ido a parar. No sabemos rezar, añadió Julieta.

Y si alguna vez no tenemos más remedio que entrar en un templo, tampoco nos mojamos nunca los dedos en la pila de agua bendita para hacer esas absurdas contraseñas. Mi tío César, que es médico, como mi padre, aunque él es especialista de pulmón y corazón, me ha dicho que ni se me ocurra meter la mano ahí dentro. Que eso está lleno de microbios... Las del Patronato se habían reído con ganas. Como también en otra ocasión, en la que Julieta contó cómo había echado a un cura de la habitación de su madre en un hospital. Prevenido por la gravedad de la enferma, al religioso no se le había ocurrido nada mejor que colarse hasta los pies de su cama camuflado bajo una bata de médico y con un estetoscopio. Pero algo en la fisonomía y en las maneras del individuo les reveló al momento tanto a Julipitina como a la enferma la verdadera identidad del visitante. ¿Me voy a morir ya?, había preguntado Julia. ¿Qué hace aquí este pájaro de mal agüero? Vengo a rezar contigo, había respondido enseguida con voz melosa el del disfraz.

Vengo a rezar contigo, hija mía... Me abalancé sobre él, explicó Julieta. Y, cogiéndole de la bata, lo saqué de allí a rastras. Oiga, le advertí. Yo no vengo aquí vestida de lagarterana. No le hemos llamado, de modo que de esta puerta usted no pasa... Una de las confinadas estalló en una sonora carcajada. Prueba a hacer eso aquí dentro, le dijo a Julieta sin dejar de reír. Prueba a hacerlo aquí, valiente... Julipitina, encogiendo los hombros, reconoció que tenía razón. Y así a los ojos de Elba y de Jara no perdió ni un ápice de valor. Nunca. No dejaron de admirarla ni un solo día. Por aquellas reacciones tan rápidas, certeras y a menudo graciosas. Por eso y por otras muchas razones. Porque era un escudo. Un escudo de alegría y de bondad frente a la mentira y al desánimo. Porque siempre les daba buenos consejos. Buenos y elementales. Fáciles de seguir. Y les mostraba el camino para ser libres sin perjudicar a los demás. Y porque las hacía reír. Siempre estaba de buen humor. Y siempre también veía una salida. A cualquier embrollo.

Con su humor indomable y honesto. Tenía luz, como un fanal. Y antorchas en los ojos. ¡Debéis estudiar!, decían las proscritas. Como los hombres. Como los hombres que tienen la suerte de poder estudiar. Para ser libres. Todo lo libre que se puede ser en este mundo. No cometáis el mismo error que nosotras... No hacía falta que aquellas chicas las animaran a hacerlo. En su casa les habían inculcado la convicción de que podían estudiar lo que quisieran. A las tres. A Julieta, a Elba y a Jara. No solo a Pepe. Oigo un rumor de pasos, decía de pronto una de las recluidas. Y se sentaban corriendo. En sus puestos de trabajo sin remunerar. Y canturreaban alguna letrilla popular para que todas supieran que el enemigo andaba cerca. Si quieres saber

quién soy, berreaba alguna. Cantando te lo diré, coreaban enseguida otras. Mi padre y mi madre fueron un hombre y una mujer... Y se echaban todas a reír. Si quiere saber, señora, mi nombre y el de mi hermana, seguía una voz nueva sonriendo. Yo me llamo Yo-me-llamo y ella se llama Se-llama...

Contaban también que a los niños que se morían los enterraban en algún rincón del jardín. Aunque no había allí cruces ni lápidas. Como tampoco nichos. Ni Julieta ni Elba ni Jara entraron jamás en ninguna de las dependencias. Solo veían desde fuera el color verde claro de la pintura de las paredes, las puertas y los marcos de las ventanas, ese verde pálido típico de los hospitales de la época. Y el suelo de baldosas negras y blancas, que parecía un tablero de ajedrez. Un mundo en blanco y negro. Como el de la televisión en aquellos días. Y el del noticiero de los cines, que ya empezaba a tener algo de color. Como aquel verde desvaído de las paredes y de las carpinterías. Nos dan a comer placenta, clamó otra en una ocasión en medio de la penumbra de la zona este, donde los rayos del sol casi no llegaban por culpa de la tapia tan alta que bordeaba el complejo. Bollos y tortillas de placenta y meconio... Dos nuevas palabras que ellas tres aprendieron antes de tiempo. Las patronatas ese día sí les explicaron lo que significaban.

Y al ver los gestos de asombro de aquellas niñas se rieron a mandíbula batiente, aunque de pronto corrieron a sentarse. Con los estudiantes, niña, se puso a entonar una de ellas con la vista clavada en la costura. Poquita conversación. Que entre misterio y misterio está el de la Encarnación... Aquellas chicas cantaban con gracia en medio de sus angustias. No os creáis todo lo que nos cuentan, les volvió a advertir ese día Julieta. Son cuentos de terror que inventarán para asustarnos. Para acaparar nuestra atención. Les parecemos unas niñatas y se burlan de nosotras. Tener que estar ahí encerrado debe de ser muy triste y algunas se desahogan así. Buscan nuestra sorpresa. Y, sobre todo, nuestro miedo. No creo que todas las monjas se comporten como dicen. Tampoco todas las chicas cuentan esas cosas. Además, mi padre no sería cómplice de algo así... Ninguna de ellas, ni Julieta ni Elba ni Jara, se atrevía a repetir aquellas historias que las chicas de la Maternidad de Peñagrande les revelaban por entre las rejas.

Por las noches, tras haber charlado con las confinadas en el reformatorio de Isla Malaita, que no eran mucho mayores que ellas, pero que a ellas les parecían mucho mayores porque cosían a máquina, como sus madres y sus abuelas, y porque el suelo de la habitación desde la que hablaban con ellas estaba a una altura algo mayor que la del camino de losetas grises que rodeaba el pabellón y sobre el que ellas se quedaban de pie, apenas podían

dormir. O tenían pesadillas. Pavorosas. Solo de vez en cuando repetían alguna de sus canciones, sin decir de quién ni dónde la habían aprendido. Madre, díglele usted a padre que le diga a Nicolás, que no juegue con candela. Que nos podemos quemar... Aquí, protestó Julieta una vez mientras las tres subían la cuesta que llevaba de regreso a su casa, nadie habla de amor. Amor al prójimo, amor platónico, amor de madre. Y ni siquiera de piedad... No solo le habían crecido las piernas. También el alma, que parecía salirse por los ojos. Cada vez ocultaba más cajetillas bajo su falda.

Y todo el dinero que le daban por su cumpleaños o para sus pequeños gastos semanales lo invertía en tabaco para las internas. ¡Mi niño! ¿Dónde está mi hijo?, gritó de pronto Jara una tarde, después de comer, cuando ya hacía tiempo que no echaban la siesta, aunque se había acostado porque no se encontraba bien. ¡Mi niño! ¿Qué le habéis hecho? Elba y su madre subieron las escaleras que llevaban a la habitación del piso superior corriendo. Una detrás de la otra y comiéndose los escalones de dos en dos. ¿De qué niño hablas?, le preguntó Rita a su hija, que temblaba junto a la puerta del dormitorio como si estuviera a la intemperie. ¡El niño!, balbuceó otra vez la más pequeña, agarrada aún a los barrotes de hierro pintados de blanco en la barandilla del último peldaño de la escalera de caracol que comunicaba el salón en la planta de abajo con su cuarto. La escalera de caracol de una iglesia de Madrid que su padre había encontrado en el Rastro, que se había traído a casa y que encajaba allí como hecha a medida.

Para unir el dormitorio de ellas, en la buhardilla, con el piso de abajo. Una buhardilla enorme con el techo altísimo bajo los tejados negros y en punta del edificio, siempre llenos de palomas que escapaban del cercano Tiro de Pichón y zureaban en los canalillos de la cubierta acurrucadas en sus nidos, justo debajo de la cabecera de las camas de Elba y de Jara. Allí las tórtolas incubaban a sus bastardos. A sus pichones malnacidos. ¿Dónde está?, insistió Jara. Parecía a punto de echarse a llorar. El niño... Se habría levantado en trance y habría ido hasta allí para gritar por el hueco de la escalera. ¿Sonámbula? ¿Bajo los efectos de una alucinación? ¡El niño! ¡Me lo habéis tirado por el retrete! Rita se inclinó sobre ella y le tocó la frente. Asustada, la cogió de la mano, la llevó hasta la cama, la ayudó a tumbarse y le puso el termómetro que le alcanzó Elba. La temperatura le había subido por encima de los cuarenta grados. Así que lo que decía era producto del delirio. En la mesilla junto a la cama había un libro abierto, boca abajo.

Un libro que Jara debía de haber estado leyendo antes de dormirse. *Los Panzers de la muerte*, ponía en la cubierta. Sven Hassel. El autor de *La legión*

de los condenados... Todas aquellas letras resaltaban sobre un tanque y una columna de soldados con casco y uniformes de color pardo. ¿De dónde lo habría cogido? No era una lectura para su edad. En sus páginas Jara se habría topado con la descripción de un parto difícil. Con el robo de un bebé. Elba miró a su hermana, hecha ahora un ovillo sobre el lecho. Tal vez en sueños hubiera recordado lo que hacía poco le había oído decir a alguna de las chicas de Isla Malaita. O a varias de ellas a lo largo del tiempo. Y habría soñado que a ella le ocurría lo mismo. Su madre le administró una pastilla y dijo que había que dejarla descansar. De vuelta en el salón Elba y Rita intentaron reanudar sus ocupaciones. Por encima de su labor de costura, la madre miró con insistencia la cubierta de otro libro que devoraba su hija mayor. *La letra escarlata*. Otra lectura precoz, debió de pensar. Seguro.

Y sin forzar la vista, que tenía muy buena, se dedicó a descifrar el texto de la contraportada. De reojo. Aunque Elba la vio. Con su hermoso huevo de zurcir, de vidrio, la aguja y el calcetín casi a la altura del rostro, Rita leyó: Hester Prynne, culpable de adulterio, debe afrontar la intolerancia de una sociedad puritana que... ¡Se ha muerto uno!, se oyó que gritaba de nuevo la más pequeña allá arriba. Y una vez más ellas dos subieron atropelladamente hasta la buhardilla. He tenido gemelos y uno se ha muerto al nacer, explicó Jara. Su madre volvió a ponerle la mano en la frente. No hacía falta el termómetro. La fiebre le había bajado a toda velocidad. Otra vez está desvariando, dijo. ¡Bien!, murmuró Jara, cerrando los puños y aún bajo los efectos de su ofuscación. Yo no quiero tener hijos. Todavía... Era una niña risueña, vivaracha y juguetona, aunque también muy impresionable. Algunas noches tenía la sensación de que al quitarse el jersey su piel salía detrás. Como la muda de una serpiente, chascando con cada movimiento.

Y otras, la impresión de que su cabeza y su cuerpo crecían y crecían hasta alcanzar el tamaño del globo terrestre, para pulular después por el éter. Sus sueños parecían surgidos de algún cuento de monstruos y hechiceras. Aunque quizá los de la mayoría de los niños sean así. Visiones espeluznantes, fruto de la angustia o de la congoja, que no se arriesgan a compartir con los mayores. Pero no todas las jóvenes condenadas a pasar varios años de su vida recluidas en la Maternidad de Peñagrande contaban aquellas historias para no dormir. Las había que allí eran felices. O al menos eso es lo que decían. Lo que les aseguraban a Julieta, a Elba y a Jara. Que se consideraban afortunadas por tener un techo para ellas y para sus hijos. Por no estar solas. En la calle. Buscándose la vida. Un modo de ganársela. Por no verse abocadas a echar mano de un recurso que las hubiera convertido en profesionales de lo que las

monjas, algunas de las monjas que había allí, les reprochaban. En lo que las llamaban con frecuencia. No solo las monjas.

Volver al pueblo no sería mucho mejor, se molestó en aclarar una de las chicas uno de los domingos que las tres primas pudieron hablar con ellas. Muchas personas allí nos mostrarían su desprecio. Nos darían de lado y se dedicarían a hacernos la vida imposible. Incluso los jóvenes. No solo los adultos... También los libros enseñaban a ver más allá de las apariencias. A leer entre líneas. A descubrir mentiras. E incongruencias. Como la de que las ejecuciones eran públicas para dar ejemplo. Porque cuando colgaban a un ladrón o le cortaban la cabeza a un asesino en la plaza de un pueblo o de una ciudad en torno al cadalso lo que proliferaban eran los carteristas y los criminales. La pena, a pesar de ser bárbara, no resultaba muy instructiva. Y si el ajusticiamiento, decretado no solo para escarmentar al delincuente, sino también para intimidar con un castigo atroz a quienes pudieran sentir la tentación de imitarle, se llevaba a cabo de madrugada y sin público, en el patio de la cárcel, tampoco se puede afirmar que fuera modélico.

A los homicidas, cleptómanos y violadores se los ha enmendado con frecuencia entre cuatro paredes, sin que nadie pudiera asistir al correctivo que, sin embargo, se justificaba por ser edificante. También aquellas madres solteras vivían encerradas entre barrotes, sin que apenas nadie pudiera aprender nada del espectáculo de su confinamiento. Tal vez ni ellas mismas. Quizá nadie más que aquellas tres primas que se internaban por las cuevas del correccional para poder fumar algún cigarrillo que otro y charlar un rato con las reclusas. Un domingo de los muchos que fueron de visita a la casa de la calle de Isla Malaita, poco después de la enajenación febril de Jara, Julieta no quiso salir con ellas a recorrer los caminos que bordeaban los diferentes pabellones. Demacrada y con aire triste, se fue a su cuarto. Sus padres, con la vista en el suelo, ni siquiera ofrecieron café. No habían puesto ni la mesa para merendar. Tan solo cuchicheaban monosílabos sentados en el sofá, y no en la terraza, a pesar de que hacía una tarde muy buena.

Con los padres de Elba y de Jara. Ellas dos se fueron corriendo a la habitación de Julieta y trataron de averiguar lo que ocurría. ¿Han descubierto que fumas? Su prima estaba sentada junto a la ventana con un libro diminuto en el regazo y las manos cruzadas sobre el pecho. Vestida de azul y rosa, un rayo de sol que de pronto entró en el dormitorio la envolvió en su luz. Inclined hacia delante, parecía que acabara de recibir una importante visita. A un mensajero del cielo. ¿Te han pillado la cajetilla? ¿Te han oído la ropa? ¿O el pelo? Ella lo negó todo sin decir una palabra, moviendo la cabeza a un

lado y a otro, y se le humedecieron los ojos. Después dos gruesas lágrimas recorrieron sus mejillas. No eran los pitillos. Debía de tratarse de algo muy serio. Nunca la habían visto llorar. Cierto. A su prima un demonio le había soplado en la tripa. El hombre es fuego, diría Rita. La mujer, estopa. Viene el diablo y ¡sopla! Y aquel diablo era el hermano de una de las mejores amigas del colegio de Julieta, en cuya casa solía quedarse a dormir a menudo.

De modo que juntos hacían fuego por las noches. El chico prometió casarse con ella, pero al día siguiente desapareció. Sin duda sus padres lo mandaron a estudiar al extranjero. Hacía tres meses que Satanás, un diablo rubio y de ojos castaños, le había soplado a Julieta en la tripa. O le había hecho cosquillas con una pluma. Tenía dieciséis años. Así que se trataba del horrible pecado que las monjas de Nuestra Señora de la Almudena recriminaban a las residentes. El vicio nefando por el que estaban allí recluidas. Aquello no se podía borrar con un traguito de colonia. Ni lanzando aros de humo hacia el cielo. Cuando salgas a la calle, le indicó el padre de Julipitina a su mujer poco después de que se enteraran de la noticia. O estemos con alguien que no sea de la familia, tú te pones un cojín en la tripa. Bajo la ropa. Durante todos esos meses que se nos vienen encima. Un cojín cada vez mayor. O cada mes vas añadiendo uno nuevo. O varios. Y así salvamos la honra... Se habían encerrado en la cocina para poder hablar sin que les oyera nadie.

Aunque en la mayoría de las casas se escucha todo, sobre todo lo que uno no quiere que oiga nadie. Tal vez hasta el cura en la planta de abajo se estuviera enterando de todo. Julieta y Pepe lo oyeron. Todo. E incluso lo vieron. Por una rendija. Y después se lo contaron a sus primas. De modo que al final lo supieron todos. Julia levantó la vista y miró a su marido asombrada. Que tú precisamente digas eso, replicó al cabo de unos segundos. En la pared, tras él, junto a la nevera, había una lámina enorme en la que se podían ver distintos tipos de setas venenosas. Publicidad de un laboratorio farmacéutico que Julia hacía algún tiempo había enmarcado por las reproducciones en color y los nombres científicos. *Gyromitra esculenta*, *Boletus satanas*, *Ramaria formosa*, *Tricholoma equestre*, se podía leer allí. En público, prosiguió él, haciendo caso omiso de lo que acababa de decir su mujer, tendrás que tocarte el vientre de vez en cuando y simular mareos y náuseas... Hablaba como un profesional. Como un verdadero entendido.

Lo era. Pero hasta entonces todo aquello lo había visto como algo ajeno. Aunque en más de una ocasión le había confesado sus dudas a Julia. Veía y oía cosas en la Maternidad de Peñagrande que le hacían pensar que allí se

cometían injusticias e irregularidades. Constantemente tenía que llamar la atención a las encargadas. Decirles que las chicas no podían fregar los suelos de rodillas en su estado. Que había que darles mejor de comer. Que no engordaban ni una onza, a pesar de su estado. Tenía que intervenir una y otra vez y siempre volvía a casa abatido, porque no conseguía nada. Solo algún zumo o un bocadillo extra para las más débiles. Y cuando se cruzaba con alguna de las religiosas en el exterior, la aparición del más allá apretaba el paso. Anda, corre, cucaracha, murmuraba él. No te queda jardín ni nada. Corre. Corre... Y cuando pedía permiso para visitar las instalaciones, le ponían toda clase de excusas. Otro médico colaboraba con el Patronato. Pasaba consulta varios días a la semana en la Maternidad. Y daba cursillos allí.

Él sí que se entendía con las correderas, con lo que don José poco a poco había quedado arrinconado para atender solo las urgencias, aunque las patronatas le preferían a él. Su mujer le aconsejó más de una vez que pusiera una denuncia. Pero él no se atrevía. Se quedaría sin trabajo. Y otra cosa, continuó, de pie junto a la lámina de los niscalos. A partir de hoy nuestra hija no sale de casa. Tendrá que abandonar los estudios. Yo me ocuparé de que dé a luz donde no se entere nadie... Julia siguió mirándole perpleja. *Omphalotus olearius*, se leía junto a su silueta de hombre fuerte. No era alto. Tampoco gordo. Sino robusto. Y serio. ¿Por qué se había casado con él?, debía de estar preguntándose, mientras le miraba como si fuera un jeroglífico. A menudo le miraba así. Siempre decía que lo que de verdad le habría gustado era dedicarse a la Medicina, pero para una mujer entonces no resultaba nada fácil acceder a una carrera universitaria. Y cuando se decidió por estudiar Enfermería su madre perdió los nervios y hasta la educación.

¿Enfermera?, gritó. ¿Que quieres ser enfermera?! ¡Eso es de busconas! Las enfermeras a lo que se dedican es a cazar médicos... Entonces la que no se estuviera en su casa quietecita era eso. Una buscona. Y Julia al final no se había graduado. Ni en Medicina ni en Enfermería ni en nada. Pero lo que sí hizo fue casarse con un médico. *Entoloma sinuatum*. *Amanita muscaria*. Algunas se parecían tanto a las comestibles que no era difícil confundirse y morir intoxicado. Que tú precisamente pienses así, dijo por fin Julia. Despacio. Como si la noticia la hubiera dejado sin fuerzas. Después bajó la vista, miró el dibujo del suelo de terrazo que imitaba al mármol y parecía un trozo de turrón oscuro que tiraba a chocolate, una proliferación de hongos de una toxicidad letal, y volvió a sumirse en el silencio. El doctor tampoco dijo nada más. También él parecía muy triste. Doce años mayor que su mujer,

aquella tarde debió de sentir que se convertía de golpe en un anciano. José era un hombre recto y afable, un poco chapado a la antigua.

Pero muy buena persona. Todo el mundo le apreciaba. ¿Y si...?, aventuró, aunque enseguida guardó silencio. También él miró al suelo y respiró hondo. ¿Y si la enviamos a Londres?, propuso al fin. Su mujer levantó la vista y le miró otra vez asombrada. Puedo pedir ayuda a Rohrbach, añadió él. Tal vez él nos podría echar una mano. Quizás aún estemos a tiempo... Casado con la hermana del padre de Elba y de Jara, el doctor Rohrbach era quien le había conseguido aquel empleo. A menudo alardeaba de tener contactos. Y tal vez no solo había querido ayudarles al ofrecerle aquella plaza. Tal vez contaba con su carácter. Que tú precisamente digas eso, repitió Julia. Tu religión te lo prohíbe... Y clavó los ojos en la lámina de la pared. *Amanita virosa*. Se trataba de una seta blanca, sin los vivos colores de otras variedades y aparentemente inocua. Era una entendida en la materia. Le gustaba salir por los alrededores a buscar trufas. Y en casa estudiaba las ilustraciones, aprendiendo los nombres y sus características. *Amanita phalloides*.

De un sabor delicioso según las víctimas que sobreviven a una intoxicación, es la más mortífera para los humanos. Un tercio del sombrero basta para matar a un adulto. Despacio. En unos siete o hasta quince días. ¿Mi religión?, exclamó él. Mi religión es la misma que la tuya... Los síntomas por envenenamiento son letargo, dolor de cabeza, sudor frío, mareos. No, dijo ella. Y, bajando otra vez la vista, siguió sacudiendo la cabeza. No. A mí me han educado de otra manera... Su madre, de origen centroeuropeo y protestante, se había divorciado de su padre cuando ella tenía quince años. Cuando nadie en España lo hacía. Tampoco ella había ido a un colegio religioso. De todos modos, José no solo había hecho la carrera de Medicina, cuyos estudios suelen inocular en los aspirantes a galeno un cierto escepticismo frente a los asuntos del más allá, sino que además había nacido en la zona de Cameros. Y al parecer la irreverencia es una de las características de la mayoría de los riojanos. Tampoco él era lo que se dice el típico devoto.

Puedo hablar con una comadrona para que se ocupe de todo después del parto, insistió. ¿Qué quieres decir?, preguntó Julia, y una vez más levantó la cabeza. Quiero decir que una comadrona podría encargarse de llevar al bebé a una casa en la que lo cuidarían muy bien... Le temblaba la voz. Ni siquiera él estaba convencido de lo que acababa de plantear. Se le veía atribulado. Tenemos que encontrar una solución, murmuró. Cuanto antes. No hay tiempo que perder... Julia volvió a bajar la cabeza y no replicó. Siguió enfrascada en

sus cavilaciones. Su hija era aún una niña y ya iba a ser madre. Todas las mañanas veía a las chicas del Patronato cuando salían a pasear con sus cochecitos de bebé. Solía decir que le daban una pena monstruosa, como si todas fueran hijas suyas. Y eso que debía de tratarse de las privilegiadas. Tan jóvenes, exclamaba. Y tan esclavas de un instante... El aire, cuando las patronatas salían a dar un paseo, mientras Julieta y Pepe estaban en el colegio, parecía llenarse de nubes que daban vueltas y vueltas.

Nubes oscuras que berreaban. Moscardones en un cielo surrealista. Julia salía por las mañanas con su capacho para buscar setas y plantas comestibles por los alrededores. Y volvía con los hongos boca abajo y los espárragos con los brotes hacia arriba en el interior de su cesto. Manos pidiendo socorro. Un racimo de falos que señalaban al cielo. Al entrar en la Maternidad ella misma los colocaba así. Para provocar a las encargadas. A las más puritanas de entre ellas. Para escandalizar a las mojigatas de las monjas con aquella visión. Y se iba a la Dehesa de la Villa. O hasta Pitis. Para buscar más. Y soñaba con encontrar unos ejemplares de *Phallus impudicus*. Con su gleba de color verde oscuro, fétida y viscosa, a punto de reventar. Imaginaba que las de la toca blanca aceleraban el paso al ver el contenido de su cesta. Y se recreaba con la idea de hacer una succulenta tortilla. Con la variedad más tóxica de todas. El hongo de la muerte. Una tortilla de *Amanita phalloides*. Y bromeaba con eso, señalando el nombre y la ilustración en la lámina.

Hacía tiempo que Julia se quería ir de allí. No le gustaba el reformatorio. No le había gustado nunca. Tampoco a los padres de Elba y de Jara. Tal vez tan solo a las tres primas, a Julieta, a Elba y a Jara, que podían jugar por allí a sus anchas. Y a Pepe, al que las monjas le dejaban montar en bicicleta y hasta pegar tiros sin que nadie le regañara. Julia levantó otra vez la cabeza y miró a su marido a los ojos. Con un aire triste también ella en los suyos. Prefiero ponerme una vez colorada que ciento amarilla, declaró al fin. Con decisión. Y respiró hondo para poder decir lo que quería decir a continuación, sin que su marido la interrumpiera ni tratara de llevarle la contraria. Nuestra hija saldrá de casa siempre que quiera. Tendrá a su bebé cuando le toque dar a luz sin esconderse. Y todo el mundo sabrá que es suyo y de nadie más. No caerá sobre ella el peso de ningún castigo. Al menos, en la medida en la que yo lo pueda impedir. Y en su rostro no se borrará jamás la sonrisa. Como tampoco en su alma la disposición a ayudar a los demás...

Así, con valentía, la madre de la nueva madre soltera, la hija del médico que atendía a las menores de Peñagrande a las que Belcebú les había soplado en la tripa sin estar casadas por el rito de la Santa Madre Iglesia, se negó a

negar la realidad. Con la cabeza bien alta, decía Rita con orgullo de hermana menor. Julia sabía que su hija no quería deshacerse de su bebé por nada del mundo. Lo había leído en sus ojos en el momento de darles la noticia. No podía ser de otro modo. Como primogénita, su padre un día le había puesto una escopeta en las manos para salir con ella a cazar. Una Browning modelo Pluma. Muy ligera. Pero Julipitina efectuó un par de disparos tan deslucidos que a punto estuvo de matar a una de las encargadas de la Maternidad. No tenía buen tino. Ni ganas de intentar mejorarlo. Y José, dándola por inútil, se dedicó a partir de entonces a practicar con su hijo Pepe, aunque aún no había cumplido la edad mínima reglamentaria para usar un arma. Él sí. Él enseguida demostró tener una puntería endiablada.

Tan endiablada como la de su padre y la de su tío César. Y en poco tiempo don José lo convirtió en un gran tirador. Quién sabe, fantaseaba. Podría estudiar Medicina. Es despistado, pero de tonto no tiene un pelo. Todo lo contrario. Y qué pulso... Julieta, cuando salían todos juntos de caza, se dedicaba a entablillar las alas de las palomas heridas con los depresores de lengua que su padre utilizaba para examinar la boca y la garganta a sus pacientes y que ella llevaba en el escondite de su falda, donde ocultaba los cigarrillos. Yo no disparo, decía, corriendo de un despojo lleno de plumas y sangre al siguiente. Yo os limpio la escopeta, pero no disparo... Ellos no protestaban. Mejor que sor Julieta de la Cruz no se ponga a pegar tiros, se reían. El médico aún expresó una cuestión que le preocupaba. Los apellidos que iba a tener la criatura. Los suyos, replicó Julia, de la que su hija había heredado aquella capacidad de reacción certera y diligente. Los de su madre. El tuyo y el mío... Don José cedió por fin y decidió que buscaría otro trabajo.

Y que se mudarían a otra casa, dejando atrás las cuevas de la calle de Isla Malaita. La hija de Julieta, una niña preciosa que parecía un hada minúscula, un hada como ella, pero en miniatura, nació seis meses después entre cajas de embalaje y bocadillos, con la lámina de los champiñones colgada otra vez junto al frigorífico en la nueva cocina, lejos de aquellas tiranías entre rejas que imponían algunas de las monjas y buena parte de la sociedad a las jóvenes que tenían un tropiezo. Y muy cerca del Tiro de Pichón. A pocos pasos de la casa en la que vivían Elba y Jara con sus padres. En plena mudanza de Julieta, de Pepe y de sus abuelos, José y Julia. Un día antes del día del Padre. Del padre que no tenía. Que no tendría jamás. Marta era un hada diminuta, rubia y de ojos castaños, que pronto se reveló como otra niña bondadosa, alegre y divertida. Elba y Jara se dedicaron a jugar con ella y a

cuidarla tal y como lo había hecho antes Julieta con ellas dos. La joven madre se puso a estudiar y al cabo de poco tiempo aprobó unas oposiciones.

Podía ganarse la vida por sí sola. No depender de nadie. Una tarde, seis años después del nacimiento de la niña, cuando Jara había cumplido ya la edad a la que Lucifer le sopló en la tripa a Julieta, estando de visita Elba y su hermana en casa de la madre de su padre, se les ocurrió decir que su prima se iba a casar. Con un amigo de su hermano Pepe con el que salía desde hacía un par de años. Ellas dos también tenían novio, aunque aún eran demasiado jóvenes para pensar en maridos. Además, querían estudiar. Y el de Jara, un chico alto y delgado, con el cabello rubio, ojos castaños y unas gafas de metal redondas, al que le gustaba mucho leer, ir al cine, escuchar música, clásica y moderna, y pintar figuritas de plomo, convertirse algún día en médico. Tenía muy buen pulso. Y sin duda, una excelente puntería, aunque él no se dedicaba a la caza. Es una puta, masculló la abuela, sin levantar la vista de las uñas de los dedos de los pies, que se estaba pintando de un rosa salmón, con los calcañares apoyados sobre la mesa, delante del sofá.

Una mesa alargada y baja de mármol con placas que alternaban el negro y el blanco, como en un damero. ¿Quién?, gritó Elba. ¿Nuestra prima? Y miró a María del Carmen, la autora de aquella frase nauseabunda, asquerosa, repulsiva, fijamente. Su abuela paterna consideraba a Julieta, su prima por parte de madre, una extraña. E incluso la despreciaba. Como aborrecía a todos y cada uno de los miembros de la familia de sus nueras, a las que trataba como si fueran unas ladronas. Ladronas de hombres. Ladronas de hijos. De sus hijos. Y ni siquiera le dirigía la palabra a la madre de Rita, la otra abuela de Elba y de Jara, que vivía justo en el portal de enfrente de su casa. En el número 5 de la calle de Hermanos Bécquer, una de las más cortas de la ciudad. Tan corta, que sin cesar propiciaba aquellas muestras de soberbia y desconsideración. Elba sintió que la sangre le hervía en el cuerpo. *Amanita virosa. Amanita verna. Amanita pantherina.* Miró a su hermana. También parecía furibunda. Que tú precisamente digas eso, le espetó la mayor a su abuela.

Que tú, que aborreces a los curas y siempre lo has tenido a gala, pienses como los más rancios entre ellos... María del Carmen levantó la vista de las uñas de sus pies, a medio pintar, con aquellas bolas de algodón que ella misma formaba embutidas entre los dedos, que así se mantenían separados, y frunció el ceño. Pero era obstinada y presumía de no tener pelos en la lengua. Es una puta, repitió. Y de nuevo bajó la mirada para concentrarse en su pedicura. Era una artista de la piedra pómez, con la que se quitaba todo tipo

de células muertas, pilosidades y durezas. Aficionada a disfrazar y a decorar, era también una experta con la máquina de coser y con las agujas de hacer punto. Para admirar el color de la laca que ya se iba secando, a juego con el de su barra de labios, el Duragloss Camelia, movió los dedos en el aire como si fueran cascabeles. Sonajeros de colores. Reconócelo. Es... No lo dirá otra vez, pensó Elba. Y, mirando a su hermana, cerró los puños. No se atreverá... Una puta, oyó que volvía a decir.

Elba respiró hondo y apretó más los puños. Para puta, balbució con una ira que apenas le cabía en el cuerpo. Para puta... Guardó silencio un segundo y al fin soltó la frase completa. Para puta, tu amiga Lupe... Y vio que Jara abrió mucho los ojos, sorprendida por lo que acababa de escuchar de labios de su hermana. Y vio también cómo tragaba saliva. La abuela levantó una vez más la vista y la miró a los ojos. Con el ceño fruncido. Pero esta vez no dijo nada. No se atrevió a repetir la frase. Su nieta mayor le sostuvo la mirada. Con el ceño también fruncido. Tan fruncido que en él ya se había formado la silueta de un demonio. Un demonio con cuernos y orejas puntiagudas que aparecía allí en cuanto ella se irritaba por alguna injusticia. Lupe era bastante más joven que su abuela. Lupe era una amiga del barrio. Lupe era... Era... Una señoritinga empingorotada, siempre muy compuesta y cargada de sortijas, pulseras y collares, a la que le gustaba salir a tomar el aperitivo con María del Carmen, para intentar arrancarle sus secretos de belleza.

Secretos que no tenía. O que saltaban a la vista. Caminar y caminar, aire libre, sol, agua fría y nada de afeites. Para puta, tu amiga Lupe, repitió Elba en un tono de voz un poco más alto. Y quiso darle una explicación, para que no dudara ni por un segundo de que ella sí que tenía razón al decir lo que estaba diciendo. Para puta, tu amiga Lupe, porque se acuesta con un hombre mucho mayor que ella solo porque tiene dinero... Jara sonrió, pletórica, y poco le faltó para arrancarse a aplaudir. No me extraña que mi abuela me quiera menos que a mi hermana. No me extraña nada, pensaba Elba, sin apartar los ojos de los de la madre de su padre ni deshacer al del pincho en su frente. Dicen que porque físicamente me parezco demasiado a mi madre. No como Jara, que es una réplica de su queridísimo hijo. Pero también me debe de querer menos porque no solo me parezco a mi madre en el óvalo de la cara, en el color del pelo, en los ademanes y hasta en la figura, sino también en lo francamente salvaje que puedo llegar a ser.

De una sinceridad brutal. Y en la pinta de alemana. Porque se precia de odiar todo lo que huele a boche. Para puta, tu amiga Lupe, volvió a decir, subiendo el tono un poco más. Entérate. Trágate. Píntatelo en las uñas de

los pies... Y se levantó del sofá, dispuesta a largarse de allí. Jara también se puso en pie y juntas caminaron hacia la entrada. Tienes el demonio en la frente, oyeron que decía la abuela a sus espaldas. Y en los ojos, la mirada de los Mahuad o como diablos se diga. La de los Loewe. O Löwy. Y la de los Stauffer esos. Unos nazis. Tanto leer a Nietzsche... Allí estaba. El desprecio a todo lo que le diera en la nariz que era germano, aunque fuera de origen árabe. O francés. Porque, como tantos, no tenía ni idea. A lo teutón, aunque fuera judío. Y cuando frunces el ceño, añadió, te pareces a tu tatarabuela, doña Isidora Ochoteco... Cerraron la puerta de la entrada y, sin esperar el ascensor, Elba se alejó por las escaleras, pero no hacia abajo, como sin duda había pensado Jara que haría y habría sido lo lógico, sino hacia arriba.

Sin decir nada, la más joven siguió sus pasos. Feliz por haber podido defender a Julieta y por haber reivindicado en su nombre a todas aquellas chicas que en diferentes oleadas a lo largo de tanto tiempo habían vivido y aún debían de vivir encerradas en la Maternidad de Peñagrande, señaladas por la mayor parte de la sociedad, Elba subía los escalones de dos en dos. *Lepiota helveola*. *Galerina marginata*, murmuró. Con rabia. Pero sintió una punzada. He sido demasiado dura con ella, reconoció. Sí. Y se paró a contemplar el sello del Estado Libre Asociado de Puerto Rico, que en los ventanales entre piso y piso iluminaba la escalera. Con su leyenda y sus colores. *Joannes est nomen ejus*. Y recordó lo que, según contaban, solía repetir su abuelo. La verdad no es monolítica. Se parece a un caleidoscopio. Debemos girar el tubo una y otra vez. Y observar con atención. Las distintas escenas que se van formando en el interior al moverse los cristales. Dispuestos a reconocer nuestros errores. Y los de los nuestros... Su hermana se paró detrás.

Su abuela había sacado a sus cuatro hijos adelante sola, seguía pensando Elba. Porque su marido, enfermo de tuberculosis, tuvo que pasar muchos años recluido en distintos hospitales de la sierra. Aunque al final había muerto en casa, en aquella casa, en su cama, en su propio cuarto, no entre sábanas, paredes y mantas ajenas, como un diestro en la enfermería de una plaza de toros cualquiera o un moribundo olvidado por todos, incluso por los suyos, en la cumbre de una montaña lejos de la ciudad. Había ido a pasar unos días a casa, porque sabían que el final era ya inminente, y murió junto a sus hijos y su mujer. Y pudo despedirse de todos. Hasta de sus dos hermanos, que también vivían en aquella finca, Amalia y Pepe, al que antes de expirar le dijo que el administrador de Puerto Rico les estaba robando. Y en la mesilla el reloj, con sus iniciales grabadas en el reverso, M V, aquel reloj que se había

detenido una noche de verano del año 1941 cuando él escupió sangre por primera vez, se había vuelto a parar.

Esa vez para siempre. No hay dolor más grande, le había oído decir Elba a su abuela en alguna ocasión y ahora lo repitió en voz alta, que el de no poder coger la mano o acariciar la frente o besar la mejilla o simplemente acompañar con una mirada de ternura en el momento de la muerte a una de las personas que más hemos querido en este mundo. Un hijo. Un hermano. Un padre... Sabía lo que decía. Había podido cuidar a su marido enfermo y moribundo. En sus últimos días. Y a su madre, Vicenta, a la que, enferma de diabetes, había que dar la vuelta varias veces en la cama cada día para que no se le formaran escaras, para que no se le llagara todo el cuerpo y el final fuera aún más doloroso. Pensaría al decirlo en su hermano Manuel, muerto en el Rif hacía muchos años. Y en su otro hermano, Vicente, que falleció en la sala de operaciones en un hospital de Albacete. Solos los dos. Elba seguía parada frente a una de aquellas vidrieras en las que se veía el sello de Puerto Rico. Entre el quinto y el sexto piso. Y Jara junto a ella.

Eran obra de la Casa Mauméjean, una dinastía de artistas franceses especializados en pintura sobre vidrio y en mosaico, que tenían taller en San Sebastián, Madrid, París, Hendaya y Barcelona y que habían hecho vidrieras en muchas catedrales españolas. La de Sevilla, la de Burgos, las de Vitoria y Pamplona. Y en el Casino de Madrid, en la fachada del cine Ideal y en el Hotel Palace, en el edificio del Banco de España y en el del Hospital de Maudes. Hermanos Mauméjean, firmaban. El sello lo había mandado poner allí, en cada uno de los ventanales, su bisabuelo, Juan Francisco Vias Ochoteco. Como adorno. Para embellecer. Y tal vez también para no olvidar. Progresista y admirador de los americanos, recordó Elba, se negó a izar la bandera de los Estados Unidos cuando entraron en la isla. Eso le costó el puesto. Lo de que me parezco a la tatarabuela Isidora es el colmo, dijo ahora, repitiendo las últimas palabras de María del Carmen. Con esas cejas tan pobladas... No te gusta nada, ¿verdad?, aventuró Jara.

Me gusta más, respondió Elba, cuando dice eso de «tienes la gracia por arrobas» y se atasca por culpa del frenillo... Y se echó a reír. Pero ¿qué significan ese cordero y ese libro?, prosiguió otra vez para sus adentros. Se había hecho esa pregunta muchas, muchísimas veces. Al pasar por delante de aquellas ventanas cada vez que iba a casa de su abuela. Casi todas las semanas. Durante años. Desde que a la edad de tres o cuatro volvió con sus padres de Alemania, donde había nacido su hermana, hasta aquel preciso instante. Había buscado información. Aquí y allá. Aquel cordero y aquel libro

rojo eran los símbolos de San Juan y del *Apocalipsis*. El libro de las Revelaciones. Pero tiene que haber algo más, se decía siempre. Tiene que haber algo más... Llevaba muchos años viéndolo allí, el sello, y observándolo todo. Miraba y escuchaba con atención. Y esperaba. Con paciencia. No sabía qué, ni si vería o escucharía lo que habría de venir, si es que algo llegaba a revelarse alguna vez. Porque apenas nadie contaba nada en la familia.

Solo de vez en cuando en algún rincón de una frase de alguno de sus parientes más próximos, en una palabra, dicha como sin querer, Elba intuía un pasado que desconocía casi por completo, pero del que quería saber algo más. Lo que fuera. No se atrevía a preguntar a nadie y seguía acechando las voces, las miradas y los ademanes de los otros. Y cada uno de los objetos que había en aquel piso del número 10 de la calle de Hermanos Bécquer. Y a menudo se desesperaba, como se irritaba cuando no lograba entender los fundamentos de la Matemática, los postulados de la Física o los axiomas de la Química y se sentía más boba que nadie o menos inteligente de lo que hubiera deseado, porque quería serlo tanto como su padre, la centésima parte de lo que lo era él, cuando de pronto él, su padre, con una sonrisa en los ojos y en los labios, discreta, pero cariñosa, le decía: Elba, hay muchas formas de ser inteligente, no solo la de la razón, también la del instinto, la de la sensibilidad o la del alma. La de saber ver...

Y de repente en aquel momento, después de años de escudriñar el silencio, sin decir nada a nadie, detenidas ella y Jara junto a una de las reproducciones del sello del Estado Libre Asociado de Puerto Rico, en la parte alta de la escalera de la casa familiar, un rayo iluminó el vitral, que resplandeció con todos sus colores más de lo que solía brillar. Y Elba de pronto vio. Una sucesión vertiginosa de escenas cristalizó en su cerebro. No eran solo los guineos niños, ni el maní tostado, el mamey o aquel dulce que llamaban bienmesabe. Tampoco el Café Rico de Puerto Rico. *Joannes est nomen ejus*, murmuró. La leyenda que aparecía en el sello. Juan. Sí. San Juan. San Juan de Puerto Rico. Y vio el azucarero de plata en uno de los aparadores del comedor de casa de su abuela. La paloma diminuta en la tapa. El azucarero de sus tatarabuelos, Juan Vias Paloma e Isidora Ochoteco Monclova. Y vio a un negro amenazando con su machete a otro hombre. Levantando el arma contra un sujeto flaco y con bigote oscuro que le resultó familiar.

Sí. El que aparecía en el centro del brazalete que lucían Pepita y su madre, Isidora, en aquellos lienzos descomunales que ya no estaban en casa de su abuela. Y vio también a aquella niña, Josefa, la hermana de su bisabuelo,

vestida con ropas del siglo pasado, de duelo, inclinándose sobre la caracola de la oreja de aquel mismo hombre flaco y con bigote oscuro, que ahora descansaba en una caja de madera sobre una mesa de comedor. Con las manos sobre el pecho. Padre, ¿cuándo me va a llevar otra vez a ver a la yaboa y al chinchilín?, preguntaba la niña, a la que enseguida vio también en el interior de otro cajón sobre otra mesa de comedor, rodeada por su madre y sus hermanos sentados en sillas pegadas a las paredes. Y a una negra ya mayor, imponente, cantando en voz baja mientras con unas tijeras le cortaba el cabello al cadáver de la niña para después guardar los mechones en el bolsillo de su delantal. Qué lindo pelo lleva. Carolín... Y vio también un árbol cuyas ramas asomaban por encima de la tapia de un cementerio.

Junto al mar. Un puñado de ramas que parecían manos y de las que colgaban juguetes que se movían con el viento. Un sonajero, una pequeña sombrilla, muñecas, carritos, caballos... Los cachivaches de los niños muertos en aquella ciudad. Y vio a su abuelo dejando su reloj de oro sobre la superficie de mármol de una mesilla. A su abuelo tosiendo y escupiendo sangre en una cama ajena. Una noche de verano en un pueblo de las montañas. Al norte de Madrid. Y a un apuesto teniente, muy joven y con los ojos de un verde muy claro, posando con su flamante uniforme en un estudio de fotografía de la ciudad de Tetuán. Yo tenía diez negritos, escuchó. Yo tenía diez negritos. Uno se murió en la nieve... Entonces vio a su bisabuela Vicenta, la madre de su abuela y de aquel oficial muerto en el Rif, corriendo por esas mismas escaleras de mármol blanco con una pequeña pistola en alto. Y a la tía Mari Carmen camino de la iglesia, empeñada en casarse con aquel hombre con el que la abuela no había querido que se casara.

Y a la prima Julieta el día en que Jara y ella se enteraron de que había dejado de ser una adolescente para convertirse en madre. Una madre soltera y demasiado joven. Así que no fue solo en su pasado en el que Elba, como una buceadora, se sumergió allí en un instante, un pasado más o menos próximo, que la arrolló como una ola, gracias a aquel rayo de luz que iluminó los cristales con el cordero y el libro, ni en el de las personas de su familia a las que había conocido cuando era una niña, muchas de las cuales aún vivían. También en el de otros parientes que vivieron en una época en la que no habían nacido ni ella ni su padre y ni siquiera sus abuelos. En el de aquellos que para ella eran poco más que nombres. Y fue como si de pronto pudiera escuchar sus voces. La voz de todos ellos. La voz del pasado. El silencio hablaba. Al fin. Y ahora ella empezaría a preguntar. Para seguir descubriendo

la verdad. Nosotros no sabíamos nada, imaginó que le dirían. Vuestro padre lo tuvo que saber... Pero murió pronto.

Y pasó tantos años encerrado en hospitales de la sierra. Subíamos a visitarle los fines de semana, pero no es lo mismo que verle cada día en casa... Tenían esclavos, murmuró Elba allí, delante del ventanal. Tenían esclavos. Seguro... ¿Esclavos? ¿Qué estás diciendo?, preguntó su hermana. ¿Quiénes? Nuestros tatarabuelos... Pero ¿qué dices? Estás loca... Juan es su nombre, repitió Elba. Y señaló la leyenda en latín que aparecía en el sello de Puerto Rico. *Joannes est nomen ejus*. Sí. Lo he tenido siempre delante de las narices. San Juan era el nombre original de la isla. Y después lo fue de la capital. Juan se llamaba nuestro tatarabuelo. Y nuestro bisabuelo. Juan Francisco. Y un hermano suyo, que murió siendo niño, antes de que él naciera. Juan se llamaron los dos primeros hijos que tuvieron nuestros bisabuelos, que murieron también siendo niños. Y por eso, nuestro abuelo y después nuestro padre no se llamaron Juan, sino Manuel. Juan se llama también nuestro primo. Uno de los primos a los que más quiero, con Julieta y Pepe...

La verdad, recordó Elba que, decían, solía repetir su abuelo, tiene uno que descubrirla por sí mismo. En silencio y en soledad, esperando que una voz en nuestro interior empiece a hablar, a contarnos lo que no sabíamos... Metió la mano en el bolsillo de su pantalón y acarició un reloj que llevaba siempre consigo. Las iniciales grabadas en la parte posterior. M V. Las iniciales de dos hombres buenos, se dijo, rozándolas con las yemas. Las de su abuelo, al que no había tenido la suerte de conocer, y las de su padre, que había heredado aquel reloj y a su vez se lo había dado a ella. Hacía tiempo que atesoraba objetos que, pensaba, podrían llegar a decirle algo. Con aquella voz que había buscado durante tanto tiempo sin saber lo que buscaba. Y ahora de pronto la oía. La voz de entonces. No ha sido más que una pequeña lección, perseveró Elba, volviendo a la realidad. Y empezó a bajar, esta vez sí, los escalones que llevaban al portal. Con ciertas cosas no se puede transigir, se enardeció. Pero, aunque de verdad fuera una puta, se empecinó.

Aunque de verdad lo fuera, no sería más que una mujer que se gana el pan como puede... Y vio un montón de brazos surgiendo por entre las rejas de una ventana. Un acerico de brazos pidiendo pan como si fuera humo. Y levantó el puño y, en lugar de aquella frase que le había salido de las entrañas, para puta, tu amiga Lupe, soltó algunos de los nombres de setas venenosas que, de niña, había aprendido con la tía Julia. Como si pronunciara una sarta de gritos para entrar en combate. *Paxillus involutus*. *Cortinarius orellanus*.

Inocybe patouillardii... Pasaron otra vez por delante de la puerta del quinto piso, en el que vivía su abuela y del que acababan de salir. El edificio seguía siendo propiedad de los descendientes de Juan Francisco Vias Ochoteco. Pasaron después por delante de la puerta del cuarto, en el que desde hacía veinte años vivía Mari Carmen con aquel hombre con el que no se debía haber casado. ¿O sí? Sí, porque con él tuvo a sus hijos. Carlos y Juan. Y otros dos que habían muerto siendo niños.

Y al primo Juan, se dijo Elba. Al primo Juan, si no existiera, habría que inventarlo, porque es un personaje fantástico... Pasaron por delante de las puertas del tercero, del segundo y del primero. Los dos más bajos eran de las hijas del tío Pepe, hermano de su abuelo. El tercero, el sexto y un séptimo arañado a la azotea, de la hermana, María Amalia Carlota Carmen Heliodora, una mujer minúscula, con la piel blanquísima y los cabellos de plata, viuda, cuyo único hijo se había ahogado hacía medio siglo, a los cuatro años, en la bañera. La tía Amalia aún reinaba allá arriba, desde su cama con paredes de madera cubiertas de luces y timbres que la avisaban cuando llegaba una visita. Con sus lazos de terciopelo negro en el moño y en el escote de sus manolequinas de charol y unas gafas cuyos cristales le agrandaban los ojos hasta hacerlos parecer los de una libélula, la tía vegetaba desde hacía años en su canapé tapizado en seda de colores cálidos, soñando con la ciudad de San Juan de Puerto Rico, en la que, al parecer, había sido feliz.

Pasaron por delante de otro vitral con el sello de Puerto Rico en colores. Una versión del antiguo escudo aprobada en 1905, después de que los norteamericanos se hicieran con la isla. El último, justo antes de llegar al portal. El que menos luz recibía, aunque daba también sobre el jardín. Elba lo miró de reojo, sin detenerse. Entonces se dio cuenta de que Jara no solo bajaba por las escaleras detrás de ella, como si fuera su sombra, sino que incluso la secundaba en la recitación de los hongos. *Lepiota brunneoincarnata*, iba diciendo. *Russula sanguinea*, *Lactarius torminosus*... Tampoco ella había olvidado todos aquellos nombres de setas venenosas que parecían corresponder a fármacos. Los españoles son iguales ante la ley, declaró en aquel momento otra voz. De mujer. Desconocida. La que así hablaba era la radio de Pedro, el portero, que, sentado en su amplísima urna acristalada, las saludó al pasar. Sin que pueda prevalecer, siguió aquella voz a sus espaldas, discriminación alguna por razón de nacimiento, raza, sexo...

Hacía solo una semana que se había ratificado en un referéndum el texto de una nueva Constitución. Justo el día del cumpleaños de sor Julieta de la Cruz. Menudo regalo, pensó Elba. Tras casi cuatro décadas de dictadura. Y de

una guerra fratricida. De tantas injusticias. ¿Será verdad? ¿Llegaremos algún día a ser todos iguales ante la ley? ¿A respetarnos, incluso aunque no lo seamos, porque la ley no siempre puede corregir lo que la naturaleza y la vida no hacen más que desequilibrar y desnivelar? No estaba nada segura. Entonces recordó que en uno de los artículos se abolía la pena de muerte, la tortura y el trato inhumano y degradante. ¡Adiós al garrote vil!, exclamó. Y otra vez levantó el puño, aunque al volverse para mirar a su hermana descubrió en sus ojos un velo de tristeza y hasta de angustia. Desde que salieran de casa de la abuela Jara mantenía la cabeza gacha, los ojos clavados en el suelo. E incluso antes. Desde que pisaron la calle para ir a hacerle aquella visita que había acabado en disgusto.

Y antes. Hacía ya unos días que notaba a su hermana más silenciosa que de costumbre. Más taciturna. Menos alegre. Apenas sonreía. Los oscuros cabellos le caían casi en todo momento sobre el rostro, cubriéndole las mejillas y parte de la frente y de los ojos, que tenía tan bonitos. Negros y relucientes, como los de su padre. Elba, murmuró Jara en cuanto estuvieron al aire libre, bajo la enorme parra que Pedro había ido enlazando durante años y años con unas tijeras de podar, mimo de conserjería y mucha paciencia entre los árboles y el portal de la casa. Un emparrado que ocupaba toda la acera delante del número 10 de la calle de Hermanos Bécquer y que era la envidia de los vecinos y el alivio en los días de calor para cualquier transeúnte que acertara a pasar por allí. Elba, repitió Jara. La mayor se había quedado mirando al portero del número 8, donde ahora vivía la viuda del dictador, desde su muerte hacía solo tres años. Plantado ante el portal con su librea de color verde oscuro y sus sempiternas alpargatas.

Junto al antipático policía, que no dejaba aparcar por allí a nadie. Ni siquiera a los residentes. Como si la calle fuera suya. Siempre enfurruñado. ¿O seguirán mandando los que de verdad mandan, no solo los que salen en las monedas y en los billetes, también esa caterva con títulos nobiliarios y fincas por toda España? ¿Los de las minas y los de los bancos? Un rayo de sol se coló entonces entre las ramas de la parra y las envolvió a las dos en su luz, una luz de un verde suave y dulce. Elba, repitió Jara, como si tartamudeara. También a mí... No terminó la frase. ¿Qué?, preguntó su hermana volviéndose hacia ella, cada vez más inquieta e intrigada. También a mí, volvió a insistir la más joven. Y de nuevo se interrumpió. Anda, murmuró Elba, tratando de animarla a decir lo que al parecer quería decirle. Di... Y volvió a mirar a su hermana a los ojos. ¿Qué te ocurre? Anda, dime... Jara se

aclaró la voz. Carraspeó un par de veces. También a mí un demonio... ¿Un demonio?, exclamó la mayor, sonriendo. ¿Qué dices? Estás chiflada...

Jara, bajando una vez más la vista y ruborizándose, intentó explicar qué era lo que le preocupaba. También a mí se me ha aparecido un ángel con forma humana y... Pero volvió a interrumpirse, como si buscara las palabras con las que expresar de la mejor manera posible lo que le debía de parecer inconfesable. También a mí se me ha aparecido un ángel con forma humana, repitió. Y me ha soplado en la tripa... Esta vez fue Elba la que abrió mucho los ojos. Y se quedó mirando así a su hermana durante unos segundos, aunque no tardó en acercarse un poco más a ella. Por fin, respirando hondo y enlazando sus dedos entre los suyos, echó a andar y la fue guiando por las calles. No te preocupes, le dijo cuando ya estaban a pocos pasos del monumento erigido en memoria de Emilio Castelar. Todo saldrá bien. Ya lo verás... Iba la una vestida de verde. La otra, de blanco. Y las dos de la mano. Y en lugar de invierno, parecía primavera. Se llamará Juan, murmuró Elba.

Se llamará Juan, repitió, absorta. Y será un hombre libre... ¿Y si es niña...? Si es niña, Juana. O como tú quieras. Pero también será libre...



Solo se había prestado a subir al altar con Rita...
(26 de julio de 1960).



Berta Vias Mahou (Madrid, 1961) es licenciada en Historia Antigua, escritora y traductora. Ha traducido a Ödön von Horváth, Stefan Zweig, Arthur Schnitzler, Joseph Roth y Goethe, y es autora, entre otros títulos, de la novela *Leo en la cama* (1999), del ensayo *La imagen de la mujer en la literatura* (2000), del libro de relatos *Ladera norte* (2001) y de la novela *Los pozos de la nieve*, que fue calificada por la crítica como una de las mejores obras del año 2008. En 2010 publicó *Venían a buscarlo a él*, novela ganadora del Premio Dulce Chacón 2011 de Narrativa Española. Con *Yo soy El Otro*, novela publicada en 2015, Berta Vias obtuvo el XXVI Premio Torrente Ballester de Narrativa.

En 2016 publicó *La mirada de los Mahuad*, una colección de cuentos que juntos conforman una espléndida novela y afianzaron a la autora como uno de los valores importantes de la nueva narrativa en castellano. *Una vida prestada* es su novela más reciente.